

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL

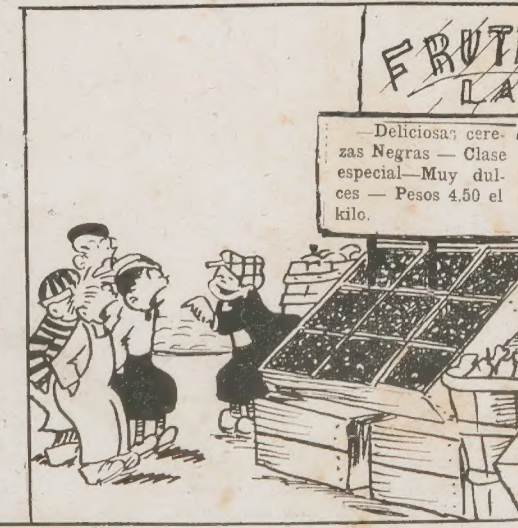
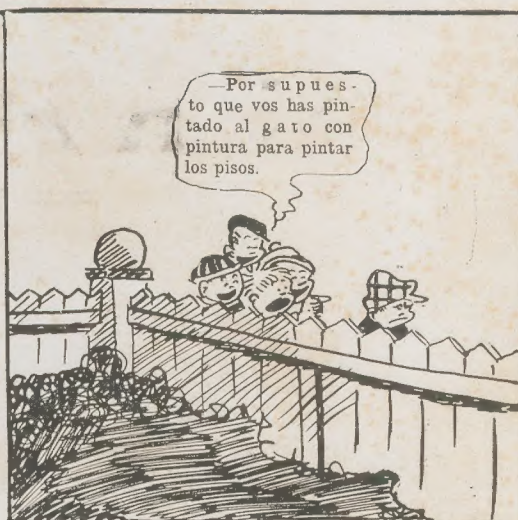


"ROSAS"

N.º 802

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, septiembre 6 de 1927

N.º 802

Del momento, por Rojas



—En Málaga, una joven que iban a enterrar, empezó a dar gritos dentro del ataúd y al abrirlo se incorporó y pidió comida.
—Eso, en nuestros maestros de escuela, es corriente.

—Me parece que hoy te rascas más que de costumbre.
—Naturalmente! Con la reapertura de la Caja de Conversión ya dice el P. E. que esa medida se traducirá en el mejoramiento de las condiciones de todos los "habitantes".

—La empresa de pompas fúnebres que corria con los funerales de Sacco y Vanzetti se negó a entregar las cenizas de los pobres obreros, mientras no le pagaran setecientos dólares que se le adeudaban en concepto de entierro.
—Es lo último que les podía ocurrir a esos mártires, que hasta sus cenizas estuvieran presas.

—Dice que se siente muy grave por leer tanto raid de aeroplanos. ¡Está lo que se dice empachado de aviadores.
—Hoy va a sentirse mejor porque se han matado dos y perdido unos cuantos, y eso es ya un alivio.

—¿Cuánto le pagaron de indemnización por quedarse sin costillas?
—Mil pesos.
—¿Qué cosa bárbara! Mil pesos por dejar un hombre inútil, y sin embargo, pagan treinta y siete mil pesos por un toro.
—Es lo que ellos dijeron: ¡cómo se va a comparar un obrero con un toro!...

LA SOSPECHA

Por H. J. Magog

Desde una ventana del salón, que daba a la campiña, donde la noche clara revelaba los campos poblados de molinos y bordeados de negros árboles, Gilberta Charmont miraba alejarse y dispersarse el grupo de invitados. Los "autos" huían rugiendo, abriendo sendas de luz por entre los árboles del camino. Dos siluetas que habían quedado solas regresaban a pie hacia el pueblo, acompañadas por la mirada de la joven.

— ¡Mis enamorados! — rió ella.

Pero, como era viuda y en edad de volverse a casar, sus palabras la hicieron soñar. Sus ojos seguían insistentes a las dos siluetas.

La una, más ancha de hombros, más alta de talla, borraba casi a la otra, que se sofocaba por seguir los pasos demasiado grandes. Murmurados por Gilberta Charmont, dos nombres se siguieron casi instantáneamente.

— Beltrán Darnac... Andrés Mauroux... El elegante, el presuntuoso Darnac... El romántico Mauroux...

Y sus pensamientos corrieron, uno detrás de otro, como los dos hombres en la calle, comentados por una desafiante sonrisa que sus labios esbozaron apenas.

¿Cómo había podido reunir en aquel común plural: "¡Mis enamorados!", a aquellos dos hombres tan distintos, a quienes todo separaba y nada podía aproximar? "¡Sus enamorados!" Evidentemente, lo eran en igual grado, que se traducía, en Darnac, por una corte asidua e insistente y por la certidumbre de la conquista; y en Mauroux, demasiado tímido y demasiado obscuro para confesar la menor pretensión, por una adoración humilde. Ella no se interesaba más que por la ostentada pasión de Beltrán Darnac, y sólo había inscripto de memoria al pobre Mauroux en la lista de sus pretendientes.

¿Elegir entre ellos? Gilberta se hubiera reído en las narices de quien se lo hubiera propuesto. Aquel Mauroux, corto de talla, mal conformado, era grotesco. Y había sido necesaria aquella casualidad que aproximaba las dos siluetas, para que ella las asociara en un instante en su pensamiento.

— ¡De cualquier modo, son rivales! — insistió Gilberta, burlona. — ¡Con tal de que no se maten entre sí!

No había insinuado ese pensamiento, sino en la red de su fantasía, no imaginando posible tomarlo en serio. Sin embargo, lo acompañó con un suspiro misterioso.

— ¡No me aman tanto como para eso! — murmuró.

Y, bruscamente, con una especie de despecho, cerró la ventana, cuyo rumor impidió percibir claramente una detonación bastante lejana.

Pero no la emocionó entonces aquel ruido, que sólo podía denunciar esas fechorías nocturnas de un cazador furtivo.

* * *

Y, sin embargo, al día siguiente, cuando la noticia estalló en su vida como una siniestra descarga, estremeciéndose instintivamente.

Beltrán Darnac ha sido asesinado esta noche, en la calle...

¿Detalles? Enloquecida y preocupándose de ocultar a todos su turbación, Gilberta no los pidió a na-

die. ¿Qué agregaría a su convicción espontánea el hecho de que Darnac hubiera sido muerto de un balazo en la cabeza y que el crimen apareciera rodeado de un impenetrable misterio, dejando poca esperanza de descubrir al asesino? La muerte no había tenido testigos.

¿Por qué, cuando se lo declararon, Gilberta Charmont se contuvo de gritar?:

— ¡Ustedes se engañan!... Ha habido forzosamente uno... Andrés

los han transformado el cordero en tigre?... ¡Y sería por mí!... ¡Por mí!...

Esa certidumbre la llenó de espanto y de remordimiento, que, no obstante, saboreó como una delicia. Y fué la causa de su silencio. ¿Podía ella admitir el atroz deber de denunciar al hombre que había matado por su amor?

Después luego, se le aparecía todo el horror del crimen e hizo al principio un sincero esfuerzo para in-

MAÑANA DORADA

Praderas que florecen subiendo a la montaña
Que ya a las más vecinas transfunde su alma-azul
Claridad de las nieves que al fresco mundo baña,
Alzando de los valles el cielo como un tul.

De las postreras sombras la tierra se redime.
Los cristalinos aires crispa el frío viril,
Que trae con el beso de la nieve sublime,
El matinal ladrido del perro del redil.

Parece que al contacto de la nevada cumbre,
Sus cenizas azules fuera dejando el sol,
Al verter como un noble metal licuado en lumbre,
Sobre campos y montes su entraña de crisol.

El trémulo universo, saliendo de sí mismo,
En flores y en estrellas manifestó su ser.
Los ojos del Silencio, graves sobre el abismo,
Contemplaban al cielo y al mundo florecer.

La tierra perfumaba como un callado huerto.
Balbuza la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
Y nada más que estrellas temblando en la quietud.

LEOPOLDO LUGONES.

Mauroux, que acompañaba a Darnac... ¿Qué dice él?... ¿Qué pretende?... ¿Por qué se calla?...

Gilberta guardó silencio. Pero, pensaba:

"¿Es él?... ¿Se habrá producido lo que yo preveía riendo? ¿Los ce-

dignarse y detestar a Mauroux. Pero, en medio de la turbación que la invadía, Gilberta discernía una piedad, casi una simpatía naciente por el matador; y eso a causa de las pocas palabras con las cuales ella explicaba el drama:

LA VIDA

Así como de una ciudad a otra existe necesariamente un camino recto y seguro, y otro que siempre aleja, o sea el que va por el lado opuesto; y muchos otros, unos que de ella alejan y otros que a ella conducen; así en la vida humana existen diversos caminos, uno seguro, otro incierto, y varios menos ciertos y menos seguros; y de igual manera que el que va directamente a la ciudad, colma los deseos y da tregua a la fatiga, y el que camina en sentido contrario, no los llena nunca ni puede nunca hallar descanso; así en la vida, quien camina sin desviarse llega al término y reposo, y quien sigue el camino erróneo, jamás llega a ellos, antes por el contrario, con grande fatiga del ánimo, camina siempre con ojos ávidamente deseosos.

DANTE ALIGHIERI.

— ¡Ha matado por mí!... ¡Por mí!...

Aquello no era ya un asesinato. Era el epílogo de una lucha que tenía por origen una rivalidad de amor. ¿No era excusable que, enloquecido por la pasión, enloquecido por la desesperación, Andrés Mouroux lo hubiese visto todo rojo? Su gesto daba la medida de sus sentimientos y de su sufrimiento.

— ¡Cómo me ama! — suspiraba Gilberta.

Si los jurados se dejan tan a menudo conmover hasta absolver el crimen pasional, ¿cómo ella, que había sido la involuntaria inspiradora, podía demostrarse más severa?

El desdichado, a sus ojos, no era la víctima; sino el asesino. Así, con qué cálida mirada de simpatía casi confesada, al mismo tiempo que de temerosa súplica, saludó a Andrés Mauroux cuando se encontró con él.

Turbado, inquieto — y ella se explicaba muy bien la razón — Mauroux parecía no osar aproximarse. La espiaba furtivamente, interrogando y a la vez rehuendo su mirada.

Y, a su pesar, Gilberta no miraba más que a él. Lo veía transfigurado, engrandecido.

Sin embargo, no quería hacerle adivinar su sospecha, o impulsarlo a la confesión.

— ¡Yo no quiero saber... jamás! ¡Jamás! — se decía a sí misma. — Que eso quede entre él y su conciencia.

Pero no pudo contenerse de estrecharle la mano de una manera tan nueva y significativa, que él se puso a temblar de esperanza.

No se hallaban solos. Mauroux debió esperar la primera ocasión para murmurarle en voz muy baja:

— Quisiera hablarle... confesarle un secreto...

— ¡No! ¡No! — suplicó ella. — No quiero saber...

— Pero usted lo ha adivinado — protestó Mauroux.

— ¡Quizá! — confesó ella débilmente.

Su lucha interior no duró más que una semana, durante la cual se aisló del mundo para interrogar mejor a su conciencia. Pero era su corazón romántico quien respondía y exaltaba en ella el orgullo de haber despertado el dormido instinto de violencia en aquel débil Mauroux, galvanizado por el amor. No pudo resistir ya el secreto deseo que la atormentaba de oír la trágica confesión; y fué por ella.

— ¿Quién ha matado a Darnac? — preguntó ella.

Mauroux no se estremeció sino por una sorpresa sincera, confesada por su rostro radiante de ternura.

— ¿No lo sabe usted? — respondió, tomando tímidamente las manos que se le abandonaban. — La noticia corre por la ciudad desde esta mañana. Han detenido al asesino... un vagabundo... ya confesó.

Estupefacta y sintiendo insinuarse en ella la amargura de una decepción, Gilberta balbuceó:

— ¿Un vagabundo?... ¡Ah! Hubiera preferido...

Y, al mismo tiempo, mientras su mirada tornábase fría y distante, retiró bruscamente sus manos.

MÍSTICA

Por Evaristo Carriego

Fui sólo una vez a la iglesia, y desde entonces permanecía con los ojos deslumbrados por la visión íntima que alegro mi alma... Soy espíritu cristiano, como cualquier cristiano... Un cristiano, si se quiere, de las catacumbas, pero que respetuosamente coloca a Dios en el sagrado fanal de sus devociones más puras... Pero confieso que esa vez mi visita a la iglesia — única vez — no fué ni ejerció en mí influjo alguno la sagrada gravedad del recinto. Fué otra imagen, tan sagrada como la misma adoración, la que cautivó mi alma. Era una mujer... Se llamaba Lucila. Tendría la edad propicia para el enamoramiento, de ojos azules, de cabellos rubia, figurita de porcelana rosada, del mejor museo de la vida...

Desde esa vez — la primera — por no ofender a Dios, me quedé respetuosamente en la entrada del templo y mi corazón era una duda y una emoción, para la rubia divina.

Supe su nombre por un inválido a quien socorrí. Después ella le alargó su manecita enguantada, que era a la paz que limosna, salvación.

El inválido, notando sagazmente mis miradas, me dijo el nombre y dónde vivía. Y desde ese momento, el mendigo tuvo otro cliente más. Tenté seguirla, pero me di cuenta de mi decisión un poco tarde. Un coche la esperaba cerca del templo, y ella y una anciana se adueñaban de él, y partían...

Un amigo me contó que Lucila, hija de un conocido industrial, era un alma románticamente religiosa. Y, que dado su amor a la iglesia, los amigos la bautizaron con el nombre de *Mística*.

Yo sufría con esas confesiones, porque tenía miedo de que mi encantadora figurita se hiciese siera de Dios...

Así, pues, que traté de verla, de hablarla, fuese como fuese, para si no era posible desviar su idea en germen y calmar mi corazón. La ocasión no se hizo esperar.

Un día vi que Lucila descendía del coche, sin su acompañante. Me acerqué al cochero, y con una buena propina le hice alejarse del lugar, para obligar a Lucila a que se fuese a pie hasta su casa. El auriga, después indicaría cualquier circunstancia y la cosa no pasaría de eso.

Y así fué. Salí Lucila, y dirigiéndose al lugar donde supuso que estaría el coche esperándola, y no encontrándolo, no esperó más, dirigiéndose despacito a su casa. En entonces me acerqué a ella, y fui desfilando el madrigal silenciosamente a sus oídos...

Me miró y se puso encarnada, bajó la cabeza y presentí que la dulzura llenaba su corazón...

—¡Sí! — le decía — son muchos los días que la espero! ¡Dios quiso que hoy me favoreciera con su bondad, al permitirme encontrarla sola y poder decirle todo lo que mi alma siente por usted! ¡Llegaré a ser feliz con sus palabras? ¿Tendré derecho a merecer sus miradas?

Ella callaba, y yo notaba la inquietud que iba dominándola...

—Señor...

—¿Habló usted?

—Sí; no me moleste, se lo ruego... Estoy muy triste y no merezco que nadie se asocie a mi dolor...

—¿Pero es cierto, Dios santo, que usted sufre? ¿Pero será posible?

Y, mirándome hondamente, se detuvo ante una casa de sobria apariencia y se entró dentro.

Tardé mucho tiempo en saber de ella nuevamente. En vano fui en repetidas ocasiones a la puerta de la iglesia, pero ni a ella ni a su acompañante pudieron verlas mis ojos inquisidores.

Imposible permanecer más tiempo en esa duda, deseoso de saber de ella, fuera como fuera, rondé una semana consecutivamente la casa de Lucila.

Nada. Las ventanas cerradas, y nadie salía de aquella casa muda...

me apasionó, llevándome en su camino.

Adelanté el paso para mirarle la cara, y no pude reprimir una exclamación de sorpresa:

—¡Lucila, señorita Lucila!...

—Joven...

—¿No me conoce usted?

—No; no tengo ese honor...

—Pero, ¿será posible?

—No... francamente, no recuerdo...

—Soy el joven que la esperó tanto tiempo en el atrio de la iglesia y que usted le mereció la confianza, diciéndole que su corazón tenía una amarga congoja... ¿Recuerda ahora?

—¡Ah, usted!

ANECDOTA

Era en la época en que las colonias inglesas de América guerreaban por su independencia.

Un cabo con cuatro soldados habían recibido la orden de colocar en un sitio dado y de cierta manera, un cañón.

Los cuatro soldados, aun cuando hacían grandes esfuerzos, no lograban cumplir el encargo recibido, y el cabo, en vez de ayudarlos, se reía y burlaba de sus inútiles esfuerzos.

Un desconocido que presenciaba la escena, se acercó al cabo y le preguntó.

—¿Por qué no ayuda Vd. a sus soldados?

—Señor, ese trabajo no me corresponde; soy cabo.

—Efectivamente; contestó el espectador, tiene Vd. razón.

Y sacándose el capote, unió su esfuerzo al de los soldados, con tanta energía y pericia que consiguieron, bien pronto, dejar terminada la colocación del cañón.

El cabo se acercó entonces al desconocido, diciéndole:

—¿Quiere Vd. darme su nombre para recomendarle a la consideración de los jefes por su servicio que acaba de prestarnos?

—No hay inconveniente, — contestó aquél: me llamo Jorge Washington.

El único recurso fué interrogar al mendigo. Sí, me dió los informes que necesitaba. Felizmente, no estaba enferma. Un luto reciente la retenía, como era lógico, oculta a mis miradas y mis deseos. Pero una duda me adormecía, en no sé qué arcano misterioso. ¿Sería correspondido por ella? ¿Qué pena sería la que embargaba su corazóncito? ¡Aquella mirada silenciosa y profunda, la tenía siempre ante mi ánimo!...

Así pasaron creo que dos años. Ya me sentía curado de ese mal de amores. Mi corazón, con el asomo de una primavera exuberante y alegre, no mentía de nuevo... Sólo de vez en cuando, al azar, pasaba por la iglesia o la calle donde vivía Lucila, me llegaban pensamientos románticos y grises... Y era que no estaba del todo como era menester que lo estuviese... Una tarde, fué en Palermo, cuando sin darme cuenta, seguí una figurita leve y linda, que sin verle la cara

—Sí, yo... que en vano traté de saber de usted largo tiempo, y la pena me sumía en mil cavilaciones, cada vez más desesperadas.

—¡Sufrí, y sufro tanto!...

—¿No merezco ser su confidente?

—¡Sí!

Se acercó más a mí, me miró como la primera vez, me tomó del brazo y dijo:

—Sentémosnos en un lugar donde no puedan vernos... Le contaré todo a usted... al único...

La seguí, lleno de alegría, de infinita alegría, y desde ese momento mi corazón empezó a vestirse de rosa.

Nos sentamos en un lugar de los más apartados. Ella guardó silencio un breve espacio de tiempo, y luego, mirándome, dijo:

—Yo le quise a usted desde el primer día que le vi.

—¿Y por qué no fué más al templo?

—Porque no me dejó mi esposo.

—¿Su esposo?

Fué como si una ducha me bañara. ¡Lucila casada! ¿Por qué la

decían entonces la señorita Lucila?

—¿Usted casada?

—Lo era. Felizmente, mi esposo murió hace cosa de unos meses, y ahora puedo deslizarme mi pena, sin que nadie sepa compadecerme...

Sus ojitos se llenaron de lágrimas.

—Mi padre, el coronel... murió cuando yo apenas tenía catorce años. Mi madre, a los dos años de la muerte de papá, se casó con el administrador de los bienes de casa. Y poco a poco fué adueñándose de la voluntad de mamá, hasta llegar a dominarla por entero.

Se trajo una vieja criada, y nos la impuso como centinela, hasta lograr hacernos la vida imposible.

Mamá, tarde ya para arrepentirse, empezó a sufrir, y una enfermedad fué dominándola. Y una noche, sin poder evitarlo, penetró en mi dormitorio... y me sedujo con toda cobardía... Yo, por no hacer sufrir a mamá, nada dije, y tuve que soportar con todo el asco de mi corazón... Y, luego, a la muerte de la pobrecita, él siguió, sin respeto alguno, ultrajándome.

Mandó afuera, a no sé qué lugar a la carcelera, y yo, sin tener a quien pedir defensa, lo soporté llena de asco... Pero, la muerte también supo cobrarle su deuda, y antes de expirar, a mis ruegos, aceptó reconocermela por esposa... ¡Eso es todo!

Y hundiendo su cabecita entre los hombros empezó silenciosamente a llorar...

—¡Oh, mi pobrecita criatura! ¿Qué me importa tu mancha, si ella es pura como lo fué siempre tu corazón, a pesar de la mancha de la carne? Ven a mí, que siempre serás para mi alma la figurita mística y sublime que me retenía largamente y me llenaba de alegría.

—No, no...

—¡Alma pura!...

Y abrazándola, cubrí su boquita de besos, tal vez los primeros que le llenaron de dulzura su vida de mujer.

El ayuno y el sueño.

¿El ayuno es algo maravilloso, la gran solución de una vida tranquila y apacible, sin trabajar? Todavía no es más que una fórmula un poco rara, que no se atreven a cumplir los que no tienen que sujetarse obligatoriamente a terrible abstinencia. Ahora que para llevar esto a la práctica se necesita un buen colchón de muelles, porque el ayuno, para no producir grandes trastornos y conducir eficazmente a esa dicha solución, ha de acompañarse de un sueño prolongado, tan importante como la nutrición. Se puede ayunar setenta y dos días, tomando solamente un poco de agua, en la seguridad de que no ha de afectarse el organismo más que en la reducción del peso, siempre que se cuide de evitar el insomnio, que produce accidentes graves.

Un perro, sometido durante veintidós días a un ayuno riguroso, perdió nada más que el cincuenta por ciento de su peso. Después se le privó del sueño en absoluto, con lo que el pobre animal murió al poco tiempo.

No conocía al doctor Roberto M. Ortiz más que a través de su actuación parlamentaria. Diputado joven, inteligente, entusiasta, supo captarse generales simpatías en el recinto de las leyes. Pero nada de su vida pública supo darme la pauta verdadera de su valer y personalidad. Llegó una ocasión, esas que llegan en la vida rítmicamente, manifestada en el propósito de ofrecer a los lectores la impresión de visú de ese hombre público, su obra y su psicología.

Y ministro y periodista, sentados frente a frente, sin protocolos, platican.

El secretario de Estado fumando un habano aromático, cuyas volutas azuladas y blancas como la ceniza que prueba su legitimidad, suben hacia el techo, formando caprichosas sortijas, se acomoda en el mullido sillón, dispuesto a satisfacer nuestro requerimiento.

—Interesa conocer, doctor, cómo distribuye su día.

—Por las mañanas concurre temprano a mi despacho oficial, donde, secundado por el oficial mayor del ministerio, considero los asuntos de más urgente atención. Luego, a la hora meridiana, me retiro para almorzar, regresando en las primeras horas de la tarde, que ocupo para conferenciar con el señor presidente, a quien entero de los asuntos, novedades y demás cosas que atañen a mi cartera, prestando preferente atención a las extraordinarias. Después procedo a firmar los expedientes, planillas, etc., que me son traídos de subsecretaría. En seguida empiezo a recibir visitantes. Usted no se puede imaginar la afluencia enorme de personas a este ministerio.

Recordamos lo que acaba de expresarnos uno de los empleados: "Antes, el ministro, recibía al público en general determinados días de la semana. Práctica que tuvo que ser variada, pues le impedía trabajar".

—Si usted desea una demostración elocuente de esto, revise el libro contralor de visitantes que se lleva en estas oficinas. Y no vaya usted a creer que son meras visitas de cortesía o de gente que viene a charlar de cosas triviales. Muy por el contrario. Senadores, diputados, miembros de comisiones legislativas, políticos, etc., todas personas que vienen a consultarme cosas que atañen a este Departamento y para los que la palabra ministerial es necesaria.

Llega el fotógrafo, un muchacho inexperto y nervioso. Apunta con la máquina y la sala se encandila con el fogonazo clásico. Pero falla en sus maniobras el chasirette. Forzosamente debe apuntar de nuevo. El doctor Ortiz, inmutable, observa los apuros del operador y posa con tranquilidad comprensiva. Esta vez está todo bien preparado, pero, ¡horror!, ¿qué ocurre? Veo al mozo registrarse desesperadamente los bolsillos, cual lo haría un hombre amenazado de muerte en busca de un arma defensiva.

—Se me acabaron los fósforos — gime, desfalleciente.

El ministro salva el apuro. Extrae lo que suponíamos los imaginativos un cincelado encendedor de oro, que resultó una democrática caja de cerillas y se las facilita.

Con el ministro de Obras Públicas

Un reportaje revelador

—¿Alguna reminiscencia parlamentaria?

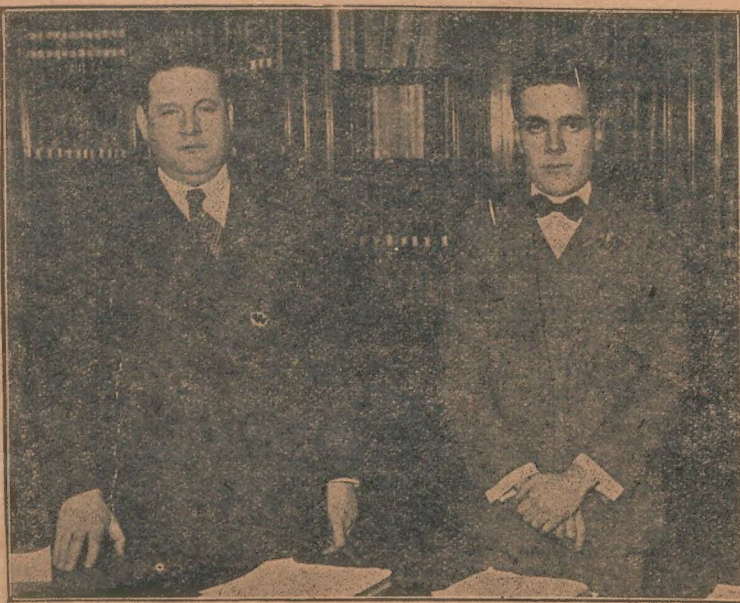
—Mi actuación en el congreso ha sido movida. Ustedes ya la conocen.

—¿Incidentes?

—A los veintidós años salí de la Facultad de Derecho.

—¿En qué tiempos se inició en la política?

—En el año 1903, época de la reorganización del radicalismo.



El ministro de Obras Públicas, doctor Roberto M. Ortiz, con nuestro redactor señor Roque Cepeda Verón.

—No creo haber tenido ninguno, más que con los socialistas, siempre listos para estos hechos desagradables.

—¿Alguna anécdota?

—No recuerdo en este instante.

—¿A qué edad egresó de la Universidad?

—Con respecto a los postulantes ¿qué puede decirnos?

—Que es grande su número, pero que en este ministerio se explica, dado que es uno de los departamentos que, por su naturaleza, se halla en condiciones de ofrecer más empleos en sus distintas dependencias.

*Ministro
de
Obras Públicas de la Nación*

La mejor contribución para propender al engrandecimiento del país, así como para fortificar la verdadera unión nacional por el continuo intercambio de ideas, hombres y cosas, la constituye el desarrollo de una amplia política caminera que exige la colaboración de todas las fuerzas vivas de la Nación.

Contribuir a esta obra significa, pues, desarrollar una labor útil y patriótica.

23 de Agosto de 1927.

Autógrafo del ministro de Obras Públicas.

—¿Qué política ferroviaria sigue el Poder Ejecutivo?

—Inspirada en el anhelo de progreso, concordante en el fomento del arraigo de la población y colonización de tierras fiscales.

—¿Se intensifica la construcción de carreteras?

—Sí; mi primer proyecto ha sido el que sobre viabilidad presente al pariamenio. El comprende la construcción de una extensa red de caminos en toda la República.

El doctor Roberto M. Ortiz es un ministro que se ha compenetrado a fondo de los problemas de su cartera. Su mente está en todo. Conoce los laberintos que entrañan las obras públicas. Y sondea, recuerda y revive con el periodista las gestiones, iniciativas y procedimientos tendientes al bien común.

—¿En qué forma se desarrolla la construcción de puentes?

—Con gran impulso. Hay cuarenta terminados, y en ejecución trescientas obras entre puentes y caminos. El puente más importante es el construido en la provincia de Santiago del Estero.

—¿Hay contralor directo del Poder Ejecutivo?

—Completamente, como que depende de esta rama del gabinete.

—¿Su pensamiento sobre el progreso y el desarrollo evolutivo de las obras públicas nacionales?

El ministro se levanta de la cómoda poltrona y se dirige al escritorio.

—Voy a consignarlo en síntesis que entregaré a ustedes.

Durante unos minutos reina el silencio, matizado por el característico roce de la pluma en el papel. El doctor Ortiz está cerebrando y transporta al papel su expresión sobre lo solicitado. Observamos la mano enérgica, franca, cordial, que maneja la penola con seguridad. Mano dispuesta a tomar suavemente la blanca y sedosa de una niña, señalar destinos o empuñar la fusta con que dispersa a los mercaderes.

En estos últimos días el doctor Ortiz con su oportuna mediación solucionó el conflicto ferroviario, después de la conferencia que a invitación suya celebraron los representantes de las empresas con el señor Presidente de la República. Gestión que merece un aplauso por su significativa trascendencia.

Suena un timbre. Aparece una joven bellísima. La dactilógrafa; "tic, tac, tic, tac, tic, tac". En segundos está copiado el autógrafo que el ministro firma en el acto.

Creemos estar en presencia de uno de los secretarios de Estado más eficaces con que cuenta el presidente, doctor Alvear, y esto se nos ha revelado ahora, para probanza de que es necesario observar, analizar, vale decir: conocer a los personajes antes de expedirse sobre ellos con un fallo definitivo.

—Salude en mi nombre a la espiritual revista "FRAY MOCHO".

Agradecemos el cumplido, y ya en la calle, el ágora moviase cual mar grandioso, épico, sonoro, que conmueve con sus altiveces y llega ondulante al romance, como las versátiles obras que acarician rítmicamente las arenas de las playas, en empuje renovador.

Roque CEPEDA VERÓN.

La casualidad me llevó a ser, hace años, testigo de un drama bastante extraño, y me permitió recoger una confidencia tan grave, que no debo determinar la fecha. Fué de 1900 a 1912, y en un departamento de Francia, del que no puedo decir siquiera si está situado en el Sur, en el Norte o en el Centro.

El joven que me escribió ha sido condenado a muerte y ejecutado. Era un hombre de pueblo. Los que le juzgaron, los que asistieron a su proceso, el abogado mismo que lo defendió, lo consideraron como un sér grosero de aspecto y de espíritu. Logró, en efecto, dar esta impresión.

Había dado muerte, en una ciudad provinciana, a un anciano rentista. Confesó su crimen. El sumario comprobó que se había apoderado de billetes, oro y alhajas. Confesó también el robo.

Yo sé que ese hombre, que fué un homicida, no fué un ladrón.

El móvil del delito no fué la venganza ni el crimen. Agregaré que el condenado no era un loco, sino un hombre perfectamente responsable de sus actos.

Durante el proceso todo el mundo tuvo la impresión de que se trataba de un crimen feroz y ordinario: un hombre había matado por robar. El procesado no manifestó arrepentimiento. No se conocía más que su nombre y el lugar de su nacimiento. Huérfano a temprana edad, había abandonado su aldea a los doce años, después de permanecer algún tiempo en la escuela.

Su abogado le había obligado a firmar una petición de apelación y luego un recurso de gracia. Ambos fueron rechazados.

El mismo día de la ejecución recibí de París un sobre voluminoso, debidamente franqueado y puesto en el correo por un intermediario desconocido; en todo caso no había pasado por las manos del director de la cárcel.

El hombre me recordaba en su carta que me había conocido en otra ciudad, mientras estaba empleado en una gran fábrica que pertenecía a uno de mis amigos.

"En esa ocasión — me decía — usted me interrogó, y comprendí en seguida que no era por simple curiosidad, sino por una especie de compasión afectuosa. Creyó, sin duda, que yo era un hombre superior a mi condición. Debo decirle que nunca fui más que un simple obrero y que asistí a la escuela sólo cuatro años.

Me reunía poco con mis compañeros, y rara vez iba a la taberna. No les gustaba salir conmigo; no era lo que se llama un buen compañero, y mi aspecto era triste. Y usted me dijo que fué precisamente esta expresión de mi rostro lo que le impulsó la primera vez a dirigirme la palabra...

Una vez llegué a decirle, y era verdad, que me sentía triste sin motivo, o más bien por el motivo más grave: simplemente porque me decía que la felicidad existía en alguna parte en el mundo y que yo no la conocería jamás.

Un día abandoné la fábrica, sin avisar a nadie, para irme lejos de allí, a un sitio donde quizá alentara a la vida un poco de esperanza...

Y me vine a esta ciudad, desde donde le escribo. Encontré ocupación como jardinero en casa de personas ricas. La dueña de casa, cuyo marido se hallaba en el Ja-

Un raro caso de amor

Por Tristán Bernard

pón por sus negocios, era una mujer rubia, que me pareció muy bella. Desde el momento en que la vi, y eso que apenas la miré, comenzó para mí otra vida.

Nada en el mundo, estaba seguro, me permitiría jamás aproximarme a la señora. Pero el amor que yo alentaba hacia de mí un hombre feliz.

Todas las mañanas había un ramo de flores en el marco de una ventana... No sé si ella apreciaba la atención; pero ¡qué alegría para mí depositarlo allí todas las mañanas!

Un día la señora me habló. Me dijo:

—¿Es usted quien me deja esas flores?

Contesté tontamente, con voz ronca, con los ojos bajos, continuando mi trabajo:

—Sí; sé que las flores siempre gustan...

Como usted comprende, no quería decir nada, ni siquiera mostrarme a ella tal como era.

Un día la vi pasar, y súbitamente, con mirada furtiva, noté que tenía los ojos enrojecidos... Una doncella me dijo que había llegado una carta del señor, en que le anunciaba que sus negocios iban muy mal. Supe el mismo día, por otro conducto, que esa gente no sería rica ni estaría al abrigo de la desgracia sino cuando heredaran de su tío, un viejo rentista de la comarca.

Sin duda, sospecha usted quién era ese viejo rentista... Cuando la idea cruzó por mi mente todo el cuerpo me tembló de miedo; pero jamás me había sentido con tanto amor. No era el caso de reflexionar; mi resolución estaba adoptada. Esa noche misma sucedió lo que sucedió...

El oro, los billetes, las alhajas que me llevé para hacer creer en un robo los arrojé en cualquier parte, en el río. Los encontrarán o no los encontrarán. Representaban algún dinero; pero no es nada comparable con la fortuna que él le ha dejado. Le escribo todo esto en plena confianza. Estoy seguro que usted no me delatará. Por otra parte, sería inútil. Habré sido ejecutado cuando lea usted esta carta. Mi memoria no interesa a nadie. Además, es un secreto mío el que le confío, pidiéndole que no lo revele. Ella jamás ha sabido nada. La he visto en la sala de audiencias durante el proceso. Y llega ahora el punto más grave de mi confesión...

La he visto en la sala de audiencias. Entró. Me miró con temor, como a un asesino que soy. Yo la miré como hasta entonces no lo había hecho... Ella comenzó a declarar, una declaración cualquiera, en la que decía que jamás había sospechado que yo era un bandido, pero que, sin embargo, su gobernanta, mujer de experiencia y de mucho mundo ella, le había observado su desconfianza y seguridad sobre la mala calaña del sujeto; que, evidentemente, tenía los clásicos rasgos clasificados hasta en los manuales de antropométrica.

Y a medida que ella hablaba, se fió; a medida también que la miraba, yo me decía — oiga bien — que no amaba, que no amaba absolutamente a esa mujer; que no la había amado jamás... Había matado a un hombre por ella y jamás la había amado...

Desde ese momento nada escuché: ni a los otros testigos, ni al fiscal, ni a mi abogado. ¡Ah, qué cabeza de imbécil había en mis hombros!

¡Vaya! ¡Pronto! Que libren de una vez al mundo de esa cabeza, que la hagan saltar de una vez al cesto."

Importante

COMUNICAMOS a los distinguidos y numerosos consumidores del JABON REUTER, que éste se venderá en lo sucesivo en cajas de cuatro jabones, en lugar de tres, como se ha vendido hasta la fecha.

El nuevo envase, o sea el nuevo formato del jabón nos permite reducir considerablemente el precio del mismo, fijando en 70 centavos cada jabón, para toda la República.

Ahora



— 4 Jabones en cada caja —

Si no pudiera obtenerlo en la localidad donde Vd. reside, solicítelo, acompañando el importe de la caja de 4 jabones, \$ 2.80 a sus representantes:

ILLA Y CIA

MAIPU, 73. — BUENOS AIRES

MATER DEI

¿Más grande que tu alma y que la mía?...

—La tierra, que nos da maternalmente, para la sed las aguas de la fuente y para el hambre el pan de cada día!

—¿Más grande que la tierra todavía?...

—El cielo, que ilumina nuestra frente, que da luz y calor y hasta nos miente un espejismo azul en la agonía!

—¿Y más grande que el amplio firmamento?...

—Tan solamente Dios, que con su aliento mares, cielos y tierras ha animado!

...¿Y más grande que Dios? — Sólo la Idea que si Dios formó hombres, ella crea los Dioses que a los hombres han creado!...

FRANCISCO VILLAESPESA.

ESPEJISMO

Por Víctor Alberto Buzio

Se encontraron en una encrucijada.

—¡Tú! — exclamó ella, plena de estupor.

—Yo. ¿Te sorprende este encuentro? — respondió él, clavando sus pupilas claras en las profundas ojeras de ella.

La tarde declinaba, envolviendo en la penumbra las dos figuras de pie en medio del camino.

—¿Quieres que nos sentemos?... Allí, en aquel banco de piedra. Conversaremos un instante.

—¡Como tú quieras, Rafael!

—Sigamos, entonces. Yo no quiero nada. ¿Entiendes?... ¡Nada!

—Bien, yo lo quiero. ¿Accedes?

—Sea.

Lentamente, como dos sombras — ella vacilante, sereno él — sentáronse en un banco semioculto por una muchedumbre de pinos.

—Augusto silencio que nuestra palabra perturba! ¿Percibes tú su voz de misterio que conforta el alma?... Espera: ¿Cómo es tu nombre?

—¡Lo has olvidado! Sé que no tengo derecho a reprocharte, pero quisiera decirte ingrato... ¡mil veces ingrato!

—No llores. Enjuga esas lágrimas. En la portada del que fué santuario de mis recuerdos, moldeado en oro, un nombre de mujer rezaba: Angélica. ¿Era acaso el tuyo?

—Rafael!

—Pregunto: ¿era acaso el tuyo?

Los labios temblorosos musitaron la afirmación en un quejido.

—Coincidencia quizás. ¿Quieres saber la historia de la Angélica de aquellos recuerdos, para que te convenzas de que no eras tú?

—Te chanceas, Rafael.

—Verás que no. Te haré una reseña de mi vida anterior. De esa vida que ya he sepultado todas las ceremonias del caso, tal cual se hace con un cadáver. Y perdona si las miasmas de la exhumación te producen malestar.

—Nunca supe que fueras cruel...

—Escucha y luego juzga. Cierra los ojos. Comenzaré como en los viejos cuentos: Erase que era un joven de diecisiete años. Sus padres le habían legado una fortuna cuantiosa, salud y un alma sin taras. Tal era su bagaje cuando la conoció a ella. Su nombre: María Angélica. Y como rasgo particularísimo de su fisonomía, dos ojos profundamente oscuros y brillantes, brujos, malditos y santos...

—Rafael, no te exaltes.

—Calla. La exaltación la provoca el esfuerzo de levantar la pesada piedra que cubre el recuerdo. Prosigo. Y digo de aquellos ojos malditos, porque llenaron de desasosiego el alma del imberbe, y el dolor mordió sus carnes cuando aun no era llegada la hora.

Reconcentrado en sí mismo, como queriendo retrotraer las visiones brumosas de un pasado muy pretérito, Rafael continuó:

—Fué la pasión tan intensa y tan enorme, que aquel mozalbete sintióse amilanado ante el terror de un naufragio. Tenía la intuición de que una respuesta negativa precipitaría su vida en los abismos de

la desesperación y del suicidio; y se abstuvo de confesar su pasión. Confesión vana, puesto que ella bien lo sabía su esclavo. Temperamento romántico, excesivamente romántico, ya que poco o nada sabía de las contaminaciones impuras de la vida, entregóse a forjar en los paraísos del ensueño, el palacio diamantino que albergaría ambos co-



—¡Bonita hora de recogerse, y además borracho perdido!

—¡Mareadillo nada más! ¡Tú sabes! ¡He estado toda la noche montado en las calesitas.

razones. Transcurría el tiempo y aquel tontuelo sublime perseveraba en amar las estrellas... Un día — habían transcurrido siete años — quiso dar cuerpo de realidad a sus ensueños. Confesó su devoción. Aceptóla ella... ¡Ah, criatura! El velo que ocultaba la verdad puede tardar horas, días, centurias en caer, pero ¡fatalmente ha de caer! Y si la vida resulta engañosa es

porque no abrimos los ojos a la luz. ¿Cómo podrán, enturbiados por el fuego de las pasiones, o por las nubes de los deseos, percibir la luz diáfana de la verdad?... Cinco meses de romance... y luego, declaración intempestiva y sincera: "Rafael, seré tu amigo. Amo a otro desde hace mucho, y él me ha sorprendido en tu compañía. Se impone concluir esta farsa. Márchate y perdóname". Si amabas a otro porque aceptaste la ofrenda generosa de mi cariño? — protestó él débilmente. — "Sabía que me amabas en silencio y la curiosidad..." ¡Brutal respuesta que encendió la sangre del desdichado! ¡Su único tesoro — los sentimientos — habían sido expuestos a la curiosidad y al escarnio! ¿Dónde, dónde está Dios para apos-

trofarse! — fué el grito de su alma.

Hizo una pausa. Ella lo escuchaba con temerosa emoción. Cual si estuviese orando, continuó:

—Las tormentas en la naturaleza, como las que asolan el alma del hombre, preludio son de calma y reposo. Y la calma que siguió a la tormenta trajo la respuesta al eco de aquella imprecación: "En ti es-

SALIDA DE CLASE

Crepúsculo. La calle de la escuela se llena de improvisos de delantales blancos como nieve; de canciones, carreras y de gritos.

Son los niños que salen de la escuela cual si fueran gorriones de sus nidos, llenando la calleja silenciosa de gloria, de ilusión y regocijo.

Por la angosta vereda va la blanca cadena de los niños, y son bajo la tarde que se pierde, como una alegre procesión de lirios.

ALFREDO R. BUFANO.

Esta afección
tan molesta
se cura
ECZEMAS
Rapidamente
usando
PASTA VASENOL

tán latentes todas las potencialidades divinas. El sendero del dolor te elevará hacia Mí. ¡Conócete y me hallarás!"

Desde entonces sus pies andaríegos hollaron todos los caminos. Buscaron a Dios en este valle de sombras, y cuando el desfallecimiento de la impotencia nublaba sus ojos, como una estrella resplandeciente, la imagen de ella volcaba sobre el espíritu fatigado del caminante, miriadas de luz tenue y crepuscular. El recuerdo incitaba su ardor. Dió guerra sin cuartel a los fetiches de la ilusión, y en el fragor bestial del combate desgarróse su carne, y de una dentellada partió su corazón, arrojándole lejos de sí. Quedó ciego y desamparado. En el vacío, horrible, eterno e infinito, aquella alma desencadenada en la soledad espantosa de saberse sola, sola en medio de la grandeza incommensurable del cosmos — sorda a toda voz humana — ciega a cuanto tuviera forma — aguarda la luz de la transfiguración crística. ¡Oh, señor! La oruga, en un raptó de desesperación, quiso ser águila para escalar tu Himalaya... ¡En tus puertas de hierro, al batir en vano para hacer ceder sus goznes, quedó el plumaje de sus alas rotas!... ¡Desgraciado!

El son de su voz ora remedaba el susurro del viento entre el follaje, ora sonaba fresca y límpida como las cántigas cristalinas de una fuente. Levantó los ojos hacia el cielo y quedó como petrificado en la contemplación extática.

Su rostro era una mascarilla de cera. Había inutilizado las líneas anímicas de la expresión, como esperando que la mano de lo invisible le modelara una mueca, una sonrisa, cualquier cosa... Algo que definiera aquella expresión inexpressiva. María Angélica lo miraba sobrecogida de temor. Luego, el amor — poderosa ilusión constructiva — halló en aquel rostro la simbología de la serenidad y de la beatitud.

—¡Qué hermoso está! — se dijo.

Bien es cierto que sólo lo que tenemos dentro o anhelamos es lo que podemos ver fuera. Y la serenidad y la beatitud que ella creía ver en aquella mascarilla inanimada no era sino el deseo de paz de su corazón acongojado.

—¡Rafael!... ¡Rafael!

—¿Quién me llama?... ¡Ah, eres tú! Creí que era la voz del cielo. Sin embargo, era tu voz. Esto prueba que me amas como no has amado nunca, como no amarás jamás... ¡Sólo Dios puede inspirar tan grande amor!

—¡Bendito sea tu dolor, que te ha enseñado a leer en el corazón de los que sufren! Tus palabras son ciertas, Rafael... ¡Te amo!... ¡Te idolatro!... ¡Más que a mí propia vida, más que a Dios, Rafael!...

—¡Quién pudiera vivir tan hermosa mentira!

—No seas cruel. Tú sabes que es cierto... ¡Tus ojos lo han leído!

—Sí. Ya sé que me quieres. Pero sé más: que todo es ilusión, que todo es mentira.

—¡Cuánto daño te he hecho, Rafael! Inconscientemente, he asesinado tu alma... ¡Perdóname!... ¡He sufrido mucho! ¡Quizás tanto como tú! La vida, con sus lecciones de dolor, vengó en mí el agravio que te había inferido. Me has contado tu odisea. ¿Quieres saber la mía?

—¿Para qué? Si la sé. Te casaste... — se detuvo, la miró profundamente.

Los que se aprecian de saber, aseguran que el alma es una placa que registra las más fugaces impresiones; impresiones que no pueden permanecer ocultas a los ojos de los que tienen el poder de ver más allá de las apariencias. Rafael parecía dotado de tan singular don.

—... Con aquel hombre no pudiste ser feliz, porque tú no habías nacido para él. Dos años después quedaste viuda. Mi recuerdo era tu obsesión. Estabas condenada a recordarme porque habías transgredido tu destino. El señalaba en mí tu compañero. En tus oraciones ponías mi nombre, suplicando a Dios te pusiera otra vez frente al Rafael que fué... ¡y que no volverá a ser! Bien; Dios te ha complacido: aquí me tienes.

—¡Oh, gracias! Ni la gloria del cielo podrá superar la felicidad de nuestro amor. Tú me querrás...

—¡Desdichada! ¿Quieres saber quién soy yo?... No me entenderás; no importa. Oyeme: Soy alguien que dejó de ser para ser. Y que cuando fué supo que ya no era. Soy una abstracción que por error está sumergida en una forma humana!... Yo no soy, porque para ser es necesario no ser. Y yo soy el no ser, porque es el ser verdadero... ¡No me entiendes!... ¡Qué has de entenderme si vives la ilusión! Mi amor por ti me aproximó al Nirvana... ¡Bendita seas!

—¿Qué importa, Rafael, que no te entienda si sabes que te amo?

—El amor es una mera sensación, María Angélica. Es una mezcla de gozo y de dolor. ¡Y yo estoy por encima de las sensaciones!... ¡Por encima del placer y del dolor, del bien y del mal, de la vida y de la muerte!

—Tú desvarías, Rafael...

—¡Pobre criatura!... ¡Te amé tanto y tanto, que ya ves... me perdí por mucho amarte! Sea tu consuelo saber que ya no sufro, ¡que ya no podré volver a sufrir!

—En cambio podrás con ese egoísmo permanecer impasible a mi sufrimiento... ¡Tú debes oír las súplicas de este corazón destrozado! ¡Rafael!...

—¡No puedo! Un instinto más poderoso que mi voluntad rechaza todo lo que sea mentira, ilusión... Ni siquiera podría permitir que me amaras, porque sería envilecerme en la complicidad de un error.

—¡Dios mío!... ¿Qué hay entonces de cierto, ya que todo es error y mentira?

—No sabría. He destruído sin construir nada. Sólo me he compenetrado en una verdad inmovible: que todo es vaguedad, ilusión, sueño... ¡mentira!... ¿Lloras?... Descubro tu pensamiento. Tú crees estar frente a un loco.

—Tú lo has dicho... ¡Y mi conciencia me reprocha la responsabilidad de tu locura!

—Y aun cuando fuera cierto, no dejarías de amarme... ¿Verdad?

—¡Sí! A pesar de todo... ¡de mí misma!

—¿Y no presumes que el que tiene el poder de leer en tu pensamiento y en tu alma, debe ser algo menos o algo más que un loco?

—Locura inteligente...

—En efecto. La inteligencia cuando se eleva un poco del nivel común es genialidad; cuando se excede, los que no alcanzan a comprenderla llamanla locura. Yo soy, entonces, un loco, y sólo otro loco podrá saber que no lo estoy! ¡Adiós!

Se alejó como una sombra.

La luna le daba un aspecto de fantástica majestad. Lentamente, su luz la fué extinguiendo hasta hacerla imperceptible.

Transcurrieron algunos minutos.

María Angélica levantó la cabeza.

Sintió un escalofrío.

—¡Rafael! — llamó. — ¡Pero qué es esto, Dios mío? — restregóse los ojos. — ¡No estaba aquí Rafael?... ¿Ha sido todo un sueño?... Pero no... ¡sí él estuvo aquí conmigo!... Sin

embargo... ¡No habré soñado, ya que estoy dudando?

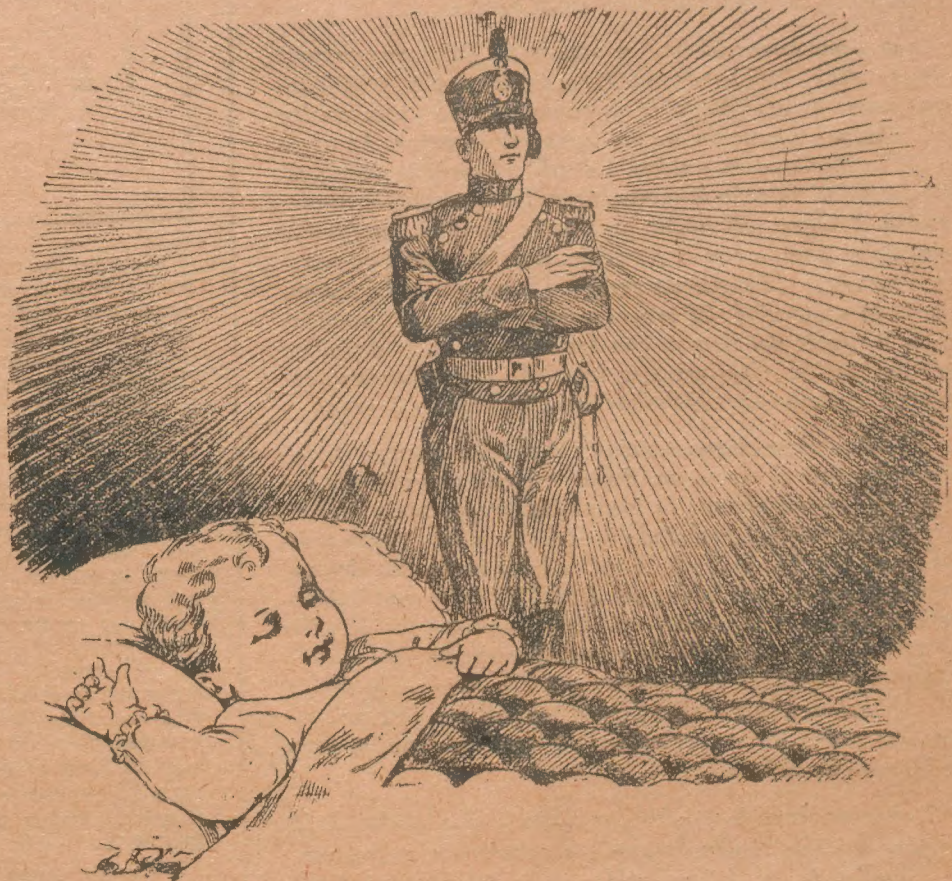
Esta incertidumbre la puso al margen de su desequilibrio mental. ¡Nunca pudo precisar si había estado con Rafael o sólo había soñado!

Para el caso es lo mismo. Exactamente. (Esto, ateniéndonos al juicio acertado u erróneo — ¡vaya uno a saberlo! — de los que afirman que la vida es tan ilusoria, que los sueños, a veces, son más reales que ella).

Nuevo mecanismo de imprimir

Dos inventores ingleses acaban de construir un mecanismo llamado a producir una revolución en la imprenta. Se compone este aparato de una cinta matriz que contiene todas las le-

tras del alfabeto, todas las cifras, los diversos caracteres empleados en tipografía; esta cinta corre sobre dos tambores, animados de un movimiento rotativo de vaivén, por medio de dos pequeños motores; estos últimos obedecen a las teclas de un cuadro análogo al de las máquinas de escribir (cada tecla corresponde a un signo tipográfico). Los circuitos eléctricos son tales, que el hecho de oprimir, por ejemplo, la letra R, coloca la parte de la cinta que tiene la imagen de esta letra, entre los dos tambores, ante una lámpara eléctrica. El haz luminoso proyecta la letra R sobre una superficie sensibilizada que se impresiona entonces. Esta especie de fotografía de los documentos es utilizada, según los procedimientos ordinarios tipográficos y litográficos. La misma cinta matriz sirve, cualquiera que sea el tamaño de los caracteres que se deseen obtener, el espaciado y el interlineado del texto; basta, para hacer variar estos elementos, con modificar el sistema óptico con la ayuda de una palanca.



Al correr de los años...

esa carita de ángel será la faz bronceada; ese pechito adorable será amplio y poderoso; esos diminutos piecitos calzarán recias botas cuyo solo taconeo impondrá respeto... ¡El rosado bebé de hoy será el gallardo varón alerta a la clarinada que llame a dar la vida por el terruño querido!...

...Y así tendrá que ser, porque hoy crece al calor incomparable del regazo materno, porque hoy gusta del seno de mamita las mieles mejores... ¡y ello es el más auspicioso augurio para el futuro!

A través de los años, la Malta Palermo se ha convertido en un factor de éxito en la vida nacional, pues ha contribuido a que decenas de miles de madres argentinas pudieran ofrendar a la Patria hijos sanos, fuertes y capaces.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS



Malta
PALERMO

Publ. P. A. Weber

CERVECERIA PALERMO S. A. - Bs. Aires.

DESPEDIDA

(Del libro "MI FEMINISMO", recientemente aparecido)

"Cada vez que termino un libro — dice Mantegazza — en la hora suave y melancólica que invaden las sombras de la noche, al saborear las santas alegrías del cansancio, antes del reposo que traduce la honda y noble satisfacción de haber concluido esa labor, siempre me pregunto: ¿este libro será útil?"

Si fisiológicamente el organismo humano se renueva en su totalidad cada siete años, la esencia que sustantiva el alma en sus manifestaciones tan complejas como múltiples y tan múltiples como complejas, permanece inalterable, no obstante las variantes que proyectan la curva que se inicia en la cuna y termina en la tumba.

Tal como somos vivimos y actuamos. Tal como vivimos y actuamos resolvemos nuestros problemas y solucionamos nuestras incógnitas. Hoy, como hace dos, tres, cuatro mil años, la atracción sexual consagra el amor. El amor torna la dualidad en unidad. La unidad forja la fidelidad. La fidelidad entraña la monogamia. La monogamia fundamenta el hogar. El hogar arraiga la familia. La familia vincula el pasado con el porvenir. Los hijos reviven nuestra existencia. El recuerdo perpetúa la memoria. La memoria es la posteridad. El proceso, uno e indivisible, se mantiene a través del tiempo con los relieves, cuya simbólica representación exterioriza la leyenda, al caracterizar esa misma leyenda las modalidades que engendran la vida.

Al puntualizar circunstancias y al detallar hechos, he debido observar el escenario. En mi espíritu han vibrado todos los dolores, cuando la brutalidad prepotente o la perversión moral han maculado inocencias y han destrozado hogares. Muchas veces he verificado la ineficacia del derecho, al resonar en labios del débil. He visto multiplicarse con aplausos los éxitos que desnaturalizan la virtud y exaltan el vicio. Con todo, he mantenido irreductible el concepto que fortalece el carácter, por eso puedo, sin dudas ni vacilaciones, vislumbrar, para un futuro cercano, — máquer todos los escepticismos — una vida mejor para todos los que sufren.

Todas las almas laceradas por el amor, que ruedan de la cumbre al llano, tienen para mí, — convicción serenamente conquistada en el largo andar — la fuerza propulsora que puede redimir sus pecados con la visión interna de las cosas que simboliza la mujer calda, santificada por Jesús con aquellas palabras que dan realidad a la Fe...

La Fe mueve las montañas como la gota de agua horada la piedra. Basta para ello tener voluntad. Firme en el propósito, constantemente pienso en el más allá. El ambiente y el individuo son términos correlativos. El uno depende del otro. Someterse es abdicar. Concentrar energías es triunfar. Todos — hombres y mujeres — podemos concentrar nuestras energías para triunfar, si tenemos, dentro de nosotros mismos, el concepto que califica las acciones humanas y deslinda el bien y el mal con prescindencia de la atmósfera que nos rodea y el ejemplo que pueda perturbarnos. De ahí los esfuerzos que realzan la dignidad, enaltecida por el sacrificio, para señalar rumbos en el eterno devenir.

Por eso, si estas páginas transforman, en algunos lectores, los instintos en sentimientos, al dar consistencia al hogar con la fidelidad y el amor, podré saborear las santas alegrías del cansancio: este libro es útil...

José BIANCO.

TOS-CATARROS-RESFRIOS

SE QUITAN TOMANDO EL

PECTORAL ESTERFAL

PARA NIÑOS Y MAYORES, EL FRASCO \$ 2,50

Elisir Dentífrico ESTERFAL

Conserva la dentadura, quita el dolor de muelas y da esmalte y refresca la boca, el frasco \$ 2,00

Farmacia Inglesa Americana

ABIERTA HASTA LA 12 Y 30 DE LA NOCHE

Perú 901-907

U. T. 23 - B. ORDEN - 1867

Buenos Aires

La conquista de la viuda

Por Bernardo Gervaisse

Sería preciso ser el difunto Pierre Larousse en persona o haberse estado ejercitando durante muchos años en el instructivo juego de las palabras cruzadas para encontrar la palabra apropiada que califique la conducta del joven Honorato Putois y de su amigo Casimiro Pouilletín.

Yo, que nunca tuve nada qué ver con el célebre fabricante de diccionarios y que he demostrado repetidas veces mi inutilidad en la busca de palabras cruzadas, buscaré una fórmula intermedia, calificando la tal conducta de infame, innoble, repugnante, indigna, asquerosa, nauseabunda, poco honrosa y digna de reprensión. Y aun dicho esto me parece que no he podido expresar ni la mitad de mi pensamiento. Juzguen por sí mismos.

Un día, este ente despreciable de Honorato Putois dijo a Casimiro Pouilletín:

—Apuesto a que no conquistas a la viuda de Loche.

—Apuesto a que sí — contestó el otro ente, no menos despreciable, de Casimiro Pouilletín.

—¿Cuánto apuestas?

—Lo que quieras.

—Van mil francos.

—Van. Choca. Si de aquí a un mes no he logrado conquistar a la viuda de Loche ganas mil francos; sino, me los debes tú.

¿Comprenden ustedes toda la ignominia de esta innoble apuesta?

Y aun agrava el caso la honorabilidad de la persona puesta en juego. Porque la viuda de Loche es una mujer de virtudes que alejan toda sospecha, incapaz de traicionar la memoria de su difunto esposo.

Esta consideración no impidió que al día siguiente Casimiro Pouilletín emprendiera la conquista de la hermosa viuda. Pero Casimiro hubo de convencerse muy pronto de que todo asedio era inútil. A todos sus suspiros y proposiciones la vi-

dua de Loche contestaba con estas palabras:

—Pierde usted el tiempo, amigo mío.

Y vean ustedes hasta dónde llegaba la mala fe de Casimiro. Siempre que su amigo Honorato le preguntaba por el asunto (¡a aquella ignominia le llamaban un asunto!), respondía con extraordinario aplomo:

—Eso marcha viento en popa. Ayer me permitió que besase uno de sus deditos rosados; hoy he podido besar su mano lindísima, y... perdóneme este rasgo de vanidad, me parece que antes de una semana la viudita está conquistada.

El idiota de Honorato creyó cuanto le dijo su amigo, y como no le hacía ninguna gracia perder mil francos, ideó una estratagema más nauseabunda y cobarde que todo lo anterior. Envió a la viuda de Loche un anónimo concebido en estos términos:

"Señora: Casimiro Pouilletín le hace la corte. Sin duda, pretenderá convencerla a usted hablándole de la pureza de sus sentimientos y de la fuerza de su pasión avasalladora; pero no crea usted en sus palabras. Todo es una farsa. Si Casimiro quiere lograr su cariño es para ganar mil francos que ha apostado con su amigo Honorato Putois. — Firmado: Una persona que la quiere bien."

Al día siguiente, cuando Casimiro Pouilletín se disponía a reanudar cerca de la viuda de Loche la canción amorosa interrumpida la víspera, experimentó una gran sorpresa al ver que la dama le alargaba, sin decir palabra, el anónimo de su cómplice. Pero cuando su sorpresa llegó al límite fué al oír a la viudita decirle en tono conciliador:

—¿Y era por eso? ¡Pero tonto, más que tonto! ¿Por qué no me lo dijo usted desde el primer momento? ¿Cree usted que yo iba a consentir que perdiese usted los mil francos?



AMOR SUBLIME

Por Fernán Caballero

Tenía Pedro una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición o viso "romanesco" a las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano, pero no extravagante. Su ideal era restringido, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los reyes de Oriente una estrella en el cielo, a la que con fe ciega seguía.

De esto resultaba que era Pedro un joven modesto y reconcentrado, porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por deber y por inclinación de todos los vicios, no había intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerrogativas, si como desprecupaciones, si como gracias, o como trofeos de rebeldías.

Así sucedía que solía pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los más bellos paseos de Europa.

Muchas veces había notado Pedro, con extrañeza, a una joven de condición humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba, solitaria, en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo, sino para fijarse en él. Había en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia o ignorancia de los usos establecidos, unida a un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Empero, en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocación superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debían, naturalmente, inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro a la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veía a algunos jóvenes calaveras, a quienes aquella linda aparición atraía, rudamente rechazados, y cada tarde era más marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro joven y hermoso.

Dice Kératri que Dios ha dado la compasión por abogada a la desgracia. Así sucedió que algunos días después, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba par retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrían abundantes lágrimas, Pedro, a pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado a seguirla, más por la compasión que las lágrimas inspiran, que por la seducción que la belleza ejerce.

Después que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó a ella, y le preguntó con timidez si le aquejaba algún pesar, y si era

de naturaleza que pudiese él remediarlo o adivinarlo.

—¡Soy muy desgraciada! — contestó ella, prorrumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuál es vuestra desgracia?

—No puedo decirlo.

—Así no hallaréis consuelo. ¿Por qué venís todas las tardes al paseo?

—Antes venía porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cuál el motivo que os obligaban; a vos, tan linda

—¿Y por qué os importa?

—Porque me interesáis.

—¿De veras? — exclamó ella.

—Muy de veras — respondió Pedro. — Decidme, pues el motivo de vuestra aflicción.

—¡No puede ser! Si os intereso demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó a su interlocutora.

—¡Eso no! — exclamó ésta con vehemencia. — No me lo demostréis ni con preguntas ni con mo-

—Ni soy casada, ni me casaré nunca, ¡nunca!

—¿Entonces, ¿en qué puedo servirlos? — tornó a preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

—¿Servirme? En nada podéis servirme — repuso ella.

—¿Pues en qué puedo, al menos, complacerlos y mostraros mi interés?

—Con dejarme que os mire, que os hable y que os ame sin rechazarme, como hasta aquí habéis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos, en cuanto a reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ella que no necesita la educación ingerírselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la joven volvió a prorrumper en un amargo llanto, exclamando:

—¡Madre, madre! ¿Por qué me pariste? ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero... ¿y si yo os amase a mi vez, como de cierto sucedería? — preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habría en eso? — repuso ella.

—Es — dijo Pedro — que yo no puedo ni debo amar sin saber a quién amo: a un ente misterioso que se oculta de mí; a una mujer que, cual una nube, aparece sin saber de dónde viene, y cual aquella, puede desaparecer sin que sepa dónde irá.

—Yo creía repuso ella, — que el amor no hacía más pregunta, ni necesitaba saber más, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. ¡Adiós! Olvidad a una infeliz que creyó por un momento hallar un corazón que le diera sólo un poco de amor, en cambio de todo el suyo.

Diciendo esto, se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡No me sigáis! Os juro que mañana me hallaréis en la alameda!

Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo a fijarlas, desapareció cual ellas en la obscuridad.

Al día siguiente, Pedro, sin premeditada intención, y aun sin notarlo, salió más temprano que otras tardes para ir a su acostumbrado paseo. Mas a pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió a distancia, hasta que, internados por calles solitarias, y debilitada la luz del día por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirla la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron, fué con poca variación lo que se habían dicho la tarde antes, acabando la entrevista, por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibición de que la siguiese, y la promesa de volver a la tarde siguiente. Cada tarde volvía Pedro más empeñado, más interesado y más seducido por aquella hermosa joven, que era a un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro, lo más mínimo so-

¡ULTIMA MARAVILLA!

ESTUFAS A NAFTA

GRAN POTENCIA
SEGURIDAD
ABSOLUTA

ELEGANTES
PRACTICAS
ECONOMICAS
LIMPIAS

GASTAN 50 VECES MENOS
QUE CUALQUIER SISTEMA
(UN LITRO DE NAFTA DURA 16 HORAS!) \$ **35**

A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

y tan niña, a venir sola a un paseo público?

—No puedo decirlo.

—¿Y por qué venís ahora de "motu proprio"?

La muchacha calló. Pedro repetía su pregunta.

—¿Qué os importa? — respondió ella con una mezcla de despecho, de aflicción y "brusquería", que aunque unidos, se hacían cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo y en sus dolorosas lágrimas.

—Me importa, puesto que lo preguntó — dijo Pedro.

nadas; las unas demuestran curiosidad; las otras, caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza:

—¡Interés!

—Dejad que os acompañe a vuestra casa. — dijo Pedro, cada vez más empeñado, y cada vez más interesado en aquella extraña mujer.

Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

—¡No, no! ¡Ni pensarlo! ¡Eso no puede ser!

—¿Sois casada? — preguntó Pedro.

La novia se hace mayor

Por Antonio Robles

Un balón de niño, con gajos de colores fuertes; un balón inmenso y aéreo, que apenas toca el suelo para rodar, hoy está quieto en la cacería de los árboles de silueta aristocrática, que siguen los caminos recortadísimos del parque público.

Tan quieto está que tal vez la goma tensa comience a sentir la rugosa flojedad del aburrimiento. Los hojas otoñales patinan por los colorines sin que sus uñas resacas sepan prender.

El amito, infante de la aristocracia, tiene cerca al ama seca, de las recias canas y los zapatos mate, y a la miss, larga, rubia y canosa, que lee, plegando por los lentes el caballo de la nariz.

En los pasajes de la lectura a veces se arquean las cejas de la miss; a veces las cejas se recogen en los extremos interiores...

El ama mece sus cortas piernas cruzadas en aspa, y con voz dormida, casi de hombre, dice alguna vez:

—José Alberto, ¿por qué no juegas?

Pero el infante no contesta.

Sus manos, enlazadas a la espalda, se apoyan en el árbol; su flequillo, largo, recto, acariciador y acariable, le cae lacio sobre la frente pensadora. Sus ojos de uva dorada echan como por debajo su mirada a Lita, la niña.

Sus piernas desnudas se templan con sacudidas, como distracción en la quietud; sus pies, calzados con zapato bajo, rayan a veces con la punta en el suelo para que los ojos descansen de la pasión.

—José Alberto, ¿por qué no juegas?

Pero el infante no contesta.

Un niño ama tan hondo como un hombre. Como que hoy no tiene ganas de merendar. Tal vez tire con el dorso de su mano la bandeja de los dulces, presentada como las piedras preciosas de los niños.

Lita está frente a él; y en la cacería de la fila de en frente, dos ruedas del cochecito. La muñeca duerme con las patas más altas que la cabeza. ¡Qué marcado desprecio!

Vuelven luego a sus casas al terminar esta primera hora, hora del paseo de los niños.

Seguramente en la escalera se crucen con los hermanos mayores; ellos bajarán silbando; ellas, dejando la estela del perfume reciente.

Este es el cotidianismo: que llega Lita al parque, y suelta el coche a que baje la curva lateral del

camino hasta la cacería. Entonces, ¿cómo va a jugar él, si ella desprecia así el juguete?

Y, sin embargo, el ama seca, con su voz dormida, exclama:

—José Alberto, ¿por qué no juegas?

Pero el infante no contesta nunca. La idea del ridículo se infla llamativa como un balón de colores.

Y es igual todas las tardes soleadas, a la hora de los viejos y de los niños, y del otoño, del invierno y primavera.

¿Cómo decirse a distancia aquella pasión sufrida; pasión tan dueña de sus cuerpecillos y de sus sueños, y tan cálida y tan limpia y tan honda?



—¿Por qué habrá aquí tanta mosca?

—¿Pero Arturito! ¿Te has olvidado ya de que estamos en la luna de miel?

Mirarse, mirarse... sin saber qué es mirarse.

Pero el verano los separó. Una ruta llegó al mar. Otra topó con una sierra.

A veces el verano es el biombo para ponerse en el espíritu el traje de personilla mayor. Por eso los dos llevaban un temor y un deseo.

Toda la temporada tuvieron lejanías, que eran el fondo turbio de un recuerdo; así en los dos, el uno por el otro. Pero en la playa de Lita las fiestas atraparón y rebuscaron y despertaron su feminidad.

Pensó en él porque había raíces; pero sin sufrimientos; con superioridades.

Y ya en la capital, y en los días más abrumantes del otoño, de dulce tristeza, el infante esperaba en

su banco de todos los años, más espiada su talla, más flacas sus piernas desnudas. Al lado la miss, que leía; cerca el ama, que mecía sus pies...

Pero Lita no surgía por el extremo del paseo, por debajo de la puerta de hierros floridos.

Más que nunca la punta del pie, con rayas en la arena, tiraba de los ojos hacia abajo. Y más que nunca:

—José Alberto, ¿por qué no juegas?

Salía el grupo de los tres. Seguían al niño la miss con el libro y el ama con la gorrita de marinero en la mano, que ya no se la quería poner jamás el infante.

Se cruzaron, como se adivina.

Era la hora del encuentro; los niños y las niñas iban ya a encerrarse. Los señoritos de la ciudad salían de paseo. Quiere decirse que Lita ya no iba delante, sino a la par de mademoiselle.

A él se le inquietó el corazón como a un gorrioncillo atrapado por

Enfermos



de los OJOS

“LOIDU”, Unico producto Italiano de fama mundial. Que, friccionando en las sienes, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos. evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable. **No mas miopes, presbitas ni vistas debiles**

PEDID HOY MISMO EL INTERESSANTE LIBRO GRATIS

Direccion General

UGO MARONE

Piazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

José Alberto se estiraba el chaleco frente al espejo; y para salir ya decía un “¡adiós!” desde el pasillo sin mirar a nada.

Bajaba las escaleras, aplastándose a golpecitos los bolsillos que le abultaban. Y en la puerta del portal se abrochaba los guantes, con el bastoncito debajo del sobaco.

Dando luego a su cuerpo la joroba discretísima de la pose, caminaba ya hacia los cines de moda. Inútilmente.

Cierto que ella sentía la caricia en su alma al verle entrar. Pero siempre trafa — para la idea de ella — el gran balón con gajos de colores colgado de la muñeca.

Si alguna vez coqueteaba delante de él, más bien fue para mostrarse a sí misma la superioridad.

Y así siempre; que aquel año de la diferencia de trajes los había separado para siempre un año.

Después hubo presentaciones, ironías de Lita, turbaciones de él. La distancia quedó bien marcada para eternamente.

Todavía la quiere con todas las horas de su vida y la odia en todo su cariño.

Ella le ofrenda en secreto el mejor fondo de su corazón; pero le desprecia con toda su feminidad...

Y sobre el armario de los juguetes verás, si os ponéis de puntillas, cómo se van enturbiando de polvo los colorines de un balón y una gorra de marinero.

Cada uno de los dos amadores va por su ruta creciente del tiempo, sin esperanza de encontrarse. Como por rutas paralelas.

un niño. Y la cara se puso encendida. A ella... también se le apuntó un poco la inquietud; algo.

Pero José Alberto, ya en casa, cometió el crimen. Mató al balón de la vergüenza. Lo rajó por el gajo rojo de sangre, y por el gajo amarillo de ira, y por el gajo azul de aristocracia...

El infante del flequillo, metido en una niebla de odio, lloraba ante las crónicas de sociedad, y en los días de moda de los cines; lloraba en silencio, imaginando a su amada en todo ello.

Y era cierto que si Lita le recordaba alguna vez en lo obscuro de un cine, pensaba en él en profesora de los días de moda. Y si se cruzaron alguna vez más en él creció la ira y en ella el cariño hacia él desde lo alto.

Pasó que al invierno siguiente,



Modos de protestar en el teatro

Por M. Fernández Almagro

A la cuenta del verano — agente de superfluidades — es menester cargar el predominio de la nadería de los periódicos de julio y agosto. El vacío de noticias podía cubrirlo en tiempos la proverbial serpiente de mar. Pero ha sido necesario buscarle un substitutivo, y se ha hallado en la encuesta de múltiples cabezas. Los periódicos franceses — de ellos irradió el género — se dan a preguntarlo todo. Una enumeración de los temas planteados por esa moderna floración de "enquétes" valdría tanto como un inventario de las más ociosas preocupaciones. Y aun ocurre a veces que se trata de esclarecer lo que está suficientemente dilucidado. Así, por ejemplo, las preguntas que Paul Achard acaba de lanzar a los lectores de París-Midi suscitarán una media muy sostenida de respuestas concordes. Salvo el escape del humorismo, a que ha recurrido Tristán Bernard — al cabo, *c'est son métier* — el sentido común bastará para que los interpelados se pronuncien en términos análogos.

He aquí las preguntas de París-Midi: "Primera. Silbar una obra ¿es, realmente, un derecho que adquiere el espectador con su entrada? Segunda. ¿No perjudicará el ejercicio de este derecho en el curso de una escena o de un acto al otro derecho que los demás tienen a escuchar sin estorbo? Tercera. ¿Cómo distribuir los silbidos, al caer el telón, entre el autor, los actores, los escenógrafos, los músicos, etc.? ¿Qué medios habría para manifestar a un actor, correctamente, que su trabajo nos ha disgustado, que tal decoración es rechazada, que determinada idea no es admisible, sin englobar el descontento en una demostración colectiva? Y cuarta. ¿Tiene derecho a mostrarse hostil quien no haya pagado su entrada; el crítico, por ejemplo?"

* * *

Nos adelantamos con demasiada ligereza a decir que estas preguntas se contestan por sí solas. Realmente, el caso de la protesta en el teatro no es tan obvio. En principio, sí: todos condenamos los modos violentos de rechazar una obra. Mucho más en ciudades, donde el silbido no es la única ni la peor forma de exteriorizar una discrepancia. En ciertos sitios se usa y abusa del pateo. Todos recordamos noches de estreno, en que la grosería desborda límites que señala un mínimo sentido de la urbanidad, que es el estatuto de la convivencia. Gentes incluso muy comedidas de ordinario creen que es el teatro zona exenta, donde pueden hacerlo todo: gritar, vociferar, silbar, increpar... Y patear, desde luego. ¿Cómo justificar estos desates de pésima crianza?... Y, sin embargo, a poco que reflexionemos nos será fácil notar que el fenómeno — como todos los del Cosmos, en fin de cuentas — tiene su explicación. La podemos hallar en un vocablo, de veras empecatado: *claqué*.

La *claqué*: he aquí la razón de muchas sinrazones aparentes. La *claqué* da ocasión multitud de veces a que el público independiente y de buena fe se desmande, reaccionando por sus medios naturales de expresión — no siempre bien escogidos — contra un sucio conato

de mixtificación. Se mixtifican muchos éxitos. ¿Quién lo duda?... El público no acudiría a recursos extremos si no contase con vehementes indicios de superchería. Sabe por experiencia que si su protesta no llega a contar en términos in-

equivocos, la obra ofrecida a su consideración aparecerá en los carteles de los días ulteriores entre adjetivos encomiásticos y seguridades de triunfo. No es extraño que para evitar el fraude, según lo comienza a realizar la *claqué* y lo consuman

los sueltos de contaduría, haya espectadores que, cargando la mano — y los pies — en la dosificación, se pasen al exteriorizar su disgusto.

Probablemente, en un régimen de sinceridad que dejase las obras a la suerte que sus propias cualidades marcaran no habría incidentes o alborotos que lamentar. Sin *claqué* no se irritarían los humores de nadie y el aburrido se marcharía del teatro, bostezando silenciosamente.

* * *

No ha faltado quien proponga la instalación de una urna, buzón o artefacto por el estilo, que permita a cada concurrente la emisión detallada de su parecer. La justicia distributiva quedaría, a lo que se dice, exactamente servida, y cada aplauso iría a su destinatario con tino y precisión mediante este procedimiento, muy enojoso, lento y propicio a la trampa, objetamos nosotros. Y no se piense en adaptarlo ni en perfeccionar la propuesta, porque realmente no existe el problema que se presume. La intuición de cada cual hace el reparto que cumpia en cada caso. El equívoco es aquí casi imposible. La vanidad no ciega tanto a un actor que no advierta su situación real respecto a los compañeros de trabajo y a la obra misma. El mutis, por ejemplo, y además, es la coyuntura que puede y debe aprovecharse para que un intérprete determinado perciba su cuota de aplausos, y no la de otros. Aparte de que las ovaciones colectivas no suelen carecer de cierta instrumentación, merced a la cual destaca lo que más importa y se matiza el resto.

Confirmalo la experiencia general: nunca queda en la nebulosa el éxito de este o aquel ingrediente de una obra nueva. El libretista, el músico, el escenógrafo, el actor, conocen poco más o menos el resultado de la labor respectiva. Sin urnas ni escrutinios.

* * *

Indudablemente, el crítico no tiene derecho a protestar. No por ser un convidado, cuestión ésta que pudiera tramitarse en pieza separada. Sino por exigencias de su propio fuero intelectual. La protesta contra una obra en el curso de su representación arrastra por lo común un elemento pasional que ha de eludir el crítico, obligado a clarificar su impresión reflexivamente con el posible recogimiento.

Ahora bien: a lo que si tiene derecho el militante de la crítica periodística es a batirse en retirada. Esto es: a irse cuando le plazca o a no asistir. ¿Cómo opinar entonces?... La respuesta es simplísima: no opinando. No toda obra que se estrena es suceso que merezca convertirse en sugestión literaria. La crítica requiere materia sobre qué actual. Cuando ésta falta, ¿cómo puede funcionar aquella? En definitiva, así procede el crítico de libros, de cuadros, de esculturas o de poemas sinfónicos. Se inhibe cuando lo estima oportuno. Y ya la inhibición presupone un criterio.

Pero el ejercicio de la crítica teatral, distinguiendo entre la gaceta que informa y el artículo que analiza, ya no es tema que deba ser tratado incidentalmente, sino con atención especial.

Sentimentales

¡No te duelas de mí!

No te duelas de mí cuando en la noche escuches mis sollozos en tu puerta.
¡Mal podrías, ingrata, consolarme cuando eres tú la causa de mis penas!

Mi corazón que, herido, se desangra va dejando su rastro por la tierra, y ninguno hollará la huella roja trazada con la sangre de mis venas.

¡Mas no te duelas de mi mal tan hondo ni jamás aliviármelo pretendas!
¡Mal podrías, ingrata, consolarme cuando eres tú la causa de mis penas!

¿Quién soy?

Si quieres saber quién soy no me lo preguntes, niña; escucha mi voz cansada, mis hondas arrugas mira, compara mi albo cabello con tu cabello de endrina, mi vestido con el tuyo, tu mirada con la mía, mi andar con tu andar resuelto mis lamentos con tu risa, tu juventud, mi vejez, tus anhelos, mis fatigas, y entonces precisarás quién soy de paso en la vida.

Una noche de luna

Una noche de luna, noche clara y serena, al pie de tu balcón yo me sentí jugar y te canté la triste romanza de mi pena... Escuchando mi canto te pusiste a llorar.

Desde aquella noche volví sin faltar una a cantar mi romanza al pie de tu balcón. Misterioso y discreto testigo fué la luna. Ella ofició en la misa de nuestra comunión.

Mas una triste noche en vano fui a cantar. Al balcón desde entonces no te he visto asomar. Mi ilusión convirtiéndose en un cruel desencanto...

Peregrino jugador, camino de la nada, en las noches de luna te imagino trocada en la blanca paloma del Espíritu Santo.

JOSÉ M. BRAÑA.

despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

—¡Por Dios hermanos! — gimió su pobre hermana, que se había arrastrado sobre sus rodillas hasta sus pies. — ¡Os pido que no lo matéis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancaréis la mía! ¡Tened piedad... una vez siquiera! ¡Tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—¡No, no lo mataréis! — exclamó su hermana, levantándose erguida. — Si no lo soltáis por compasión lo haréis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabéis hasta dónde puede llegar la venganza de una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

—¡Atadla! — mandó el hermano mayor.

—¡No, no! ¡Matadme de una vez si no queréis que venga la muerte de aquél a quien amo y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, queréis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperación da fuerza y valor; y si no lo logro me vengaré — ¡tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga y el sol que nos alumbrará! — delatándoos a la justicia.

El hermano mayor dió un paso hacia ella; mas el menor le detuvo, diciéndole:

—No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar ir a este hombre — repuso el mayor.

—Saquémosle de aquí — propuso el menor.

—¡Cómo! ¡Si hace una luna que deslumbra!

—¿Y quién pasa por este sitio a esta hora? Para más seguridad lo disfrazaremos — repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca también la mordaza — advirtió el que hasta entonces había callado, el que en seguida se puso con el mayor a atar de pies y manos a su infeliz hermana, que se revolvía con violencia y rechazaba con desesperados pero inútiles esfuerzos a sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsión, tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos a Pedro, puéstole la mordaza, revestido del hábito de fraile y calándole la capucha, salieron a la ancha calle que tenían que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caía perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacían sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndole el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana, en absoluto silencio, pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habían llegado a la mitad de la calle cuando de repente oyeron una voz recia y de mando, que les gritó:

—¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¡Es una ronda, y somos perdidos! ¡Huyamos! — dijo el menor de los hermanos.

—¡Quietos! — mandó el mayor.

Y sacando un puñal, cuya hoja brilló a la luz de la luna, como un relámpago, dijo a Pedro:

—¡Si hacéis un solo movimiento sois muerto!

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas

puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—¿Quién va? — preguntó el que hacía de cabeza.

—Un padre que llevamos para auxiliar a nuestra madre moribunda — respondió con voz serena el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de lo que decían era cierto, viendo al callado religioso, y Pedro, sin poder exhalar el más leve sonido ni hacer el más mínimo movimiento,

Trilogía nostálgica en un día de lluvia

Para mi amigo Alejandro Mathus Hoyos, que ha vivido estos momentos de nostalgia.

La distancia, amor mío, eterniza el añoro. Tan lejos y tan cerca... Mi corazón despliega sus alas de recuerdo y en bajeles de oro, viajero de ilusiones, el ensueño navega.

En un país extraño se detuvo mi paso, se detuvo lo mismo que un pájaro aterido. Morían a lo lejos las gules del ocaso y el ave errante y triste no encontraba su nido.

Me alejé de tu lado porque tú lo quisiste. —“Tres meses de silencio”... Se abatió mi cabeza Y a fuerza de estar solo y a fuerza de estar triste es soledad mi alma y es alma mi tristeza.

Volveré, cuando todo sea nada en mi vida, cuando tú, siendo mía, pertenezcas a otro hombre. Entonces, en el punto que marcó mi partida, grabaré sobre piedras el dolor de tu nombre.

Quiero volver mis ojos al pasado glorioso. ¿Qué fué de la dulzura de los primeros años? Se desbocó mi vida como un corcel brioso y abordó los caminos de países extraños.

Y siempre acompañado de una imagen querida en todos los senderos elevé mis plegarias. En ellas dí mi verso y en ellas dí mi vida: Que vida y verso forman las urnas funerarias.

Y alcé sobre mi frente coronas de esperanzas, diademas de recuerdos y yelmos de ternuras, bravío caballero de líricas andanzas, y andante caballero de líricas bravuras.

Y amé... Que amor es todo lo que brinda el destino. Amor es todo, todo... La senda soleada, el gris desfiladero y el alto del camino y acaso la desierta llanura desolada...

Hoy tornó mis pupilas a la novia lejana. Golpea mis arterias un ritmo doloroso. Ignoro la montaña que escalaré mañana y observo las estrellas de un cielo presagioso.

Afuera, llueve... Vuelvo mi vista ilusionada. Estrellas ilusorias desaparecen. Tierno momento de tristezas! En la tarde nublada solloza la plomiza plegaria del invierno.

La lluvia es un grisáceo mensajero distante. Me conmueve la triste dulzura de su ritmo, y quedo ensimismado, igual que un estudiante, que, grave y taciturno, resuelve un logaritmo.

Volver a las dulzuras de antaño, cuánto cuesta... Cerró un fatal abismo la senda equivocada. Y ahora, en la doliente meditación, me resta soñar con la remota sonrisa de mi amada...

EDUARDO MARÍA DE OCAMPO.

Las Pastillas RIN-RIN
CONTRA LA GRIPE Y LA TOS
Año Tras Año Superan la Venta
En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1.— la caja

oyó con desesperación alejarse a la ronda y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Aligerar el paso — dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres a encaminar hacia las ruinas.

Mas antes de llegar a ellas volvió a oírse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

—¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon, murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados, precedida por una mujer que, con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corría y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvadme! ¡salvadme!

Y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubría la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio:

—¡Está salvo! ¡Bendita sea la providencia y la justicia de Dios! ¡Librese la sangre inocente, aunque sea a costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? — exclamó Pedro.

—Lo que sólo me quedaba por hacer — contestó ella: — procurar tu salvación y buscar mi muerte.

—¡Oh! ¡No morirás, que yo te salvaré! — exclamó Pedro.

—No de mi puñal — dijo con voz abogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, antes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su acción, había cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡Qué frío es este acero! — dijo la herida, poniendo la mano sobre su traspasado pecho. — ¡Adiós, Pedro!... — añadió, dirigiéndose a éste, que se había precipitado a ella y la sostenía en sus brazos. — ¡Muerdo por haberte salvado, y así es mi muerte más feliz que lo ha sido mi vida!

—¡No mueras, no! — exclamó desesperado Pedro. — Mi salvadora mi compañera a la faz del cielo y del mundo.

—¡No, no! — repuso en balbuciente voz la moribunda. — La Flor de las Ruinas debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones — añadió, alzando sus ya quebrantados ojos — ten conmigo la compasión que los hombres no han tenido!

Algún tiempo después se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales uno atraía con particularidad la atención de la muchedumbre, por llevar la señal de Caín en la frente; mientras en una de las casas más ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos, por hallarse en inminente peligro, de resultados de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

El bandido de Figatelli

Por Henri Meguin

En Córcega, cada región, y pue-
ril es recordarlo, tiene su bandido.
Este bandido es, en casi todos los
casos, una brava persona, un hom-
bre simpático, generoso, caballe-
resco y, desde la invención del ci-
nematógrafo, fotogénico. Parece que
la misión de cada uno de estos ban-
didos, es fomentar en sus respec-
tivas regiones el turismo, atrayen-
do a los viajeros deseosos de sentir
en las excursiones la sensación del
terror.

Como es lógico, la encantadora
ciudad de Figatelli, en la isla de la
Belleza, tenía su bandido; mejor di-
cho, lo tuvo desde que el señor
Pouponet abrió una posada y pro-
porcionó a la pintoresca población
el bandido que le hacía falta.

El señor Pouponet había funda-
do en Figatelli un Sindicato de
iniciativa, del que se había erigido
presidente. Y desde aquel momento
los turista, deseosos de ver al terri-
ble bandido, afluyán a la posada del
señor Pouponet, que era la única
del lugar.

Cuando comenzamos este relato,
el señor Pouponet estaba desespe-
rado. Su bandido había muerto de
vejez, y después del entierro, en
el que el señor Pouponet había pro-
nunciado un sentido discurso en-
salzando los leales y excelentes ser-
vicios prestados por el difunto a la
ciudad de Figatelli, el dueño de la
posada exclamaba:

—¡Qué contratiempo! ¡Morirse
cuando empezaban a venir los tu-
ristas! ¿Y con quién lo substituí-
mos ahora?

El señor Pouponet hizo gestiones
cerca de todos los vecinos capa-
ces de ser bandidos titulares de Fi-
gatelli; pero se encontró con el in-
conveniente de alza excesiva de la
mano de obra.

Uno le dijo:

—¿Diez francos diarios por hacer
de bandido? Usted bromea, señor
Pouponet. Doce francos me daban
en la scala por salir en "Carmen",
y sólo trabajaba tres horas cada no-
che.

Otro no quiso irse a vivir al mon-
te, lugar donde necesariamente te-
nía que fijar su residencia el ban-
dido, por miedo a los ladrones; otro
pidió un uniforme; otro quería un
automóvil para pasear por la mon-
taña...

Cuando el señor Pouponet iba a
declararse vencido y a renunciar a
su bandido, tropezó con una alhaja:
Picolo, el peón caminero.

—¿Por qué no? — le dijo. — En
Córcega los caminos se reparan so-
los, y me queda mucho tiempo li-
bre. Aceptado, señor Pouponet.

Encantado, éste le hizo entrega
de sus instrumentos de trabajo:
una escopeta vieja, un frasco de pó-
lvora y un sable de Caballería, que
daban a Picolo un aspecto feroz.

Dejó a nuestro hombre instalado
en el monte y envió a los diarios de
Marsella el siguiente telegrama:

"Figatelli 12 abril. — El célebre
y temible bandido Picolo acaba de
hacer anoche su aparición en un
hotelito situado cerca de esta lo-
calidad. A consecuencia de una

"vendetta" a dado muerte a toda
la familia que en él habitaba, com-
puesta de doce personas, y ha hui-
do".

El telegrama, como es de supo-
ner, causó gran sensación, y fué re-
producido en la Prensa de todo el
mundo. Según que el diario era del
norte o del sur, el número de vícti-
mas disminuía o aumentaba.

El señor Pouponet lanzó un se-

gundo telegrama, al que siguieron
otros varios, igualmente sensacio-
nales.

Al quinto telegrama Picolo había
derrotado a una legión de gendar-
mes y destruido cinco pueblos. To-
das las tropas de Córcega estaban
inmovilizadas. Se sucedían las es-
caramuzas con el terrible malhe-
chor.

Estos telegramas entusiasmaron
a la gente. A Figatelli empezaron
a afluir turistas de todas partes
del mundo. Pouponet, encantado,
no cabía en sí de gozo, y hablaba
de Picolo a los huéspedes que llen-
aban su posada en términos que pro-
ducían espanto.

Pero un día, obligado a ausentar-
se para un asunto urgente, el señor
Pouponet dejó a su criada Pamela
al cuidado de su posada.

Era una hermosa muchacha, muy
ingenua y muy franca.

Pamela vió entrar a un par de
docenas de señores muy correctos
que deseaban comer. Eran corres-
ponsales especiales de periódicos de
todo el mundo, que venían a pre-
senciar la marcha de las operacio-
nes, para dar cuenta de lo que ocu-
rría a la opinión pública, ansiosa
de conocer todas las hazañas del
famoso bandido.

—Señorita — dijo uno de aque-
llos señores a Pamela, — hemos ve-
nido para ver al famoso Picolo, y
si fuera posible, presenciar su cap-
tura.

—¿Picolo? — contestó la gentil
Pamela. — ¿Quieren ustedes verle?
Es muy fácil. Está en ese otro cuar-
to jugando al dominó con el sar-
gento de gendarmes.

DIRECTAMENTE A LA FABRICA

COSTURERAS

DUEÑAS DE CASA

ES IDEAL

COMPRAR LAS MAQUINAS DE COSER

"ALYNE"

SOLIDAS-SILENCIOSAS-RAPIDAS



COSTANDOLE LA MITAD MENOS
Con certificado de garantía de
CALIDAD IGUAL A LAS DE MAS FAMA

FABRICAMOS
SOLO 2 TIPOS:

Tipo A — Uso Domestico & Bordar
De pedal, con tabla de extension. Tapa
curva, 1 Gaveta, Caoba, Bobina Central,
Vibrante u Oscilante a elejir, Largo del
brazo 19,5 cm., altura 12,5 cm., Equi-
po y accesorios completos para bordar,
doblar, encarrujar, etc.

Tipo B — Sastres, Costureras, etc.
De pedal, con tabla de extension, Tapa
curva, 1 Gaveta, Caoba, Bobina Central,
Vibrante u Oscilante a elejir, Largo del
brazo 29 cm., altura 14,5 cm. Equipo
y accesorios completos p/sastres, cos-
tura & taller.

RECORTE este cupon para
gozar de nuestro
EXTRAORDINARIO PRECIO
de propaganda solo por 60 dias.

(El suscrito) o (la suscrita) (Aquí nombre
y apellido del comprador).....

Calle.....
N.º..... Ciudad.....
Provincia.....

Pide le remitan el tipo (A ó B) de la ma-
quina de coser "ALYNE", completa, con
certificado de garantía 2 años, puesta en
mi domicilio, libre de todo otro gasto a pa-
gar por la suma total de (25 ó 30 dollars)
que hoy remeso adjunto en..... (solo letra
Bancaria sobre Estados Unidos, valores de-
clarados, giro postal. No se aceptan envios
contra reembolso) a favor y nombre de la
firma:

ALYNE FABRIL UNIDA

Largo Afonso Pena — Campo Pequeno
LISBOA-NORTE (Portugal)

Anunció Salido "Diario"...

PRECIOS
EXTRAORDINARIOS:

Tipo A

25 DOLLARS

Tipo B

30 DOLLARS

(Comprendiendo Gastos Aduana y
Transportes. Puestas a domicilio por
nuestro Agente de Aduanas de la zona
respectiva.)

BORDADORAS

Estudiamos Exclusivas con Importadores

SASTRES

RESTAN 46 (°) DIAS PARA APROVEOHAR ESTE REGALO DE PROPAGANDA

bre su persona, su familia y su condición.

Por más que la reciente confianza que se establece entre dos personas, que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento, autorizase a Pedro a ser exigente en sus preguntas, y obligase a ella a ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro, porque la tierna y feliz joven que sonreía con dulzura, se tornaba a oír sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistía, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistía Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repetición de que vivía entre ruinas, sirviéndole esta declaración a un tiempo de respuesta a las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, a falta de otro nombre, le había puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, o de una querida joven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban a pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algún convento o instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podría ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivía aislada y obscuramente en algún ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le había dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le había dado otra, y era que no se casaría nunca. ¿Ligábale quizás algún voto? Si había vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decisión? Si había vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, a pesar de su temprana razón y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro había exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas — cosa de que por una de sus muchas anomalías no parecía cuidarse su querida, — que ésta no volviese a la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba a Pedro; y la señal para encontrarla era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazón, esto es, el canto, en que a la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba a sus oídos una voz clara y cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar; amar yo quiero,
Aunque murmure la gente;
Que esa gente que murmura,
Tal vez no sea inocente.
Si el amar fuese pecado,
Yo fuera gran pecador;
Mas perdona el cielo fácil
Culpa que nace de amor.

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y risueña al encuentro, se asía a su brazo como el pámpano a la rama del olmo, y paseaban en

el crepúsculo, abstraídos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA que amargan el HOY con recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que reunidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras TE AMO, que según dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera la que con otras flores había visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de

lución que tenía de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunía sus almas, y que no podían satisfacer de esta suerte ni a su corazón ni a su razón, o de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

—¿Para qué quieres — le dijo ella, apurada y cariñosa — conocer LAS RUINAS? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor — respondió Pedro; — pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla a un suelo que sea mío, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

—LA FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse —

TUS OJOS

Ni tu frente, ni tu cuello,
Ni tus lindos labios rojos,
Ni tu divino cabello
Me esclavizan, angel bello;
Lo que adoro son ¡tus ojos!

Parece que agradecidos,
Por ver si mi ardor se calma,
Me cuentan adormecidos,
Los secretos, que escondidos
Lleva su dueño en el alma.

No ha mucho que repetín
Tus labios un—"no"—temblando:
Pues bien, tus labios mentían,
¡Y tus ojos me decían
Que tú me estabas amando!

Sin hacer caso a tu boca,
Adorando me verás
Tus ojos con ansia loca,
Que tu boca se equivoca,
Pero tus ojos... ¡jamás!

RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA.

las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual éstas, sin pensar en el mañana cual unas y otros. Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño, que acorta las tardes y enturbia su cielo, y las entrevistas de los amantes se hicieron más cortas y menos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situación singular y subyugada en que se hallaba.

Tenía él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es, en el tiempo que es amada, y era la que tiene aquél de los dos amantes que es querido con más pasión que la que él mismo siente. Así fué que, confiado en el ascendiente que ejercía sobre su querida, le intimó la terminante reso-

repuso ella; — ¡y no puede — añadir con tristeza — transportarse! Además... ¡las ruinas van a desprestigiar la flor!

—Más la desprestigiará esta prolongada y singular ocultación — dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro, exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinación, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer a su amante un determinado día.

Por aquel tiempo había en la parte de Lisboa un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no había sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin be-



El marqués De Pinedo, al terminar su grandioso raid, ha podido comprobar que el HIERRO QUINA BISLERI se halla en todos los continentes.

¿Queréis digerir bien? Bebed AGUA MINERAL NOCERA UMBRA.

La reina de las aguas minerales para la mesa.

lleza ni prestigio, décrépitass sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, como los tienen las ruinas que hace el tiempo, teniendo aquellas el repulsivo sello de la destrucción, como las que hace el hombre, o produce un cataclismo.

Alzábanse aún, trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos, despojados de sus vidrieras y celosías, parecían ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecían entradas de cuevas. Los patios y las habitaciones, en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala, alguna discolta ortiga o algún silencioso lagarto, que vestía el color de las piedras para no ser apercibido. Un débil eco respondía desde algún lóbrego pasadizo con exhausta e indistinta voz a las melancólicas reflexiones que infundían y hacían formular al que las pisaba aquella aglomeración de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habían desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades con que aun la más modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podía verse que fuese más antipático a la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecían la residencia del misterio absoluto, la mansión del crimen impune, y el refugio de la desolación solitaria.

Verdad es que al pie de la altura en que se hallaban estaba el magnífico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo más lejos, y a orillas del Tago, corrían presurosos por las soberbias plazas el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta más la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye más que la muerte, que es el olvido!

—No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja donde se encierra un cadáver y es sepul-

ANECDOTA

El político Mauricio Quadrio, en sus diversos viajes por Europa, había aprendido varios idiomas y le gustaba hacer gala de ello.

Mazzini, que conocía aquella debilidad de su amigo, le presentó en cierta ocasión:

—Presento a ustedes, señores, a un gran poliglota, el cual conoce todos los idiomas... menos aquel en que se le habla.

tado en las entrañas de la tierra renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se había instalado alguno que otro de esos parias voluntarios que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, a ellos les simpatiza o les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas a otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables, parte de aquellas ruinas. En lo que habían sido habitaciones interiores, y en los patios y corrales, se veían algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algún gallo flaco, subido en lo más elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera, aquel guerrador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¿Cuál no sería, pues, el espanto de Pedro, cuando, precedido de su guía, llegó a este lugar de desolación, que fué al que lo condujo, y cuando, empujando unas de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

—¿Adónde me conduces? — exclamó Pedro con horror, deteniéndose en la entrada.

—¿No te lo decía yo? — respondió ella con abatimiento. ¿No te lo decía? ¡Que las ruinas despojarían a la flor de su prestigio!

—Pero — exclamó Pedro, — ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivías? ¿Por qué con inconcebible extrañamiento y orgullo has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podía admitirselos, en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque soy esclava.

—¿Esclava! ¿De quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallados y me han costado caros! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento por una dislocación que he sufrido, y comprenderás, no sólo el yugo que sobre mí pesa, sino también el peligro en que estaría mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese sabría encontrarme su puñal.

—¿Y a qué te obligan, infeliz?

—Me obligan a cuidar de su casa y a preparar su alimentos. Me obligan, ¡gran Dios! a traerles aquí a aquellos hombres ricos que, imprudentes, se obstinan en seguir mis pasos cuando me fuerzan a ir para ser vista a los sitios públicos.

—¿Qué dices? — exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí! — prosiguió ella con vehemencia desesperada. ¡Sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese percibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oídos que la escuchasen, y ojos que la espíasen.



Ese escalofrío con malestar general, después de haberse expuesto al aire de la noche ¡es un Resfriado! ¡No se lo deje agravar!

Métase en la cama cuanto antes, tómese dos tabletas de FENASPIRINA con un limón exprimido en agua caliente y abriguese bien a fin de sudar bastante. Si mañana queda un poco de malestar, siga tomando dos tabletas, cada tres o cuatro horas, hasta que todos los síntomas hayan desaparecido.

La FENASPIRINA descongiona los centros invadidos por el resfriado y efectúa una rápida eliminación de las toxinas, sobre todo si su efecto sudorífico se refuerza con la limonada caliente.

Durante la influenza, la FENASPIRINA combinada con el limón, fué el tratamiento que salvó más vidas. No trastorna el estómago ni la cabeza como las preparaciones laxante a base de quinina.

FENASPIRINA
Positivamente corta cualquier resfriado

¡Tenga siempre a mano un Tubo de veinte tabletas!

La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

OXAN

UN nuevo producto "Bayer" que recomendamos como excelente auxiliar de la "Fenaspirina" para la coriza, aguda y crónica; el romadizo o "catarro de la cabeza", y la obstrucción de la nariz que acompaña generalmente a los resfriados.

Facilita la fliación, despeja la cabeza y desobstruye la nariz permitiendo así respirar libremente.

OXAN es un polvo muy fino, hecho a base de aspirina, que se absorbe por la nariz, lo mismo que el rape.



—Acaba — dijo Pedro con ansiosa suspensión; — ¿qué hacen?

La interpelada se acercó a su amante, y le dijo en queda y profunda voz:

—¡Los... asesinan!

—¿Qué espanto! — exclamó Pedro, desviándose de ella. — ¡Y yo he amado a esta funesta mujer, a este reclamo del crimen, a esta sirena de cementerio!

—¡Por eso — prosiguió ella — nunca he querido traerte a mi casa! ¡Por eso me he resistido a ello con tanta obstinación! ¡Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecer te he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! ¡sólo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—¡Y no obstante — prosiguió ella, — tú eres el sólo hombre, el solo ser que he querido! ¡Por el amor que te tenía, que me hacía imposible traerles más víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre FLOR DE LAS RUINAS sino lo que más humilde pide al sol, florecer al calor y al brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco ha amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡Infelices mujeres! ¡Siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas, del perdón, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono o su desden!

Cuanto esa mujer decía era tan cierto; aplicado a ella, que Pedro, compadecido, iba por fin a contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

—Cristo crucificado! ¡Ellos son! — exclamó la joven, aterrada, al oír los golpes.

—¿Quiénes? — preguntó Pedro.

—¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! — respondió ella, alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? — murmuró la infeliz, volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvación que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante a un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron a aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperezas del descarnado muro. Después de hacer a su hermana algunas cortas y brutales reconvencciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hacia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose a su encuentro, escudó a su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

—¡No, no le mataréis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo, a distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y sólo habría servido para precipitar la inevitable catástrofe; por los cual los foragidos le

Curiosidades

Los caballos, cuando buscan su comida en el campo lo hacen solamente guiados por el olfato. Prueba de esto es que los caballos ciegos nunca se equivocan en la elección de la hierba.

* * *

La luz del sol tarda ocho minutos y ocho segundos en llegar a la Tierra.

* * *

Se dice que el volumen del puño cerrado es el mismo que el del corazón.

* * *

Cuando la temperatura es muy baja es posible apagar el fuego con kerosén, pues entonces éste no se enciende y puede sofocar la llama.

* * *

Una expedición científica ha descubierto recientemente, en Burma Central, la única araña luminosa conocida hasta ahora.

* * *

En el templo de Minerva colocaban los romanos el Ancilio, pequeño escudo de bronce, al que se le atribuía un origen sagrado. "Había caído del cielo a los pies de Numa Pompilio, segundo rey de Roma". Al ancilio estaba unida la salvación romana. Numa, para evitar que el escudo fuera robado, hizo construir once semejantes, los cuales fueron depositados en el templo de Marte-Grodivo, bajo la custodia de los sacerdotes salios.

* * *

En Londres, a consecuencia de la escasez de viviendas, se han empleado como habitaciones las celdas de una vieja prisión.

* * *

Los leones y los tigres corren más que un hombre y tanto como un caballo, durante una distancia corta; pero pierden el aliento al cabo de una carrera de un kilómetro. Ambas fieras tienen los pulmones muy poco resistentes y sólo pueden hacer un excesivo esfuerzo durante muy poco tiempo.

* * *

La fuerza de un elefante, normal, equivale a la de treinta y tres hombres; la de un camello a la de diez y nueve; la de un dromedario a la de trece; una mula es más fuerte que seis hombres; un caballo alcanza la fuerza de seis hombres, y el asno es tan fuerte como tres.

* * *

En una persona adulta hay quince kilos de sangre.

* * *

El ácido bórico se encuentra en considerables cantidades en las aguas y gases de origen volcánico.

* * *

Los chinos, supersticiosos, tocan todo género de instrumentos cuando hay eclipse de sol, porque creen de esa manera alejar los malos espíritus que dan lugar a este fenómeno.

* * *

En la Exposición de la Construcción y Artes Decorativas, celebrada en Niza durante los

meses de febrero y marzo del corriente año, se han presentado curiosos e interesantes modelos de *casas giratorias*, bajo este nombre genérico, o el de *Villas tornasol*, que han llamado extraordinariamente la atención por su elegancia y buen gusto, capacidad, cómoda distribución e ingenioso mecanismo, que produce el giro o rotación de la *Villa* cuando se desee.

* * *

El territorio ruso ocupa la sexta parte del globo.

* * *

El corazón de los animales herbívoros late, por término medio, 58 veces por minuto; el de los carnívoros 75.

* * *

En East End, en Londres, hay un lugar don-

de se pueden comprar y vender leones, tigres, serpientes y otros animalitos de semejante categoría.

* * *

Una nota de Trillat, presentada a la Academia de Ciencias por M. de Broglie, manifiesta que la acción microbiciada de los rayos X se debe al *bombardeo* de los microbios por electrones procedentes de la acción secundaria de estos rayos, y que pueden ser suprimidos casi totalmente por la influencia de un campo magnético capaz de desviar dichos electrones.

* * *

El bacilo tifoideo puede vivir de cinco a siete días sobre una moneda de oro; pero muere al cabo de pocas horas sobre cualquier otro metal.



Que hacer para no toser?

Tener siempre a mano una caja de

Pastillas Iodeina Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeina (*producto descubierto por Montagu*), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeina Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

LAS pastillas Iodeina Montagu son remedio bueno para Resfrio, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc. etc.

Montagu-49, Bd. de Port Royal-Paris

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

Homenaje al escritor señor Alfonso Reyes.

Organizado por iniciativa de la revista "NOSOTROS", sirvióse en los salones del Club Italiano un banquete en honor del embajador de Méjico en la Argentina y distinguido hombre de letras don Alfonso Reyes. — La cabecera de la mesa, en cuyo sitio acompañan al obsequiado, el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna y el rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Ricardo Rojas, quien ofreció la demostración. También hicieron uso de la palabra los señores Emilio Suárez Calimano, Alejandro Korn, Baldomero Fernández Moreno y finalmente, el señor Reyes.



FIESTA EN EL COLEGIO DE SAN JOSÉ DE CALASANZ



Conmemorando el santo del patrono del establecimiento, realizóse un banquete en el Colegio de San José de Calasanz, en el que tomaron parte el embajador de España, duque de Amalfi, las autoridades del colegio y otras personas. — A la izquierda: la cabecera de la mesa. — A la derecha: vista de los comensales.



En la Bolsa de Comercio.



Grupo de personas que asistieron al lunch servido en la Bolsa de Comercio, con motivo de haber sido entregado al señor Martín Meyer el diploma de primer socio honorario de la institución.

Bibliografía



Doctor José Bianco, distinguido abogado y escritor, a cuya pluma se deben las obras "Mi feminismo" y "La línea", libros recientemente aparecidos.

Demostración al señor Héctor G. Rodríguez



Con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación, el señor Héctor G. Rodríguez, secretario de la Comisión Guerra de la Cámara de Diputados, fué obsequiado con un banquete. — La cabecera de la mesa durante el acto, que fué ofrecido por el doctor Manuel Ortiz Pereira.

FIESTA DE LOS IDIOMAS LATINOS



Organizada por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, realizóse en el teatro Cervantes la fiesta de los idiomas latinos, ante una crecida concurrencia. — A la izquierda: conjunto de niñas que tomaron parte en diversos números del festival. — A la derecha: señoritas María Esther Carlés Huergo (La Fee Urgele) y Celia Troncoso Calvo (Pierrot), que interpretaron el poema lírico "Le Baiser".



Banquete ofrecido por los señores Lacau y Seré



Concurrentes al banquete ofrecido por los señores Lacau y Seré, festejando el triunfo alcanzado en la Exposición Agrícola Ganadera, al obtener el campeonato de la raza Shorthorn con un producto de su cabaña.

Necrología



Señora Angélica de Benito de Orfila, distinguida dama, esposa del gobernador de Mendoza, recientemente fallecida.

Inauguración de la Exposición Agrícola Ganadera



El ministro de Agricultura, ingeniero Mihura, declarando inaugurada la exposición, ante el presidente de la República, doctor Alvear.



El presidente de la Sociedad Rural Argentina, pronunciando su discurso, en presencia del primer magistrado.



Gran Campeón Shorthorn. — Expositores: señores Lacau y Seré.



Gran Campeón Hereford. — Expositores: señores H. A. de Leloir y G. A. Udaondo.



Gran Campeón Aberdeen Angus. — Expositor: señor Héctor M. Guerrero.

SOCIALES



ENLACES. — Eleonor Corbetta - doctor Antonio Medda.



Señorita Catalina María Victoria Montoto, que acaba de desposarse en Tucumán con el señor Egisto Caponio.



Evelia Fernández Casado - teniente primero Héctor de Oliveira Esteves.



Sara E. Di Biassi - Carlos Manuel Barros



Señorita María Inés D. Spegazzini, cuyo compromiso matrimonial con el señor José E. Molfino se ha formalizado recientemente.



Aurora Girbau - Antonio J. Sammel



Clelia Rossi - Domingo Torini



Esther Negri - Juan A. Chusellas



María Brunengo - Miguel Rodríguez.



Señorita María Luisa Figueroa Fernández, que recientemente contrajo enlace en Rosario con el señor Moisés Marino Aguirre.



Susana Insiarte - Félix Miguel Rodríguez



CASTILLO ENCANTADO

por Carlos C. Sanguinetti

La fiesta tocaba a su término. Habíase anunciado el shimmy que la clausuraría, y al escuchar las primeras notas las parejas se incorporaron, dispuestas a ejecutar las evoluciones de la última pieza.

Las mujeres reflejaban en sus mejillas la fatiga de largas horas de danza y sus ojos, abrillantados por el insomnio, tenían una expresión de suave abandono, de tácito entregamiento. Resbalaban los danzantes en los giros del shimmy, como si patinasen: los hombres respirando con afán, ellas alentándolos con una sonrisa que era, en realidad, el disimulo de su propio cansancio.

Terminada la pieza, comenzaron las despedidas y el desbande de los invitados. En aquella fiesta brillante, ofrecida por los esposos Raúl del Campo y Raquel Acevedo, en honor de su hija María Angélica, abundaron las mujeres bellas, la alegría, el champaña, y pocos se retiraban sin la impresión de haberse renovado un poco, por una influencia vaga que los agitó en un estremecimiento promisor.

Aun los corazones que descansan en la paz de la quietud sentimental, satisfechos de lo que tienen y de lo que dieron, se agitan en ocasiones, suave y fugazmente, ante las perspectivas que se les abren. Claro está que, poco después, el deber y la voz de la conciencia se encargan de consolidar el ancla y estabilizarlos de nuevo. Sólo persiste la inquietud y la ansiedad en aquéllos que nunca han vibrado en la exaltación de la dicha del amor. Porque se vive para amar, y todas nuestras preocupaciones, nuestros afanes de riqueza y nuestras ambiciones están presididos por un anhelo de ventura sentimental al que nunca renunciamos.

Se retiraban los invitados de la señorial mansión y las voces femeninas se confundían en las efusiones del saludo y el elogio de la fiesta. Los hombres, en su mayoría, prolongaban una actitud de expectativa. El amor rondaba en torno de algunas parejas, que reafirmaban en su despedida, en un gesto de inteligencia, el secreto de los corazones.

Una niña, que tenía motivos para creer en el hallazgo de su futuro marido, se daba prisa en presentárselo a la mamá, quien, por su parte, apresurábase a ofrecerle su casa y arrancarle la promesa de una visita. Una solterona desahuciada por Cupido, que había bailado una pieza con un hombre joven y buen mozo, se engolosinaba de ilusiones, comentando con la dueña de casa su extraordinaria fortuna. Entretanto, el buen mozo dejaba tendido un puente para proseguir su "flirt" con la más pizpireta de las chicas que esa noche conoció. Una señora, celosa del porvenir sentimental de su única hija, se descomponía en genuflexiones, despidiendo a un ingeniero que no se interesaba en absoluto por la chica. El vanidoso muchacho de veinte años escasos, bailarín eximio, interpretaba como una embozada adhesión amorosa cada una de las felicitaciones que recibía de las que fueron sus compañeras de danza.

El marido de una señora obesa y risueña, que reía constantemente con la risa estúpida de la gente de volumen, se vanagloriaba consigo mismo de haber interesado a una dama de singular belleza, quien se había burlado de él sutilmente. Un astuto don Juan acechaba el momento de oprimir la mano de la esposa de un acaudalado comerciante, esperando conocer hasta qué punto la había inquietado. Una pareja, herida por un "coup de foudre", atravesaba la singular situación de los enamorados que callan por tener mucho que decirse.

Entre tantas mujeres, sobresalía la silueta fina y distinguida de María Angélica, con su bonito vestido azul y el prestigio de sus ojos claros, llenos de ensueño.

María Angélica cruzó indolentemente la sala, se asomó al balcón del chalet y aspiró el aire fresco de la madrugada. Destacábanse en el cielo las estrellas como colgantes luminosos. Un silencio profundo, total, cargado de voluptuosidad, presidía la hora. La insinuante claridad del día desalojaba las sombras y, poco a poco, despertando serenísimo a un puro amanecer de enero, el río de la Plata aparecía a lo lejos, como una página azul que limitase el horizonte.

Los edificios de Vicente López emergían de entre los árboles, aquí y allá, como aspectos diversos de un mismo paisaje. Mecía apenas la brisa matinal los sauces claudicantes que circundaban "Villa Elena", tocando los más altos con sus ramas el balcón donde María Angélica, sola, inmóvil, las manos muertas y la mirada ausente, parecía meditar. Por momentos, sus pupilas sonámbulas desaparecían bajo los párpados, que aleteaban pesadamente como cansadas mariposas. Una expresión mezcla de tedio y de fatiga vagaba por el óvalo alargado de su rostro, y sus labios se entreabrían en una sonrisa melancólica.

Cuando el sol surgió del fondo del río, abandonó el balcón en un movimiento de fastidio y caminó unos pasos, para arrojarle con displicencia en un diván. Ya la luz precisaba los contornos de las cosas. Sentada allí, en tierra los ojos, parecía que por el desierto salón cruzaban como fantasmas los últimos danzantes y que poblaban el ambiente las notas del postre shimmy, confundidas con los ecos del bullicio de la fiesta, terminada un poco antes.

María Angélica evocó las emociones de aquella jornada. Zumbaron de nuevo en su oído vehementes declaraciones de amor, leves insinuaciones sentimentales, una que otra frase audaz y tal cual expresión de indiferencia. Toda la gama de frivolidades y galanterías que forman las acotaciones de la comedia brillante y sin acción de la vida mundana.

Entre tantos que se le acercaron halagando su vanidad de mujer bonita, ¿quién fue sincero? ¿Quién la amaba? — se preguntaba María

Angélica. Sin darse cuenta, hacía un examen sutil de las actitudes masculinas, buscando sorprender el detalle que le diera la clave de la verdad. Porque la verdad, en amor, es casi siempre una pequeña ventana por donde se entra a un palacio misterioso.

Aquella rosa que languidecía en su pecho le asoció el recuerdo de Paco Martínez, el flamante abogado, alto, erguido, desenvuelto, de mirada a la vez dulce y autoritaria. Al ofrecérsela, había aventurado: — Me la devolverá marchita en Mar del Plata, en el primer baile de febrero. No voy a perder el primer pleito...

Ella había dado su respuesta con una sonrisa, interpretada con excesiva ligereza por el optimismo del abogado.

Recordó también las palabras que le deslizó al oído, mientras bailaban, el travieso y espiritual Alberto Montaña, conversador, elegante e infatigable:

En amor, los hombres hemos progresado mucho. Las mujeres, nada. Mientras ustedes se mantienen irresolutas, nosotros nos declaramos hasta diez veces por día. A mí me falta una declaración esta noche...

En la memoria de María Angélica esos dos episodios anulaban los demás, como si fuesen el resultado de una selección. Sin embargo, no podía evitar que reapareciese ante su vista la subyugante belleza varonil de Roberto Palacios, con su figura gallarda y soberbia, su boca fuerte, sensual y sus ojos en llamas, en franco contraste con su inverosímil timidez verbal. Apenas María Angélica conoció el timbre de su voz. Le había dado la impresión de una bella escultura sin título, siendo menester, para adjudicárselo, adivinar. Palacios era uno de esos despreocupados, cuya despreocupación preocupa. De un natural nada insinuante, aquel hombre tuvo para ella una mirada enigmática al ser presentado, rodó por el salón durante la noche sin acercársele y se fue como llegó, sellando en un inexpresivo saludo su despedida, la que, sin embargo, dejó en María Angélica una inquietud de puntos suspensivos. Disputada por la admiración de todos, no pudo recoger informe alguno acerca de su actuación en la fiesta. Le había visto danzando con varias de sus amigas, sin encontrar nunca su mirada, acaso porque él lo evitó. ¿Quién era Roberto Palacios?

Cuando una mujer piensa en un hombre desconocido, empieza a aproximarsele instintivamente, y después de concederle sus pensamientos no es difícil que termine por darle también su corazón. En la mente de María Angélica pronto se borraron las imágenes de Paco Martínez y Alberto Montaña, para dar lugar a la de Palacios. El ansia de amar se mezcló con la duda y con la intriga, pero aquélla al fin dominó. Cuando en el pensamiento femenino surge un misterio sentimental, el corazón se encarga de develarlo de manera optimista. María Angélica hacía años que aguardaba el advenimiento del amor como un viaje a través de un país maravilloso. Lo que no le dijeron los hechos, lo aclaró

pronto su imaginación y lo confirmó la autosugestión. La timidez verbal de Palacios era un síntoma evidente de su amor, expresado sin palabras por un prurito de delicadeza espiritual. Ella, si estuviese enamorada, tampoco podría hablar. Una idea la iluminó: le invitaría a otra fiesta, segura de ratificar la impresión de que Palacios estaba enamorado de ella.

Ya convencida, tomó la horizontal y se durmió plácidamente. Durante el sueño, un angel de blancas alas visitó su corazón.

* * *

Despertó a las dos de la tarde, sonriente, gozosa. Consultó el espejo y encontró nuevas bellezas en su rostro. Con su vestido de muselina azul y una rosa en el pecho, salió al balcón. Como si la vida le hubiese hecho la promesa de una ventura próxima, contemplaba el cielo, los sauces, el río y todo le parecía más bello, más cordial. Antojábasele que el mismo sol se adhería a su regocijo, embanderando de luz el paisaje. Su juventud vibraba ante una risueña perspectiva que llegaba a su corazón, meciéndolo suavemente. Se sentía amada e iba a amar con todas las potencias de su sér. La mariposilla mundana cedería su puesto a la mujer amante.

Llevada por la corriente de sus dulces pensamientos, no vió pasar las horas. Atardecía cuando la estridencia de una campanilla la devolvió a la realidad. Era su amiga Enriqueta, que la llamaba por teléfono.

—Sí, querida. Tengo grandes novedades que contarte. ¿Te acuerdas de lo que te dije varias veces, sobre un muchacho muy buen mozo que lo encontraba en todas partes y nunca me decía nada? Anoche se me de claró en tu casa y el sábado viene a hablarla a mamá.

—¿Qué suerte! Te felicito de todo corazón, Enriqueta. Pero nunca me dijiste quién es. ¿Pedrito Fuentes?

—No, mi hija. Ya lo sabrás. Te llamé para saber si estabas, pues quiero ir esta misma tarde a abrazarte. Te debo la felicidad, querida, por haberme invitado a la fiesta. Ahora te quiero más que nunca.

—Gracias, Enriqueta. Pero a mí no me debes nada. Lo mismo hubiera sucedido en otra parte. Te espero para charlar mucho. Yo también tengo algo que contarte. Bueno, pero a todo esto, ¿no me adelantas quién es?

—Comenzaré por el nombre: Roberto. ¿Te gusta?

—Sí, sí. ¿Y el apellido?

—Palacios.

María Angélica sintió una fuerte opresión en el pecho, como si su corazón hubiese cesado de latir. Cayó de su mano el auricular telefónico y apenas tuvo fuerzas para dejarse caer en un sillón, donde rompió a llorar desesperadamente. El castillo de sus ilusiones se había derrumbado.

: ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS:



Janet Gaynor y David Butler en "El séptimo cielo", superproducción que la Fox estrenará el sábado próximo.



France Dheia y Jeno Misidio en "El príncipe Zilah", que la General estrenará el sábado próximo.



El famoso astro de la Metro-Goldwyn-Mayer, John Gilbert, que nos servirá de base para un concurso que formularemos con gran beneficio para los aficionados al cine.



Lucy Dorraine, que con Willy Fritz son protagonistas de "El príncipe y Lulú", que en su programa Optimus Extra estrenará en breve la Corporación.



George O'Hara y Hellen Foster, protagonistas de "A sus órdenes", que la General estrenará el domingo próximo.

MAX GLÜCKSMANN

Edificio Propio:

FLORIDA 336 - 44

A CABA de inaugurar su edificio propio en FLORIDA 336/44, que consta de ocho pisos para exposición y venta de toda clase, de las mejores y más famosas marcas de artículos y útiles de FOTOGRAFIA, FONOGRAFOS, DISCOS, APARATOS CINEMATOGRAFICOS, APARATOS Y ACCESORIOS DE RADIO.

Al cumplir esta nueva etapa de su firme y constante desarrollo, la casa MAX GLÜCKSMANN, Florida 336/44, agradece al público su franco y decidido apoyo y lo invita a conocer el local donde tendrá el gusto de ponerse a su entera disposición.

En esta oportunidad y celebrando el acontecimiento que la inauguración del nuevo edificio señala en su vida comercial, la casa MAX GLÜCKSMANN brindará una sorpresa sensacional, cuya originalidad, así como la importancia y la calidad del beneficio que representará para el público, constituirá una expresiva demostración de la sinceridad con que la casa desea asociar a la población a este momento significativo de una prosperidad que debe al favor público.

MAX GLÜCKSMANN. — BUENOS AIRES: Florida 336-44. — Callao y Bmé Mitre. ROSARIO: Córdoba 1665-69. MONTEVIDEO: 18 de Julio 966. CORDOBA: 9 de julio 76. SANTA FE: Salta 2661.



María Casajuana, ganadora del concurso de belleza de la Fox Film en España. — ¡Contrato seguro!



Colleen Moore platicando con Richard A. Rowland, presidente de la First National Pictures.



Laura La Plante, la notable estrella de la Universal, una de las más festejadas actualmente por el público.



Lillian Gish y John Gilbert en "La Bohème", producción del programa Maravillas, de la Metro-Goldwyn-Mayer.



Lon Chaney y Mae Busch en "La bruja", film súper-especial de la Metro-Goldwyn que se estrenará el 13 del corriente.

DE ROSARIO DE SANTA FE



ENLACES. — Amanda Ginocchio - Humberto Bruera.



Rosa Barleta - Antonio Giunta.



Rosa Pitacco - Guerino Ruggero.



Francisca Barberis - Enrique Adami.



Lili R. Barroetaveña - José P. Barassi.



Aida La Torre - Enrique Pera.



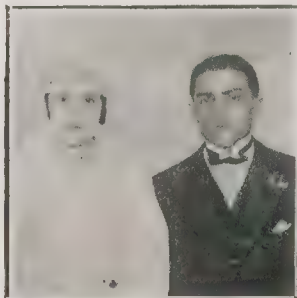
Antonia Lasciarrea - Domingo Demarchi.



Mercedes Escobedo - José Nicolás Pepe.



María Bessone - Marcos Manardi.



Romilda Bozzo - R. A. Valdano.



Delia M. Tisera - Andrés J. Ugarte.

Notas Mendocinas



Frente del futuro palacio de Gobierno de Mendoza, cuya piedra fundamental se colocó el 25 de mayo último. La realización de este proyecto se debe, en no pequeña parte, al subsecretario del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, señor Dannemann.



Durante la inauguración de la sucursal que el diario "La Palabra" ha instalado en Rivadavia.

"Para FRAY MOCHO

*"Le envío mi saludo en el momento en que las fuerzas
"cívicas de Rivadavia reafirman su adhesión a la política
"del noble "Gaucha Lencinas."*

Firmado: CARLOS SAA ZARANDÓN.
(Vicegobernador de la provincia de Mendoza)



Los señores García Pintos, Alejandro Mathus Hoyos, Arturo Tisseire y otros a la cabeza de la manifestación lencinista, realizada en Rivadavia.



Un aspecto de la concentración de fuerzas lencinistas, efectuada en la plaza departamental de Rivadavia.

*"Mendoza tiene bellezas naturales
"que el turista contempla y admira
"cuando las visita. Estas bellezas las
"ha sabido reflejar FRAY MOCHO
"en sus páginas, gracias a la eficaz
"elección de su activo corresponsal
"Lorenzo Capra, movedizo e inteli-
"gente "chassirette" mendocino."*

Firmado: D. Dannemann.
(Subsecretario del Ministerio de Industrias
y Obras Públicas)

"Para FRAY MOCHO

*"Mendoza será el pueblo que indique
"a la República que una nueva era
"se inicia: "El Federalismo Triunfa
"y el Estado Polizonte" realiza la fe-
"licidad de las clases obreras."*

Firmado: Alejandro Mathus Hoyos.
(Subsecretario de Gobierno)

"Para FRAY MOCHO

*"Las notas gráficas que se publiquen
"sobre Mendoza servirán eficazmen-
"te para hacer conocer, a través de
"las páginas de FRAY MOCHO, lo
"grande que es el interior de la Re-
"pública Argentina y la necesidad de
"que se divulguen sus riquezas."*

Firmado: Arturo Tisseire.
(Director de Industrias)

Un accidente de trabajo

Por Pierre Mille

Esa tarde, Pedro y Blas volvían borrachos como de costumbre. Al paso de un regimiento que atronaba los aires con el estruendo de sus instrumentos, Pedro se cuadró e hizo el saludo militar como si todavía llevara el uniforme. Luego, por reacción, se echó a reír.

—¿De qué te ríes?—preguntó Blas. Estaba mareado por la excesiva libación de cerveza, y caminaba derecho, pero demasiado tieso.

—Es que yo, que soy belga, he servido en las filas de Francia. Y tú, querido, que eres francés, desertaste. Si no fuera por la amnistía, seguirías escondido en Holanda y no estarías trabajando conmigo en la fábrica de tejidos. ¡No me parece justo!

—Sin embargo, es muy justo. Tú hiciste lo que te pareció. Yo... yo también hice lo que me pareció. Estamos en igualdad de condiciones.

—Perfectamente, Blas, pero, dime: ¿por qué desertaste?

—Yo me había casado.—Y Blas reflexionó un instante para coordinar sus ideas.—No podía abandonar a mi mujer y a la nena. Y, además, ¿para qué ir a la guerra? ¿Qué ganaría con ello? Si moría, si quedaba lisiado, ¿quién mantendría a los míos? La guerra sólo les conviene a los burgueses. ¡Yo no sirvo para hacer las cosas que no entiendo!

—¿Tenías miedo de morir?... ¿No eres valiente?

Pedro formulaba sus preguntas sin picardía, pensando que cada cual es dueño de proceder como le parezca. Blas, sin ofenderse, contestó:

—¿Qué no soy valiente?... Creo que tienes razón: otros me han dicho lo mismo... Pero te repito: ¿qué gana uno haciéndose matar para bien de otros?

La embriaguez refina la sensibilidad de los simples. En ese momento, Blas se encogió como si hubiese recibido un bayonetazo.

—Bueno—agregó—no hablemos de eso... Ya llegamos a mi casa. Entra a tomar un vaso de cerveza antes de cenar.

Las andanzas por el mundo habían hecho de Pedro un borracho consuetudinario. No obstante, su cabeza se conservaba despejada. El buen hombre solía enorgullecerse de tener "buena bebida".

—No es hora de tomar cerveza, sino ginebra—dijo.

—¡Mi casa será pobre, pero nunca falta en ella un porrón de ginebra!—afirmó con orgullo el compañero.

Entraron. Cuando Pedro hubo terminado sus cumplidos, Celina sirvió tres copas de cerveza pálida y apenas espumosa.

—¡Cerveza, no! —dijo Blas.—Nuestro amigo quiere ginebra.

Y como ella titubeara, viéndolos borrachos, le gritó:

—¡Muévete!.... Deja: yo bajaré al sótano.

—¡Ten cuidado! La escalera está recién lavada.

Blas no escuchó. Abrió la puerta del sótano... Se oyó el ruido de sus zapatones en los peldaños... Luego un juramento... el golpe de un cuerpo que cae pesadamente... el estruendo de unos tachos que ruedan.

—¡La coladera!—exclamó Celina.

La mujer quería mucho a su esposo, pero por instinto, había perseguido ante todo en sus utensilios. Los cuatro niños que jugaban en el patio acudieron y, por el silencio mortal que siguió, comprendieron

que acababa de pasar algo grave... Celina y Pedro subían el cuerpo de Blas.

—No se asuste señora. No es nada—dijo Pedro tratando de sentar en una silla al inanimado amigo.

Su cuerpo resbaló y cayó sobre el pavimento. Celina creyó que su marido estaba muerto, y lanzó un grito espantoso. La posición horizontal facilitó la irrigación sanguínea del cerebro del herido, y éste, vuelto en sí, abrió los ojos.

—No es nada, —repitió Pedro.—Se desmayó de susto... Este Blas es muy miedoso...

—¡Si por lo menos hubiese sucedido en la fábrica! ¡Ah! ¡Hay quienes nacen sin suerte!

Y Celina rompió a llorar acongojadamente, pues adivinó lo que el marido había querido decir.

—¡No le corresponderá nada!—gimió.—¡La compañía de seguros no le dará nada, porque el accidente se produjo en casa!

Pedro la miró un instante. Y, habiendo entendido, gritó a su vez:

—¡Perra vida! ¡Realmente, hay quienes nacen sin suerte!... ¡Pobre Blas!

Pidan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza
para la estación

Celina vio que su marido se llevaba la mano al vientre. Rápidamente lo desabrochó. La basta camisa apareció manchada de sangre.

Cuando algunas horas más tarde, Blas, ya acostado en su lecho, recordó el conocimiento, el médico no tuvo tiempo para evitar que Pedro dijera la frase que fue oída por el enfermo:

—¿De veras que no hay esperanzas?...

Todos callaron. Blas comprendió que estaba perdido. Y su espíritu se serenó, pues ya nada podía interesarle. Ese curioso fenómeno suele acaecerse en los que van a morir. Y dijo:

Celina lloriqueaba blandamente. Ella hubiera querido lamentar la desgracia ante todo por el amor que le profesaba a su esposo... ¡pero no podía!... Pensaba solamente una cosa: que esa muerte hubiera debido serle productiva convertirla en una viuda casi rica, asegurar su porvenir y el de sus hijos hasta que fueran mayores de edad; y que el destino, en cambio, le quitaba de golpe el amor del marido, la paz del hogar y el pan cotidiano. ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Los pobres nunca pueden ser felices, sus desgracias son siempre mayores que las de los otros!... Celina se abalanzó sobre el médico:

—¿No se puede hacer nada, nada?

—¿Para salvarlo?

—No, para cobrar el seguro.

El médico se encogió de hombros. Eso no era de su incumbencia.

Entonces Pedro hizo explotar su indignación.

—¡El mundo, la sociedad, el gobierno, son unos puercos!

—Déjame dormir—suplicó sencillamente Blas.

Y se dio vuelta cara a la pared. Afuera, los chicos reanudaron su juego.

Celina había amado a su consorte; lo amaba todavía. Había sido su mujer y su sirvienta. Sin embargo, se atrevió a decir en alta voz delante del moribundo:

—¡Es mejor que se muera de una vez! ¡Es mejor: que se muera! ¿Qué haremos si queda inútil y enfermo?

—¡Y pensar que si el accidente hubiera ocurrido en la fábrica! ¡Perra vida! —repitió Pedro.

Pensaban sin cesar en el seguro, y sus corazones se llenaban de amargura por la injusticia del destino. Blas los oía, pero no tenía fuerzas para hablar y pedirles que se callaran. No tardó en dormirse.

Hacia las nueve, comenzó a temblar. Sus dientes castañeteaban. Tuvo en sueño una impresión de frío glacial, y se despertó. El médico había advertido: "Sobrevendrá una fiebre a causa de la herida, y, doce o veinticuatro horas después, las toxinas le producirán la muerte..." Celina y Pedro se miraron. Las predicciones del médico se cumplían.

Pero Blas, si bien había despertado, continuó con los ojos cerrados a pesar del dolor que sufría. Meditaba algo, poniendo en ello toda la fuerza de su pobre cerebro. Por fin creyó haber dado con la solución. Y para aclarar una última duda, preguntó:

—Dime, Pedro, ¿el doctor Roger no es el médico de la compañía de seguros?

—No—contestó Pedro.

—¿Y es cierto que los médicos no deben decir nada, absolutamente sobre sus enfermos.

Blas entendía en esa forma el secreto profesional. Celina y Pedro ignoraban el término, como él, pero habían oído hablar del asunto, y confirmaron el pensamiento del enfermo.

—Pues, entonces —dijo dirigiéndose al camarada, —tú irás a ver al doctor y le dirás que haga de cuenta que no ha visto ni sabe nada. ¿Entiendes? ¡No ha visto ni sabe nada!

—¿Qué piensas hacer? —interrogó Pedro, sin comprender.

—No me preguntes nada. Haz lo que te digo... Y mañana pasarás por aquí una media hora antes del primer toque de sirena de la fábrica.

—¿Qué piensas hacer? —insistió Pedro. —¿Para qué quieres que pase mañana a esa hora?

—Para ayudar a Celina a vestirme. Voy a ir al trabajo.

—La mujer y Pedro creyeron que la fiebre lo hacía delirar. Si se estaba muriendo, ¿para qué quería ir a la fábrica? Morir en el lecho no dejaba de ser un consuelo, una especie de descanso.

Blas repitió:

—Yo no estoy loco, y sé muy bien

golpes de puño. Luego, Carlos Alberto, desconcertado por la superioridad que en la lucha le iba llevando Harry sacó su revólver y le hizo un disparo.

LA SOMBRA ESPECTRAL

A manera de una sombra espectral, como una encarnación heroica de todos los dolores imaginables, como protagonista de la más terrible tragedia, paso presurosa, por entre los corredores de la cárcel, la madre del pobre Romualdo y del desventurado Harry. Tenía el presentimiento que el hijo del vasquito, que el asesino de su hijo, la mandaba llamar para comunicarle algo referente al gran misterio de su vida, a la muerte del "Pequeño Redentor". Era evidente... Carlos Alberto debía saber algo, algo que habría oído decir a su padre... Y, ahora que a ella poco le restaba de vida, se apiadaba de su dolor inmenso, y no quería dejarla marchar hacia la tumba con la terrible angustia en el fondo del alma!... Era la mano de la Providencia que se tendía hacia ella... La voz del preso que reclamaba su presencia desde el fondo tenebroso del penal, era la voz atormentada del vasquito "Zaragoza" que la llamaba desde lejos, desde la Eternidad, para revelar el misterio que se había llevado hasta el sepulcro. El vasquito, que había sido tan leal con Niels Ritchmond, para quien guardó el secreto... que sufrió una condena injusta, inmerecidamente... El vasquito, que había querido a su Romualdito como a un hijo...

La figura del matador de Harry, perdida en las tinieblas del Penal, desaparecía para ella... Confundíase en la imagen piadosa, generosa, grande, noble del vasquito — perdida en una aureola de sublimidad en la noche inmensa de todos los misterios!... — El alma de pureza casi divina del padre, redimía la culpa horrorosa del hijo...

Ella, si el vasquito lo pidiera, no podría condenar a Carlos Alberto... Y "Zaragoza", desde el fondo de la Eternidad, intercedía por su hijo, llamándola a piedad!...

Y allí fué... — Entre las sombras tétricas y los barrotes sobrecogedores, recibió de los labios trepidantes del hombre sombrío, que hallábase enternecido como un niño y hablaba con sollozos, la Verdad, la Suprema Verdad, tanto tiempo entrevista y presentida en las palpitaciones de su congoja maternal!...

El vasquito, pocas horas antes de morir, había comunicado a los suyos la terrible verdad: "El había sido enteramente ajeno a la muerte de Romualdo. Fué Niels Ritchmond quien lo mató... Y lo hizo intencionalmente. Lo hirió mientras el chico se entretenía, arrojando piedras al pozo de la quinta y miraba las ondulaciones del agua ensimismado regocijándose. Niels le rogó... Le explicó que aquel hijo no era suyo... Era el hijo de un amante de su mujer adúltera... Le lloró, le rogó tanto... Le pedía, como un niño, echado en el suelo, que lo perdonara... Que no lo descubriera... que no lo acusara por aquella iniquidad que en su locura acababa de cometer... Que él se mataría pronto... Y el pobre vasquito le juró guardar secreto para siempre. Luego, levantaron al herido. Niels le dijo a "Zaragoza" que iba a acostar a Romualdito sobre la hierba, para curarlo mejor... Y lo colocaron detrás

"de las matas... Se borraron las huellas que habían quedado cerca del manantial... Y nunca nadie pudo sospechar que..."

Al llegar Carlos Alberto a esta altura del relato, fué tan intenso el sentimiento de dolor y tan fuerte el estallido de gratitud, que Beatriz de Ritchmond tomó una mano del preso y, ante la admiración franca de los guardianes, que no alcanzaron a explicarse la escena, exclamó:

— ¡Gracias, vasquito, gracias!... ¡Que dios te tenga en la Gloria!

Luego, vuelta a la realidad, salió precipitadamente de la celda... Sin volverse... Sin mirar para

tojo que iluminaba su existencia... Aquel motivo único que tenía para seguir viviendo...

JUNTO AL PILAR SIEMPRE CUBIERTO DE GRAMILLAS

— Escúchame. Tú no puedes ser malita, ¿verdad? Avisales a esos hombres que se vayan con sus picos... y que no toquen el pilar... ¡Ah!... si yo fuera rica, si yo tuviera mi fortuna... te la daba toda ahora, para que no me quitaras el pilar... Tú no llegaste a conocer mi Romualdito... Si lo hubiera visto qué lindo y bueno era! Fué una lástima que muriera tan niño,

LA HOSPITALIDAD Y EL VIAJERO

Aurea y gentil como ilusión divina, recamada de pétalos nimbados, bajó un día de célicos estrados una nivea silueta femenina.

Venía envuelta en nube blanquecina que los aires dejaba electrizados, a gozar la frescura de los prados, al borde de una fuente cristalina.

Mientras lánguida, augusta, meditaba; de improviso surgió tras del follaje como si fuera un presidiario suelto, la silueta de un hombre que avanzaba, lleno de polvo de algún largo viaje y entre las sombras de la noche envuelto

Al verlo, la Visión, contemplativa, desfloró una sonrisa virginal esplendente cual rayo matinal y tendióle su mano compasiva.

El hombre la estrechó con ansia viva, desbordando ternura fraternal; mientras la niña de la fuente ideal agua clara brindóle, sensitiva...

Y fué cuando la Paz con el Errante sellaron su connubio palpitante. Y fué cuando una voz como de acero que retumbó en la vasta inmensidad, al hombre señaló como al viajero y a la mujer llamó: Hospitalidad...

LEONARDO F. NAPOLITANO

atrás... Sin fijarse siquiera en el hijo del vasquito que, trémulo, espantado, la miraba con ojos de enloquecido.

TODAS LAS TARDES VENIA A SOLLOZAR...

¿Y por qué? ¿Qué necesidad tenían de derribar el pequeño pilar y cegar el pozo?

No... Ella hablaría con Malena... No podían ser tan crueles: Ultrajar aquello que para ella era tan sagrado como un altar... No. El pozo no lo cegarían.

Desde que supo que, junto al manantial, mientras jugaba arrojábale piedras al agua dormida, había sido muerto su Romualdito, llegó a convencerse que allí estaba enerrada el alma de su hijito...

Y, todas las tardes venía a sollozar junto al pilar, siempre cubierto de gramillas y de flores sencillas...

Y, ahora, querían arrebatárle aquel consuelo... Aquel único an-

EL WISKY de los aristócratas "YE MONKS"

De las noches que pasamos junto al manantial... De lo que él me dijo de la estrella fugitiva la noche que no olvidaré jamás...

Abrazándola frenéticamente, como en un arrebatado de delirio:

— ¿Y qué te decía Harry?

— Que la estrella fugaz era un antojo. Pero yo le decía...

Sigue una pausa prolongada... La anciana Ritchmond estalla de ansiedad...

—... ¡que era una pena!

— Es cierto... era una pena!

Las penumbras de la tarde quiebran las siluetas conrutas de las cosas...

Las notas del "angelus" vienen sobre las auras, como novias tristes... muertas... muy pálidas... muy blancas... tomadas de la mano, enlazados sus talles castos con guirnaldas de lirio en el desmayo astral de la corriente.

Las palomas, que hicieron su "alto" acostumbrado junto al molino gruñidor, han tornado, presurosas, a sus nidos...

Aun las dos mujeres permanecen abrazadas, junto al pilar siempre cubierto de gramillas y de flores sencillas...

La fiesta de las muñecas en el Japón.

Entre las muñecas japonesas que más llaman la atención, existe un grupo que es un prodigio de arte.

Las joyas de este grupo por su delicadeza y arte son las dos muñecas que representan al mikado y a la emperatriz que presiden todas las Fiestas de Muñecas, gran ceremonial que no tiene igual en el mundo.

En estas fiestas, que se celebran todos los años, las gentes exponen todas las muñecas de familia, colocadas en graderías, ocupando la más alta, bajo rico dosel, el Emperador y su esposa, con todo su séquito palatino.

Se celebra un festín servido en diminutos platos, minúsculos vasos y fuentes pequeñísimas, que contienen los manjares y bebidas más corrientes de los grandes banquetes de la corte. Dulces, frutas y sake (vino de arroz), se ofrece a la familia imperial y después meriendan de veras los dueños de la casa y los pequeños invitados. Este festival tiene por objeto, no solamente el divertir a los pequeños, sino hacer ver el cariño y devoción que se debe mostrar a los soberanos.

Esta es la fiesta de las niñas que se celebra el tercer día del tercer mes, luego viene la de los niños el quinto día del quinto mes, en la cual, las muñecas representan héroes nacionales, con todo su equipo guerrero.

Hacia el valle preferido

(CRÓNICA DE CONSCRIPCIÓN)

Por Alejandro Mathus Hoyos

El eco de las marchas repercutió bravamente en la punta de las Lajas, cuando el regimiento comenzó el ascenso de la Quebrada de las Chilcas.

Una suave brisa refrescaba el ambiente y a lo lejos los jarillales y los cactus magníficamente floridos daban la nota de belleza en la monotonía del camino.

Poco a poco los viñedos de Panquehua y las alamedas del Challo se alejan y tan sólo divisase en la lejanía una mancha verdusca que se prolonga indefinidamente hacia la amarillenta planicie del oBrbollón.

La cuesta es más difícil, el casquijo hace escurrir la marcha, la serranía se estrecha egoístamente, pero la voz de aliento de los jefes y el ejemplo de los oficiales animan a los soldados que llegan marcialmente al puesto de Las Chilcas, donde espera a la unidad D. Jaime Ceretti, quien ha puesto a su disposición todos los elementos con que cuenta la estancia de "Casa de Piedra".

"L'agua está cerquita", un lindo criollito dice picarecamente a los soldados, que anhelan refrescarse en la vertiente.

Nuevamente en marcha, y en un recodo nos saluda cantarina el agua que, saltando de risco en risco, parece que dijera más arriba, glu-glu, más arriba.

Y en efecto, de allí a poco, en la Aguada de Las Chilcas, la tropa se apresta a descansar para acometer en la tarde el difícil ascenso de la cuesta.

Son las quince horas y el regimiento descansa al amparo de los coligayes (1).

Un prolongado toque de atención y la voz de los comandantes de compañía ordenando ¡arriba y en marcha! hace que los treinta soldados, como un solo hombre, se pongan de nuevo en movimiento.

Monorrítmicamente golpetean las mulas los cascos herrados en la piedra y las fuertes bestias, ayudadas por sus conductores, pasan tranquilas al borde del precipicio.

De vez en cuando un pifio de hacienda arisca se despeña por una ladera hacia el bajo.

Junto a la Aguada de Las Chilcas, que brilla como un enorme espejo, se ven como hormigas los hombres, de ametalladoras, que cierran la columna.

La puna comienza a fatigar, y uno que otro conscripto mastica ansiosamente cebolla.

"En la güelta queda el Portezuelo, allicito, mi teniente coronel", dice calmamente al jefe un paisano que se ha incorporado en el Cordón de la Peña.

Los soldados, que han oído la buena nueva, van pasando la voz entre la interminable fila, que, ante la seguridad de estar próxima la vuelta, con renovados bríos apu-

ran la marcha, pero la senda que costea el Cordón de las Mulas sube más y más, como si en vez de conducir al Portezuelo llevase a las nubes.

"Allicito nomás, mi teniente coronel", y la ilusión no muere; ella alienta; extraño dinamismo hace que los bravos muchachos del 16 trepen la montaña con la misma pujanza con que cumpliesen alguna

heroica consigna, para bien de la patria.

"¡Pon fin!", es la exclamación unánime, y uno a uno van pasando infantes y cabalgaduras, por el angostot Portezuelo. Ahora la maravilla es liviana, el paisaje agradable. Hacia la izquierda se interna la Quebrada de la Cantera, y al frente unas pircas ruinosas nos hablan de tiempos legendarios.

Arrayanes espléndidos, rojos cavales de la montaña, macizos de chilca amarilla, orlan las márgenes del camino que sigue rectamente hacia el noroeste.

Un humito azul y el criollo dice secamente: "La Casa de Piedra". En efecto, a poco andar tres o cuatro álamos altísimos y las copas apenas verdes de unos sauces señalan el casco de la estancia.

"La Casa de Piedra", guardada

de los vientos por una cuchilla, ofrece al caminante el amparo de sus corredores el calor de sus hogares y toda la hospitalidad que generosamente brindaban las viejas casonas mendocinas, que parecen haberse refugiado en el corazón de la serranía abrupta, huyendo del cosmopolitismo avasallador.

Rápidamente los conscriptos levantaron sus carpas, juntaron leña, chisporrotearon vivamente las fogatas, canturrearon las marmitas, y con las primeras sombras de la noche refulgieron las llamas sobre el oscuro fondo de la montaña.

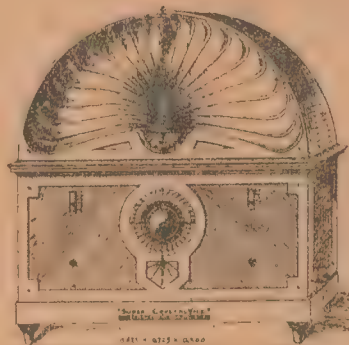
¡Oh, inolvidable cuadro! El vivac de "Casa de Piedra" era una ciudad encantada y apenas uno que otro son de vihuela doliente, una que otra tonada evocadora, quebraba el silencio de la noche y dejaba en el alma leve sedimento de tristeza.

FAMILIAS COMPREM DIRECTAMENTE A LA FABRICA

EL "SUPER-CRISTALYNE"

EL CRISTAL QUE CANTA

Es la Síntesis de las perfecciones radiofónicas hasta hoy inventadas. Emite conciertos, operas, conferencias, etc., del mundo entero con selección absoluta y realidad maravillosa: En la casa, en el campo, en el bosque o en la montaña, con mecanismo manejable hasta por un niño y siendo en gastos el mas económico de todos



PRECIO AL ALCANCE DE TODOS: 50 Dollars

Precio del aparato completo listo para funcionar comprendido gastos aduanas y transportes hasta casa del comprador

FUNDAMENTOS

A base de los principios sobre El cristal que canta de la Doctora Seidl, de la Universidad de Viena: de las teorías atómicas; y de la reducción del Super-Crystaline al Automatismo Integral Mecánico, hemos conseguido después de costosos estudios en nuestros Laboratorios un Modelo Unico, que hoy es nuestro orgullo, pues revoluciona la industria al respecto, con el éxito mas asombroso, que con justo egoísmo hemos mantenido hasta hoy en secreto para mas ampliamente cosechar el fruto de nuestros sacrificios.

DESCRIPCION DEL "SUPER-CRISTALYNE-8"

El Alto-Parlante, cuadro y receptor forman un solo cuerpo, con regulador de sonidos de 100 a 7000 periodos dando hasta los mas graves con incomparable pureza, todo debido al maravilloso invento sobre los principios de Seidl, de El cristal que canta. Dentro del aparato va un sistema acumulador que es una verdadera novedad. Su consumacion es inferior a una lampara de alumbrado de 25 bugias. Se carga cada 3 meses conectandose con el alumbrado domestico. Puede variar la tension de 1 a 200 volts. Tiene 8 válvulas sin filamentos con alcance ilimitado. Supresion absoluta de pilas, acuses y lamparas. Permite corriente continua y alterna, con regulador automatico. Puede conectarse con el alumbrado Blindage total contra perturbaciones atmosféricas y parásitos. Selectividad rigurosa con separacion absoluta aun donde haya potentes emisoras. Sintoniza desde 35 hasta 4000 metros con boton auxiliar que hace aparecer en la ventanilla el nombre de la Estacion de que se quiere recibir. Tableros movibles, todo desarmable. Se envia en 5 paquetes postales de 5 Kgs, 4/10, Peso neto 21 Kgs. Facilidad transporte al salir a paseo, en dos maletas puede llevarse.

EL SUSCRITO

CALLE
CIUDAD
PROVINCIA
la ciudad de mi residencia, por el precio total de 50 Dollars que hoy remesa adjunto en (Solo cheque Bancario sobre Estados Unidos, Valores declarados ó Giro-Postal. No se aceptan envios contra reembolso) a favor y en nombre de la Firma:

RECORTE ESTE CUPON
Con precio valuable
SOLO POR 60 DIAS

Pide le remitan por encomienda Postal el Modelo Unico del Super-Crystaline-8, completo listo para funcionar, franco de todo gasto de Aduana y transporte, entregado en (Solo cheque Bancario sobre Estados Unidos, Valores declarados ó Giro-Postal. No se aceptan envios contra reembolso) a

ALYNE FABRIL UNIDA

Largo Afonso Pena — Campo Pequeno — LISBOA-NORTE
PORTUGAL

T. S. H.

Anuncio Salido "Diario"

T. S. H.

ESTUDIAMOS EXCLUSIVAS CON IMPORTADORES

RESTAN. ~ DIAS PARA APROVECHAR ESTE REGALO DE PROPAGANDA

(1) "La voz indígena "Uspallata" se halla formada por los vocablos "Us", que significa, respectivamente: valle, lugar, país o, mejor aun, región, y "Pallata": preferido, apreciado o querido".

existía que él no podía penetrar y del cual parecían tener todos los demás conocimiento o referencias? Su físico marchaba rápidamente al agotamiento. La neurastenia había concluido por deprimir su alma.

La ruina se cernió sobre su casa de comercio. Y fué menester presentar un concordato, que resultó un "pacto leonino" a favor de sus acreedores. Por esa carta compromisaria tendría que trabajar hasta el final de sus días para pagar sus deudas con más los intereses de la usura...

EL ALMA DEL VASQUITO "ZARAGOZA"

Una mañana aprontó la escopeta, el morral y sus "atavíos de caza" soltó la cadena de sus lebreles y, desde muy temprano, mandó llamar a "Zaragoza", un vasco que trabajaba de sereno en una quinta vecina y del cual se había hecho muy amigo en los últimos tiempos, cuando su retiro "forzado" de los salones le había puesto en el alma la necesidad de buscarse nuevas amistades entre los humildes.

Era el vasco un temperamento noble, muy leal. Tenía fama de certero tirador. Ritchmond, que en su juventud había formado parte de unos cuadros de tiradores canadienses, era el único que, en veinte leguas a la redonda, podía competir a ese respecto con el vasco "Zaragoza".

"Zaragoza", que sabía algo de "los sufrimientos que habían entrado en lo de Ritchmond", y que suponía, con justo motivo, que la existencia de Romualdo no podía ser feliz, trataba de substrarlo de la casa de sus padres... Y la mayor parte del tiempo "se lo tenía con él en la quinta", de la cual era sereno. Sentía por aquel inocente un cariño de padre.

LA ULTIMA ANSIEDAD DEL "PEQUEÑO REDENTOR"

Ritchmond nunca había permitido que Romualdo lo acompañara en sus cacerías. Al vasco siempre "le costaba un triunfo", cuando salían a cazar, dejar al "pequeño Redentor" en casa con su madre. Aquellos eran los días tristes para el pobre Romualdito.

Aquella vez tampoco el vasco lo había querido llevar. Pero, tanto insistió Romualdo "en que no lo llevara con su madre", prometiéndole "que luego se daría vuelta solo, cuando ellos se alejaran un "poco de las casas"... que el vasco, sin decir "agua va", se hizo el desentendido cuando Romualdo "se incorporó a la partida".

Niels gruñó... Y hasta hizo ademán de darle a Romualdo un golpe con una vara. Pero el vasco intervino, pidiéndole que no le hiciera nada, que él velaría por el "Pequeño Redentor". Y "el viejo" se calmó...

EL ANGEL QUE SE FUE

La noticia le hizo el efecto de una puñalada. Todo había acontecido a pocos metros de la casa... Hacía los fondos de la gran quinta. Por donde está el manantial, junto al viejo molino.

Según el vasco y Niels Ritchmond: "Zaragoza" se había tirado, rodilla en tierra, para hacer mejor puntería a un venado que vieran cruzar momentos antes y que, ahora, había reaparecido, para ocultarse, de inmediato, tras unas matas que se movían ligeramente. Des-

pués que el vasco hizo su disparo sintieron el lamento desgarrador de Romualdito que pedía ayuda. Al correr para socorrerlo lo hallaron mal herido, tras de las matas que se movieran ligeramente."

No atinaban a explicarse "cómo lo perdieron de vista al "Redentor", cómo había hecho éste para llegar hasta allí sin que ellos lo advirtieran, por cuanto ya lo daban de regreso para la casa, tal como se lo había ordenado "Zaragoza".

El vasco lloraba con desespera-

la sospecha envenenaba a los dos fantasmas que dentro de la quinta inmensa arrastraban sus atormentadas existencias.

Ahora eran dos que se acusaban mutuamente; herido cada cual por una sospecha terrible. Se pasaban los días clavándose hasta el fondo del alma los dardos de un reproche más o menos fundado...

Para el público no debía adquirir la menor trascendencia.

Por eso se pasaban los meses sin salir de la mansión monstruosamen-

cómo había muerto el "Pequeño Redentor", se encolerizó sobre manera y le prohibió, en forma terminante, la visita proyectada.

Como ella insistiera, hizo ademán de castigarla. Nunca había llegado su ira hasta allí... Nunca, tampoco, la señora de Ritchmond se sintió herida más hondo en su dignidad. Y en un arranque furioso de dolor materno, gritó:

—Entonces... ¿fuiste tú quien mató a Romualdito?

Niels, al recibir aquel ataque tan rudo, tan directo, aquella imputación tan descarnada y bravía, se sobrecogió. Sintió como si, ante sus pies, acabara de abrirse un abismo de hielo... Sintió sobre su conciencia el peso de una terrible acusación. Y sólo atinó a decir, franqueando el paso a su esposa:

—¡Pues... ve! ¡Corre a descubrir la verdad!

... NO SEAS MALITO, "ZARAGOZA"; NO SEAS MALITO!

Llevándose las manos del moribundo al pecho, le suplicó desesperadamente:

—Dime la verdad, vasquito... ¿Verdad que quien mató a tu "Redentor" fué Ritchmond?... ¿Verdad que lo hirió a placer, porque quiso?... Anda... no seas malito! ¿No ves que vas a condenar tu alma?... ¿No ves que estamos solitos... que nadie nos oye? ¿Por qué te has de ir del mundo... por qué te has de presentar ante Dios, mintiendo? Dime la verdad, vasquito! Yo lo perdono... ¿Lo oyes? Lo... per... dono! Te lo juro que lo perdono, que no lo revelaré a nadie... Verdad que quien mató al "Redentor" fué...

—Fui yo... sin quererlo!

—¡Tú me engañas; no seas malito!...

—¡Pobre Redentor!... Me perdonarás... ahí... en el cielo? Fui... — Y cerró los ojos para siempre. Ya nunca más sería posible... nunca más iba a ser posible la verdad!

Retorciéndose las manos, en crispación de dolor terrible, de impotencia insoportable, llegó a la mansión grandiosa y atermentadora... Allí guardaba Niels con serenidad. La recibió con calma, tranquilo:

—¿Te desengañaste, al fin?...

—¡Ay!... ¡Pobre "Redentor"!...

—Y, por toda respuesta, prorrumpió en inconsolable llanto.

EL HOMBRE QUE FUE EN BUSCA DE LA MUERTE...

Así transcurrieron dos años... La sospecha, el dolor secreto, guardado siempre celosamente dentro del pecho, habían concluido por despojar a la señora de Ritchmond de su propia personalidad, quitándole todo vestigio de ternura.

Un soplo infernal de desgracia acariciaba todos los rincones de la casa.

Dos años hacía que había fallecido el "Redentor", cuando un día Ritchmond anunció que se incorporaría a un destacamento que marchaba para combatir a los boers. En un encuentro de avanzadas, halló la muerte. El gobierno inglés comunicó a la viuda el fallecimiento del Capitán Ritchmond, y le fueron enviadas las condecoraciones tributadas al extinto por su brillante actuación al frente de una aguerida compañía que intervino en el sitio de Pretoria.

Habiéndole tomado la muerte sin que Ritchmond cumpliera los términos del concordato celebrado con

Inauguramos recientemente
nuestra sucursal en Rosario

"Palacio
Fuentes"



DI RISIO HNOS.
TAILOR S

DAMAS Y
CABALLEROS

ROSARIO - SARMIENTO 722

U. T. 23, 230

BUENOS AIRES - CALLAO 1103

U. T. 44 - 5182

ción de padre. Romualdo murió por el camino, mientras lo conducían para la casa. Tenía ocho años. Al vasquito lo condenaron a un año y medio de cárcel, como "autor de un homicidio causado por imprudencia".

LA QUINTA DE LOS DOS FANTASMAS

Desde que había muerto Romualdito, en el hogar de los Ritchmond

te y grande, opulenta y atormentadora...

LA VERDAD... LA SUPREMA VERDAD!

Cuando estaba moribundo el vasquito, Beatriz pidió a su marido le permitiera ir a verlo.

Pero Ritchmond, que tal vez tuviera la sospecha de que su esposa fuera a atormentar los últimos instantes de "Zaragoza" para saber

EL TRABAJO

El hombre y el ciudadano quienquiera que sea, no tiene otro bien para darle a la sociedad que sí mismo; todos sus otros bienes son permanentes e inmutables... Por lo tanto, la deuda social subsiste mientras él no la pague con el bien de sí mismo.

De nada vale decir que nuestros padres pueden haber pagado por nosotros sirviendo a la sociedad: ellos han pagado su deuda, pero no la nuestra. En manera alguna es justo que lo que un hombre ha hecho por la sociedad pueda servir de pago a la deuda que otro haya contraído; porque cada uno al deberse todo entero no puede pagar más que por sí, y nadie puede transmitir a un semejante el derecho de ser inútil.

Fuera de la sociedad, el hombre aislado, no debiendo nada a nadie, tiene derecho a vivir como le plazca; pero en sociedad, donde vive en necesaria dependencia de sus semejantes, debe ceñir su acción a las reglas que esa misma sociedad le fija; esto es sin excepción.

Trabajar es, por lo tanto, un deber indispensable para el hombre social.

J. J. ROUSSEAU.

sus acreedores, éstos se presentaron ante el Tribunal de Comercio, y se procedió a la ejecución de los bienes particulares del insolvente. La mansión grandiosa, la quinta inmensa de los Rítmichmond, fué fraccionada en solares. Y cayó bajo el martillo despiadado y prosaico de los rematadores... Fué una venta desastrosa. Los acreedores cubrieron sus créditos y sus intereses usuarios. Los gastos judiciales absorbieron el resto. Y, sólo una suma insignificante del producto de la venta, vino a las manos de la viuda. El abogado que había asumido la defensa de Rítmichmond, pocos meses después contraía enlace con doña Beatriz.

Fruto de este segundo matrimonio, fué Harry. — Tenía todos los rasgos fisonómicos del "Pequeño Redentor"... Los antiguos lugareños, tomando más arraigo en sospechas crueles, le decían: "El segundo Romualdito".

La quinta grandiosa se había fraccionado en muchos solares. — Tendieron, pronto, entre las heredades, los alambrados de separación. Hacia los fondos de la quinta, cerca del paraje donde fué hallado herido Romualdito, existía un manantial, bordeado por una cintura de ladrillos, que pasaba a ocupar, ahora, uno y otro lado de la línea media de dos solares linderos. El encargado del obraje de los alambrados, iba a proceder a cegar el pozo y tirar abajo el pilar que lo protegía; pero luego, a ruegos de la señora de Rítmichmond, se resolvió que el manantial quedaría.

Aquel antiguo pilar que circundaba el pozo, era como un símbolo glorioso de otra edad de perdida grandeza en que, sin embargo, no hubo para el corazón una hora, siquiera, de la más frágil y efímera felicidad.

TODO ES TIERNO Y ALADO COMO ANHELO DE NIÑO...

Si Beatriz de Rítmichmond podía decir, con acierto, que aquel rincón amable de la vieja quinta era el símbolo glorioso de las pasadas grandezas de la estirpe, Harry po-

día expresar, en cambio, con tan acabado acierto como ella, que aquel molino, el manantial cercano, la fuente cantarina y los palomares poéticos de la quinta, eran el símbolo viviente de todos los encantos inefables de la infancia y de todas las tentaciones santas de su adolescencia... Fué junto a aquel pilar del pozo medianero, donde Harry y Malena (que pertenecía a una familia vecina, asentada en el solar lindero) comunicaron las primeras expansiones de sus almas en los juegos candorosos de la primera edad y, luego, en los goces hondos del querer.

Junto al ministerio de las aguas surgentes del viejo manantial, heraldizado por los recuerdos de una tradición gloriosa... Junto a aquellas aguas profundas — que nadie sabía de qué remota vena de la Madre Tierra quietaban el ritmo y su savia extraían — se operó aquel otro misterio indisoluble de dos almas que, al fulgor de las estrellas reflejadas en las ondas, habían realizado la milagrosa plenitud de la ilusión recíproca, que estalla límpida, bellamente invencible, santamente incontenible, en el manantial siempre surgente de la Vida!

SIEMPRE HAY "OTRO AMOR"...

¡Y qué cuadros magníficos pintaba! Era la admiración de todo el pueblo... ¿Quién iba a decir que aquel elegante "gentleman" era hijo del vasquito "Zaragoza"?

...¿Cómo ella, la inocente Malena, había podido cometer aquella terrible iniquidad de olvidarse de Harry?... ¿Por qué había ultrajado con la suprema ingratitud del olvido, aquel cariño sacrosanto que jurara al amado?

Sentía que el recuerdo de Harry abría el abismo a sus pies. Acariciaba su sien un soplo de tempestad; invadía su alma un malestar indefinible; conmovía su cerebro una angustia de zozobra... al solo recuerdo del amado... Obraría mal... Pero, en el fondo de su corazón, la voluntad le gritaba con firmeza: "¡No! Tú ya no puedes querer a Harry".

En cambio, la sola imagen de una sonrisa de Carlos Alberto bastaba para "enloquecerla de felicidad".

...Y aquel amado de sus nuevos ensueños, emisario de la gloria, venido de un país remoto que enciende el Sol de la lejana Fantasía... aquel nuevo amado que traía en sus venas lava impetuosa y salvaje, savia meridional y primitiva, supo comprenderla sabia, maravillosamente... y realizar en su Vida el milagro soñado del "nuevo goce"... Que es más hondo, porque la feminidad instruida le abre camino a través de las fibras del alma que aun quedaron dormidas después de los primeros desgarramientos. Que es más sabio, porque el Deseo, que ya conoce todos los pasadizos abismales del Misterio recorrido, se adelanta y le abre camino, a través de las sombras inmortales de la subconciencia... Tal como una antorcha que se eleva más alto y conduce más lejos al ansioso viajero a través de los inmensos desfiladeros de las cumbres señeras...

EL FANTASMA QUE SIGUIÓ SONANDO... Y SUFRIENDO!

Siempre la pérdida de Romualdito... Siempre la angustia del misterio de aquella muerte, continuaba ensombreciendo el alma de Beatriz de Rítmichmond. El dolor proseguía su obra, pacientemente, cavando en las fibras secretas del corazón herido...

Harry vivía enclaustrado en un Liceo en la ciudad distante... Y, ahora empezaba a entrarle a ella — la madre triste y sin consuelo — una angustia inmensa, cuando recordaba que, abstraída en la devoción exclusiva del pobre hijito muerto, no había tenido nunca para "el bueno y dulce Harry", palabras de ternura, caricias, ni besos!

LUCHANDO...

Al recibir aquella carta de Malena, sintió una angustia espantosa. Peor que el hambre... Peor que el frío... Peor que la Muerte!

Apresuradamente, se puso en marcha... Sin tiempo para forjar una sola idea...

Ahora, "ya tan cerca de lo de Malena", se le ocurrían estas reflexiones:

"Es cierto... él debía haber ido a ver a su madre primero... antes que a ella! Pero no... ¿Por qué vacilar?... Ahora ya estaba en camino... Luego iría a ver a la vieja". Primeramente, deseaba saber algo de Malena; escuchar algo de sus labios... verla... saber por qué. Sí, se volvería a ver "junto al pilar del pozo... Como antes... Y todo se arreglaría. "Porque "aquello" no podía ser... "ni él podría sufrirlo!"

...Carlos Alberto, puesto sobre aviso por Malena, había salido al encuentro de Harry:

—¿A dónde va, señor?
—¿Y a usted qué le importa?
—¡Quería advertirle que no puede avanzar!
—¿Qué ocurre?
—Pues... ¿Qué ha de ocurrir?... ¡Nada! Que a mí se me antoja que no dé Vd. ni un paso más... y se lo advierto!

—Yo le voy a demostrar cómo sé agradecer sus advertencias...

Y los dos hombres se trabaron en lucha. Primero, se tomaron a

TUS OJOS

Tus ojos que otrora fulgían cual negros diamantes, como gemas raras que un mago engastara en marfil, se encuentran ahora velados como astros distantes que la lejanía esfuma con su velo sutil.

Otrora tus ojos brillaban cual dos lampadarios; con raras fulgencias de incendio de piedras preciosas, y en ellos, como en piras sagradas, sus funerarios dones de alas quemadas hacían las mariposas.

También yo giraba en torno a tus ojos, deslumbrado, como escarabajo en redor de una luz cegadora, y en ellos, mis alas de insecto, quemé fascinado para ofrendarlas a su belleza dominadora.

Mas, ya no brillan tus ojos con extraños fulgores. Semejan dos gemas enfermas, de luz mortecina. Ahora son dulces tus ojos y tienen palores de brumas lunares que flotan sobre la retina.

¡Es que ahora tú amas! y son tus ojos más bellos que cuando esplendía en ellos tu juventud ardiente irradiando en tus pupilas magníficos destellos! Ahora son más bellos porque sueñas dulcemente.

FRANCISCO COSTA DOLDAN.

Rivaliza en hermosura

con el cardenal



De venta en todas las buenas tiendas.



1. Quite el casquete para alcanzar el Aspirador de Presión. Oprímase éste, sin soltar, y métese la punta en la tinta.
2. Levántese el dedo, y la pluma comenzará a llenarse. Déjesela en la tinta mientras se cuenta hasta 10. No debe sacarse antes de tiempo.

La Parker Duofold Tarda Más en Llenarse
Porque tiene MAYOR capacidad para tinta.

PUEDEN suceder que, personas acostumbradas a llenar de tinta plumas-fuente anticuadas, saquen la Parker Duofold de la tinta antes de tiempo. No lo haga Ud., no sea que esta pluma, que es más grande, beba aire en vez de tinta. Vea, arriba, las instrucciones.

Cuando no esté su pluma en uso mantenga el casquete firmemente adherido, porque el Manguito Doble del Sombrerete Duofold tiene una defensa interior que cierra el cañón o mango herméticamente, e impide derrames. Si sabe Ud. manejarla, la Parker Duofold no le fallará jamás.

THE PARKER PEN COMPANY
Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50.
"Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:
RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Gazzana y Cia., 769 Moreno 775,
Buenos Aires

Parker Duofold
Con la punta que dura 15 años

Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20.
Igual, pero más pequeña. Con la punta que dura 15 años.

qué quiero. Prométeme que vendrás a buscarme.

—Te lo prometo.

Pedro volvió como lo había prometido.

—Anoche tuvo otra hemorragia — dijo Celina. — Pero eso lo ha aliviado. Se ha despertado y sigue diciendo que quiere levantarse. Tal vez se encuentre mejor, y el médico se haya equivocado.

—Sí, tal vez se haya equivocado. Muchas veces sucede así.

Cambió de opinión cuando vio a Blas. ¡Ah, pobre Blas! ¿Cómo es posible que en una sola noche un hombre cambie completamente hasta parecer otro? Las manos, blancas y con los dedos afilados, temblaban y arañaban en el vacío como si quisieran recoger un poco de vida.

El día sería caluroso, pues, a pesar de no haber caminado más que unas cuadras, Pedro estaba transpirado. Sin embargo, Blas tiraba. Celina le alcanzó un pantalón de pana y una tricota. El pobre hombre se calzó sin ayuda.

La mujer trajo el café humeante. Blas humedeció los labios en la taza, y meneó la cabeza:

—No puedo pasar esto. Prefiero un vaso de vino. Será mejor.

Celina fué en busca de una botella, y Blas, haciendo esfuerzos, bebió dos vasos a pequeños sorbos.

—¿Qué cara tengo?

Ninguno de los dos se atrevió a contestar.

Fué a colocarse ante el pequeño espejo. Trató de caminar derecho. Apretaba tanto las mandíbulas, que los dientes le crujieron. Y se dio la respuesta él mismo:

—¿Qué cara tengo? La cara de los que necesitan ataúd. No puedo salir así. Hay que disimular esta palidez. — Tuvo una súbita inspiración. Miró el rojo color del vino, y con sus rugosos dedos se pitontó la cara. Era para que el verlo pensaran: Este no es el que hace rato estaba agonizando. Es otro hombre, y para que no le tuvieran lástima... De pronto se oyó el toque de la sirena de la fábrica: un largo silbato que duró cinco minutos. Con voz casi natural Blas dijo:

—¿Y? ¿Vamos?

—¡Oh! ¡Me olvidé de vendarte! — gritó Celina.

—¿Vendarme? — preguntó con amarga sonrisa. — No. En todo caso, lo que habría que hacer es otra cosa.

Y Pedro, sin saber por qué, sintió que se le anudaba la garganta. El no adivinaba la intención oculta en la payasada de Blas, pero le parecía que era una prueba de valor y de coraje.

—¡Mi buen amigo! ¡Mi buen amigo!

Y le pasó suavemente un brazo alrededor del cuello. Blas estaba tan débil, que se dobló.

—No, así no... Dame el brazo para que me apoye.

Bajaron la escalera. Blas se tomaba de la baranda.

—¿Te sientes mejor? ¿Se te ha ido el dolor?

—No — contestó tranquilamente, como si hablara de otro. — El dolor no se va, de esta echa me muero. Estoy embromado... ¿Has visto el médico?

—Sí — contestó Pedro con un movimiento de cabeza.

—¿Estas seguro de que no dirá nada?

—Estoy seguro.

—Bueno. Júrame tú también que

no dirás nada a nadie, pase lo que pase. ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

No hablaron más. Empezaron el camino que habían recorrido tantas veces. Blas se sentía reconfortado al verse entre la multitud de obreros, que, como él, se dirigían pesadamente a la fábrica. El ruido de sus pasos se confundía en sus oídos con el zumbido de la sangre. Caminaba proponiéndose tener el aspecto de los demás, a pesar de sus entrañas desgarradas y de la herida que había vuelto a abrirse.

Como se quejara en voz baja que las pisadas de sus zapatos en el pavimento irregular le repercutían en el cuerpo, Pedro lo hizo marchar por las aceras de ladrillos, junto a las casas. Y Blas pensaba: "Quisiera detenerme y descansar un rato... Pero no... Después me costaría más trabajo caminar. Falta poco. Ya llegamos". Y seguía, desfalleciente, ansiando hallarse en la fábrica.

El reglamento establecía que los obreros debían hacerse anotar, a

Blas estaba ya ubicado en su puesto; Pedro le dijo:

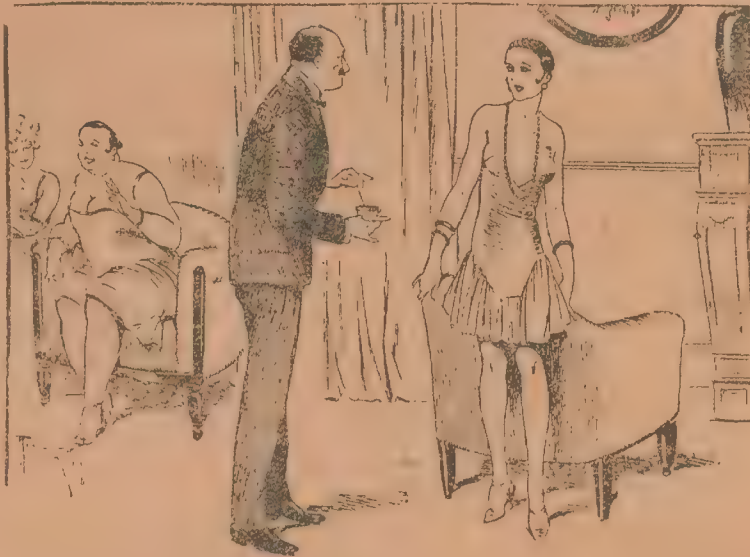
—¡Ahora puedes descansar, si quieres! ¡Basta ya!

—No, Perdería en seguida el valor.

¿El valor de qué? Desde que fué a buscarlo, Pedro temía haber adivinado. Pero no tenía por qué disuadirlo: tal vez su camarada tuviera razón haciendo lo que haría. De vez en cuando los compañeros de la otra máquina les dirigían la palabra, y Blas contestaba con naturalidad, sin dejar de aceitar las piezas. Cuando terminó con la parte de abajo, subió por la escalerilla. En lo alto, cerca del techo, la biela de acero, brillante, giraba alrededor de su manivela. Blas la aceptó tranquilamente y se dispuso a bajar.

—¡Cuidado, Blas! ¡Te has vuelto loco!

A su grito, todos los obreros miraron hacia arriba y vieron que la cabeza de la manivela golpeaba al hombre en el vientre, arrojándolo por la escalerilla. En un segundo,



—Condesa; le voy a regalar otro collar con tantas perlas como primaveras tenga usted.

—No, barón; ese regalo para una jovencita, porque yo ¡soy tan vieja!...

la entrada, en el registro de contaduría. En ese momento convenía evitar sospechas. Los empleados de la contaduría no son compañeros, y por lo general están de parte de los patrones. Blas se irguió, y presentóse resueltamente a la oficina, buscando de reojo la aprobación de Pedro, quien luego le dijo:

—Parecías un soldado.

Y Blas, el desertor, el que no era valiente, sonrió.

Se instalaron ante su máquina: una hilandera anticuada que los hermanos Wauter, dueños de la fábrica, habían pensado reemplazar por otra moderna, para lo cual esperaban épocas mejores. Pedro y Blas no se quejaban, porque para comprender y manejar una máquina nueva se hubiera necesitado una agilidad mental de la que ellos carecían. Blas aceptó las piezas; Pedro, después de examinar el cierre de las válvulas y el ajuste de las tuercas, golpeó las planchas de metal como si las auscultara, y desembragó. El brazo del pistón se movió silenciosamente en su émbolo, y el gigantesco volante comenzó a girar rumorosamente.

Pedro estuvo arrodillado junto a Blas.

—¡Ahora sí — balbució éste. — ¡Ahora el accidente se ha producido en la fábrica, y no en casa! ¡Tú eres testigo! ¡Todos los obreros son testigos.

Su pobre rostro doloroso tenía una expresión de serenidad, casi de triunfo. ¡Tenía derecho al seguro! ¡No era para él, sino para Celina, para las criaturas!

Uno de los hermanos Wauters, avisado, acudió corriendo. — Pedro no dejó hablar a Blas.

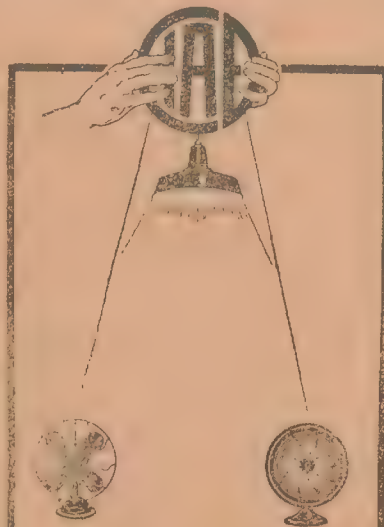
—No había barandilla delante de la biela — dijo.

El dueño comprendió. Esa falta de precaución de los instaladores de la máquina era la única causa del accidente. Había que pagar la indemnización.

Blas lo oyó todo. Cuando lo depositaron en la parihuelas, estrechó las manos al amigo.

—Ya ves que he ganado el seguro de todos modos! — dijo.

Y murió dos días después, estolicamente. ¡Y no era valiente!



Luz, calefacción, ventilación y fuerza motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones.

COMPANIA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 651-659

U. T. 31° Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

¿Para qué sirven las cejas?

Es ésta una pregunta que todos debiéramos saber responder, y, sin embargo, hay muchas personas mayores que lo ignoran. Dos son las razones por las que estamos dotados de cejas. Una de ellas se refiere a la utilidad; la otra, a la belleza. En primer lugar, si no las tuviéramos, las gotas de sudor que se forman en la frente cuando tenemos calor, resbalarían penetrando en los ojos, y esto sería perjudicial, no sólo porque nos cegaría, sino porque el sudor es venenoso, y cosa de la que debemos desprendernos, razón capital para atender a la limpieza del cuerpo.

Debido a su disposición las cejas recogen las gotas de sudor y las desvían, y esto es ya en sí una razón poderosa, pero aun hay otra.

Los ojos son la parte más hermosa e interesante de nuestro rostro, no sólo por su forma, sino porque ellos y los párpados se mueven tan fácilmente, que dan así idea de vida y actividad.

Por eso toda cara es muy diferente cuando tiene los ojos abiertos de cuando están cerrados.

Ahora bien, las cejas, además de ser bellas en sí mismas, tienen la misión especial de llamar la atención sobre los ojos, del mismo modo que nosotros llamamos sobre una palabra importante de un escrito subrayándola.

De aquí que sea una mala costumbre la depilación exagerada de las cejas, pues aunque nuestra inteligencia sea brillante y vigorosa, nuestros ojos no serán suficientemente vivos sin el recurso natural de las cejas.

(Para "FRAY MOCHO")

LA INICIACION SUPREMA...

—¿Qué linda, verdad?

Los labios inocentes de Malena se estremecieron como en un temblor de alas, para dar vuelo a aquellas palabras llenas de infantil candor que le salieron del alr cuando aquel tímido fulgor de la estrella errante se reflejó sobre las aguas quietas del viejo manantial. Harry también emocionado como un niño, hendida el alma toda por el surco de fuego de la primera lava del deseo, con voz desfalleciente, balbució:

—A mí me pareció un antojo...

—Y a mí... una pena!

Graciosamente cogidos de la mano, se acercaron aún más al manantial. Junto a él, Harry murmuró, acompañando el suspirar de las palabras con simpático misterio:

—Escucha...

Malena, por completo ajena al dulce engaño, con vivacidad y al tiempo que procuraba explorar con su mirada inquieta en las aguas del pozo, exclamó a su vez:

—¿Qué veis ahora?...

Harry aprovechó aquel inocente abandono para besarla, en una fuga sublime y casta de sus labios tímidos, junto a los ojos de la amada.

—Pues... yo sostengo que es un antojo. Y tú, ¿qué dices, Malena?

Conturbada con palidez en el semblante; jadeante el pecho, como en un aleteo de ansiedad, después de una larga pausa y como quien saliese de un desvanecimiento:

—Y yo, que es una pena... Harry; que es una pena!...

EN LA DULCE SENDA...

Todas las noches Harry y Malena se veían en los fondos de la quinta. Muchos besos habían sucedido a aquel de "la noche inmortal". Pero ninguno para Malena como aquel de "la noche inmortal". Pero ninguno para Malena como aquel sublime que iniciara el misterio de los ofrecimientos íntimos... aquel que hubo de ser estremecido por el temblor sagrado, por el inefable desfallecimiento de las almas en contacto y de los cuerpos que entran al goce supremo de la vida candorosamente sorprendidos de encontrarse por primera vez tan cerca uno del otro... tan desconocidos y distintos en la embriaguez ansiosa del querer.

Ellos recordaron siempre a aquel beso. Lo llamaban, con ternura, "El beso de la estrella"... Pues Harry recién se había atrevido a "aquello", cuando con los ojos atentos y mientras contaban círculos en el agua verdinegra del pozo, los sorprendió el pasaje furtivo de una estrella... de una de esas estrellas que algunos dan en suponer almas que van al cielo, y otros, corazonas en pena...

"LA VIEJECITA DE PIEDRA"

... Secretamente, aquel viejo dolor que no podía revelar a nadie la iba consumiendo, con una lentitud torturante que estiraba sus días, henchidos de congoja.

Había, así, adquirido un temperamento fosco y sombrío, esquivo a la correspondencia.

Los vecinos más antiguos, descubriendo en la augusta matrona el sello de la antigua dignidad perdida, con esa admiración de los súbditos fieles y piadosos que siguen

El beso de la estrella

Por Francisco A. Pagano

besando reverentes las manos del monarca destronado, la llamaban, respetuosos, llenos de admiración, con solemnidad: "La viejecita de piedra".

Su propio Harry jamás había podido remover el misterio dormido sobre la fuente cegada de su ternura... De la madre sólo había recogido Harry el culto severo de la propia dignificación, el senti-

bía existir en la dicha de ser besado con ternura! Cuántas veces sus ojos de niño vieron, con lágrima, cómo otras madres besaban a sus hijos al despedirlos junto al cancel multicolor del patio de la escuela... Si entonces un algo misterioso no le hubiera ahogado el corazón, cómo habría él gritado, echándole sus brazos al cuello: "¡Madre, dame un beso!"...



miento bravo del honor, de la virtud clarificada por el valor y la pujanza...

Siempre había notado aquella falta de un verdadero regazo materno. Cuántas veces, siendo niño, se había quedado largas horas imaginando qué sabor de cosa celeste de-

TREINTA AÑOS ANTES. — EL PASADO DE "LA VIEJECITA DE PIEDRA"

Fueron cinco años de insufrible desesperación. El hogar, convertido en "un infierno"... Su esposo, amargado por los celos. Ella, mar-

GOLONDRINA

Yo no sé por qué aguda quiromancia, en la leda dulcedumbre que al margen de mi espíritu flota como un chorro de luna la fragancia borbota que en tus fibras ensaya sus grilletes de seda.

Es un vaho sidereo de Ilusión, que remeda la pristina metáfora que el Ensueño denota, cuando al beso de plata de una cítara brota y al rosal pudibundo de las almas se enreda!

Y entretanto que el verso tiende el haz de sus tules — como un palio de espigas — en mis horas azules, tal la flor dieciochesca de un romance español,

ese aroma de gracia con que alumbras mis cimas, sinfoniza en las rosas, parpadea en las rimas, fosforesce en el agua y embalsama en el Sol!...

MIGUEL DE ARZUBIAGA.

tirizada por el fuego lento del reproche eternamente repetido y del agravio siempre renovado.

Había soñado en un divorcio. En cierta ocasión llegó hasta a concurrir al estudio de un abogado, para plantear los fundamentos de la demanda... Pero luego, cuando volvió a su hogar, se sintió avergonzada, como si hubiera cometido una falta gravísima. Sintió, en la flaqueza de su corazón, en medio de sus angustiosos desfallecimientos, que jamás podría liberarse de aquel hombre que llenaba de sufrimientos los instantes de su vida...

A la sombra de aquel suplicio creció su hijo Romualdo. Rubio y diáfano, puro y hermoso, tierno y maravilloso como un sueño de ángel...

ROMUALDO. — EL PRIMOGENITO DE LA Sra. RITCHMOND

Ella había querido ponerle aquel nombre... Que no era ni el de su esposo ni el de ninguno de sus allegados. Existía "una razón secreta" para ello... Romualdo había sido "el primer novio" de su juventud encendida y romántica.

Aquella incidencia del nombre con que se debía bautizar al primogénito había ocurrido en una época en que aun no existían más que halagos dentro del hogar dichoso... Por eso la idea marchó sin encontrar observación alguna en el marido...

¿Cómo nació la duda? ¿Cómo había empezado aquella existencia de martirio?

Fué a raíz de un hecho "trivial"... Durante un baile que se realizaba en la residencia del cónsul de México, al final de un minuto halláronse reunidos y en amable "causerie" varios periodistas amigos de su esposo y Rubbard, el "prohombre de la banca". Alguien presentó a los esposos Ritchmond y éstos se incorporaron al grupo. Poco después empezaron los comentarios acerca del matrimonio, sus ventajas y sus inconvenientes... Su esposo era uno de los que, con más calor, había tomado el partido de los que defendían aquella institución. Más tarde, el tema derivó... Y terminó con una clamorosa felicitación a los esposos Ritchmond, "que habían sido capaces de "legar un ejemplar tan magnífico de la especie". Parecía que la conversación iba a terminar allí... Cuando — ¡oh maldición y destino funesto de las copas triviales! — a Rubbard se le ocurre observar: "Que Romualdo no tenía el más remoto parecido con ninguno de los esposos Ritchmond". Todos asintieron a la observación de Rubbard.

Aquel mismo día, apenas llegaron al hogar, Ritchmond, encerrándose en su escritorio, se mostró fosco, frío, impenetrable y sombrío...

CUANDO EL AMOR PERECE...

Siempre quedaba en pie el fantasma sobre el horizonte de Niels Ritchmond: "¿Beatriz había sido infiel?" "¿Su esposa era una mujer adúltera?" "¿Quién era él?"... "¿Y allí, en su propio hogar, debía guardar la prueba del delito, aquel hijo que..."

No podía existir mayor tormento. Además, en los círculos sociales el repentino cambio de carácter operado en Niels Ritchmond había levantado sospechas... Se le trataba con "reservas"...

¿Qué sería?... ¿Qué misterio

"¡Muchas gracias, señor Ceretill!". Tal la espontánea exclamación, y en la madrugada del día 22 el regimiento se internó por la Quebrada de La Pampa, rumbo hacia el Agua de la Cerraja.

El sendero se repliega a manera de un extraño laberinto, produciendo en el ánimo la inquietud de no llegar jamás a La Pampa, desde cuyo costado izquierdo el Cerro de la Chimenea preside la majestuosa desolación de la quebrada.

El camino comienza gradualmente a extenderse a ambos costados de la serranía, y de pronto desembocamos, sorprendidos, en la Pampa de Casa de Piedra, magnífico terreno para campo de aterrizaje y desde cuya entrada se domina al suroeste el Cerro Pelado (3000 metros de altura sobre el nivel del mar), coloso de la precordillera y que se yergue, dominando los Morados, el Cordón del Carnerito y el Agua de la Pampa.

En la parte este emerge en la lejanía el Cerro del Diablo y en el centro el Mojón de Trigo, límite natural de la Pampa con los Rastrillos.

No falta en el transcurso de la marcha ni la broma sencilla ni la canción picaresca ni la juvenil y sana risotada, indicios seguros de un excelente estado de ánimo, que se manifiesta en diálogos como éste:

—La segunda compañía — pregunta el comandante.

—¡De acero! — contestan los soldados, y un oficial sigue:

—¿Qué son estos cerros?

—Lomitas.

—¿Qué es la gran marcha a Uspallata?

—¡Marchita!

En esa forma avanza el regimiento al alto de los Manantiales, lugar desde donde se domina uno de los paisajes más estupendos que ofrece al viajero la Cordillera. Gritos de admiración saludaron al soberbio Aconcagua, "ese enorme picacho que parece un gigante petrificado en el instante en que se contraía o agazapaba para saltar hacia el dominio del sol" y que, envuelto en nieves eternas, presta abrigo tutelar al Cerro del Plata y preside el Cordón de Bonilla y el Cerro de los Coliguayes, junto al cual los cóndores, aves simbólicas de nuestra heráldica criolla, despliegan amplios círculos y finalmente emprenden rauda vuelo hacia el infinito.

Comienza de nuevo el descenso hasta la Quebrada de los Manantiales, en cuya extremidad oeste se halla el Corral — "donde se juntaban todas las haciendas en las recogidas del tiempo viejo" — según la afirmación de don Basilio Aguilera, baqueano del Destacamento de Montaña "Cuyo" y genuino representante de la sufrida raza que se extingue.

Poco después la sed obliga a los conscriptos a caminar rápidamente hasta el agua de Cardozo, lugar indicado para descansar por don Basilio, que filosóficamente — cual otro viejo Vizcacha — dice al jefe del primer batallón: "Vamos despacio, mi mayor, que tenemos apuro en llegar".

Una tropilla de mulas que se abreva en la Aguada aléjase velozmente por la Quebrada del Potrerito, espantadas por la llegada de los soldados que, junto a la represa, vanse acomodando despaciosamente.

Poco después, a las 14 horas, se reanuda la marcha, y luego de ascender la Cuesta del Portezuelo,

que nítidamente se divisa del Agua de Cardozo, las tropas descienden al Agua de la Cerraja, que corre entre un lecho de lujuriosos berros.

Esa noche en el vivac el viento arreció contra las carpas, y alrededor de las fogatas enormes los soldados, en círculo, calentábanse, mientras corría el mate, que permitía escuchar más atentamente las

marcha rápidamente, y pronto deja a sus espaldas la Quebrada de la Carniada y el Alto de los Molinos. A esta altura de la marcha, el jefe del segundo batallón pasa a galope tendido hacia la angostura de Bonilla, para internarse por la Quebrada de las Herraduras y reconocer la Mina de Amianto.

Una que otra tropilla de guana-



—La trucha que se están ustedes comiendo estaba aun esta mañana en el río.
—¡Qué cosa más curiosa! ¡Pescar la trucha ya en lata!

narraciones pintorescas que calmamente refería un suboficial.

Casi nadie durmió, y en la madrugada del 23 de octubre, a la hora de prima el regimiento emprendió la marcha duramente hostigado por un temporal de escarchilla que amenazaba convertirse en seria nevada.

En plena quebrada de Bonilla los descansos son escasos; la tropa

cos huye de la ciénaga hacia el alto.

Pasado el Portezuelo de Bonilla y después de un par de largas horas de marcha por el Herial, a eso del medio día, cuando el cielo brillaba como un gran mosaico dorado y el vuelo tranquilo de los caranchos cerníase sobre las cumbres, la columna avistó, surgiendo de un recodo del camino, la plazoleta natu-

LA CABALGATA

¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Corre, vuela hermana!
Tira lo que tengas y ven a la ventana,
que llega cruzando el camino polvoriento
rompiendo el silencio con voces de contento
la alegre cabalgata. Corre hermana, aprisa,
corre... que entre nubes de polvo se divisa
cada vez más cerca. Relincho de corceles
se junta al alegre ladrar de los lebreles...
Ven hermana que ha de llegar el caballero
por quien he dado todo! Por quien desespero...
Si quieres conocerlo, aprisa, corre hermana,
tira lo que tengas y ven a la ventana!
La alegre cabalgata se acerca... se allega...
busca al más puesto que el júbilo me ciega,
y será él. Al verme asomada a la ventana
me arrojará una flor, me dirá: "Hasta mañana
mi bella princesita..." Ya llega... ya pasa...
¡Oh! No mira... con él va una dama... la abraza...
la besa en la mano como a mí me ha besado
y con ella se aleja feliz a su lado...

¡A mí todos vengan! ¡Atajen! ¡Al ladrón!
¡Ese hombre que huye me ha robado el corazón!

SOFÍA ESPÍNDOLA.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

ral que forman al unirse las sendas de Canota y de Bonilla.

Tras corto descanso, la hueste se ponía en marcha; chispeaban los instrumentos de la banda, resplandecían las marmitas fuertemente ligadas a las mochilas y el asta de la bandera coruscaba al sol.

Siguiendo la quebrada apareció, como al encuentro, el Cerro de las Tierras Blancas, y de allí a poco el regimiento avistó la larga mancha verde de los alfalfares y arboledas de Uspallata, sobre la cual se erguía, en un macizo rojo, verd y azul, la cúspide nevada de las Chacayes, dominando el contrafuerte de los Ranchillos y Boleadoras.

"Allí mismo, cerquita", como había dicho el baqueano, estaba el valle predilecto, la tierra bien querida de los Incas, hasta donde el camino estupendo y su civilización maravillosa habían llegado.

"Y la leyenda que dicen viaja de montaña en montaña y va dejando entre las gentes asombradas la emoción de los prodigios incomprensibles", veloz corriase entre las filas de los fuertes conscriptos, y despertó en sus cerebros calurientos el recuerdo de las gestas heroicas de las luchas casi homéricas de aquellos granaderos de San Martín, que en una tarde quizás tan serena, tan suavemente perfumada como ésta, bajaron la quebrada, y ya junto a las Bóvedas emprendieron el galope corto en sus caballitos de batalla, rumbo hacia la cuesta de Chacabuco.

Prevenido de la llegada del regimiento, el comandante del Destacamento de Montaña "Cuyo" acompañado del señor barón von Maltzahn y de su señorita hija Nika — gentil amazona cordillerana — esperaban la columna, que al son de las marchas triunfales desfiló marcialmente a paso de compás por la calle de los Sauces, en dirección al vivac de los Alamos, que a la distancia parecía una gigantesca esmeralda, reflejando sus enormes facetas en el agua tranquila del arroyo.

Campamento de Uspallata, Octubre de 1924.

ASTUCIA

(Del libro de cuentos y charlas de teatro, "Los Príncipes Azules", próximo a aparecer)

Llegaron en plena luna de miel a París, y París los absorbía en su torbellino loco de placeres fáciles. La colonia sudamericana, famosa en los cafetines del suburbio, después de un puchero a la criolla cenado a las doce de la noche o a la una de la mañana, luego del teatro, se complacía en organizar fiestas monstruosas por su lujo, verdaderas orgías en salones a media luz, en la clásica iluminación de los salones franceses, propicios al amor...

Stella estaba enamorada de su marido. Roberto estaba enamorado de su mujer.

¡Pero es tan fácil en París caer en los brazos de la tentación!

—Las francesas — decía Stella — son preciosas a los dieciocho años; pero a los veinticinco están completamente "fané". ¿Verdad?

Su marido asentía, aunque interiormente pensaba que una francesa estaba bien siempre cuando era guapa...

Roberto no dejaba de ir a su pisito una sola noche. Pero sucedió que "una" de las muchas que pasó en París cenó con unos amigos argentinos y luego de la cena fué arrastrado a un cabaret, y en el cabaret tuvo por compañera a una deliciosa "midinette" y... que llegó la mañana del día siguiente sin que aportara por su hogar.

—Como es la primera vez — se dijo aturrido — puede ser que Stella, que tiene el sueño tan pesado, no me haya echado de menos.

Pero se fué un poco tembloroso por los efectos del champagne y del descontento que su conducta le producía.

Stella había despedido a su marido con un largo beso, y sin ganas de cenar, tomó té, eligió un libro de moda y se echó sobre el sofá. Tenía sueño. No lo podía remediar. Era como una criatura sana, plétorica de vida: necesitaba dormir mucho.

—María — ordenó a su camarera — desvísteme.

Ya en la cama, intentó nuevamente la lectura de la novela. Pero viendo que no podría permanecer más con los ojos abiertos, tiró el libro sobre una mesa cercana al lecho. Dió vuelta al interruptor de la luz y la habitación quedó a oscuras. Durmió profundamente. Y durante muchas horas sólo se oyó el acompasado ruido de su respiración vigorosa y tranquila. Pasaron las horas. Stella soñaba con algo muy gracioso, puesto que reía. Pero de pronto, al hacer un brusco movimiento en la cama, extendió el brazo, tanteando instintivamente el lugar de su marido en el lecho. Instantáneamente despertó. Encendió la luz. Las manecillas del reloj marcaban las seis de la mañana. Tiró las mantas y saltó del lecho, poniéndose el peinador. Se arrebujó en un sillón y esperó.

—Ahora te curo yo — pensó. — Esta será la última vez que me dejes pasar una noche sola...

En efecto, apenas transcurridos veinte minutos cuando llegó, en puntillas, Roberto.

—¡Pero...! ¿Por qué me has esperado levantada?

Stella no contestó. Se levantó de su asiento y lo miró fijamente. Su marido turbóse más.

—¿Has pasado toda la noche levantada, esperándome?

Stella hizo una señal afirmativa con la cabeza y con una precisión de actriz echóse a llorar perdidamente. Ni un reproche ni una escena de celos, nada. Las lágrimas deshacían el corazón del pobre Roberto, que no atinaba ni a sacarse el perramus. Sabiamente, Stella lloraba, sacudido el cuerpo juvenil y elegante por desgarradores sollozos.

—He sido un idiota... ¡Perdóname, vidita, y no llores más! Te juro que me arrastraron los amigos. Fué un compromiso ineludible... ¡No llores, Stella, por favor, que me partes el alma...!

Se arrodilló a su lado, besándole las manos amorosamente.

—¡Pobrecita mía, esperándome toda la noche! Estás helada, ven a acostarte... pero perdóname, dime que me perdonas...!

—¡Já... já... já... járame... que... no me harás... sufrir más...

—Mira, por mi vida te lo juro...

Y tomando más valor le besó la cara bañada en lágrimas.

—Pero estás helada... Tienes que acostarte en seguida...

Cast en vilo la transportó a la cama, arrebujándola cuidadosamente, como a un niño, mientras iba depositando besos mímosos en sus cabellos...

Y fué así como aquella vez, en París, Stella durmió veinte horas en vez de diez. Y cómo Roberto, convencido del sacrificio que su mujercita había representado aquella noche en vela, esperándolo y luego, perdonándolo, no tuvo más aventuras... por la noche.

Silvia GUERRICO.

TRIPTICO AMOROSO

Para cantar a la reja

Tu cuerpo es un tratado de perfecciones, tu voz es la armonía de los amores y tanta luz irradian tus ojos bellos que creo que el Sol mismo son sus reflejos. Pero el hechizo grande de tu persona no reside en tu cuerpo, cuerpo de diosa, ni en tu voz que acaricia más que los besos, ni siquiera en la seda de tus cabellos. Reside en tu mirada, en tus dos ojos, que son de lo existente... ¡lo más hermoso!

Para tarjeta postal

Sin duda alguna no seré el primero que al verla tan gentil, tan atrayente, le diga en verso lo que los espejos le deben haber dicho muchas veces. Pero ¿quién se resiste a tal encanto? Sólo un ciego y el que nunca la haya visto, los demás, los que vemos y miramos, si no somos espejos, ni sentimos... Verla a usted y no amarla, señorita, sólo podrán hacerlo los espejos. Pero yo que no siento como sienten le digo, señorita, solamente el azogue, el cristal y los extintos amarla no podrá quien no la ha visto.

Para el abanico

Decirte que te quiero es decir poco, decirte que te adoro... no es bastante, decir que te idolatro, insuficiente. ¿Cómo decirte pues lo que yo noto que me inspira tu gracia fascinante, tu hermosura y belleza omnipotente?

No mires a lo escrito, que lo escrito no expresa siempre bien el sentimiento; fíjate en otra prueba más fehaciente: mírame de soslayo, de hito en hito, de frente, de perfil, sin cumplimento, como mira el fiscal al delincuente. Y si de lo que observes no indujeras que me hallo locamente enamorado, o loco, que es igual o hace sus veces, aplícame la pena que tú quieras, erígete en verdugo despiadado, que el que miente en amor ¡miente con creces!

JOSÉ PAVIA R. — JAEN.

EL JUEZ

Decid cuanto os plazca, que yo sé mejor que nadie las faltas de mi niño. Yo no lo quiero porque sea bueno: lo quiero porque es hijito mío. ¿Y cómo habéis de saber vosotros lo que él vale? ¡Si pesáramos sus méritos con sus faltas! — Cuando yo le castigo, es más mío que nunca. Cuando le hago llorar, mi corazón llora con él. Sólo yo tengo el derecho de culparle y de reñirle; porque solamente el que ama puede castigar.

RABINDRANATH TAGORE.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Regalos de boda.

Las "corbelleas" que otras veces se usaban, consistentes en canastillos o cofrecitos preciosos con los encajes, joyas, telas y otros objetos de valor, no se estilán ya, y las personas interesadas sólo se concretan a comprar los regalos, encargando en el comercio que los lleven a la casa de la joven a quien se destinan.

Sobre este punto hay dos cosas que deben tenerse en cuenta: primera, dirigirse siempre a casas acreditadas y de lujo, y segunda, enterarse de los gustos y deseos de la novia. Suele ocurrir muchas veces que el novio no se fije bien en esto último y sigue la inspiración de las personas de su familia, con lo cual impone el gusto de éstas a la joven prometida.

La clase de los regalos que deben hacerse, depende de la fortuna y de la generosidad de cada donante. Como los más indicados, figuran en primer término las joyas, entre las que pueden elegirse pendientes, sortijas, brazaletes, collares, broches, etc. Después vienen los artículos que forman parte del atavío personal, como abanicos, bolsas, carteras, frascos de sales, bomboneras, espejos de bolsillo, etc. En seguida tienen la preferencia las pieles, que es más acertado regalar en piezas, para que la joven les pueda dar la forma que quiera, de acuerdo con las imposiciones de la moda; ya sean pelerinas, manguitos o boas. A continuación entran las telas, los encajes y los objetos de casa en general. En cuanto a la novia, es de buen gusto que regale un recuerdo a su prometido, obsequiándole con una botonadura, un medallón para la cadena del reloj, una moneda antigua, o bien un bibelot de arte, bronce, armas o libras.

Es regla elemental de cortesía que la futura esposa acepte con agrado todo lo que se le envíe, hasta los objetos que no le gusten, y si se le deja la facultad de cambiar algunos regalos no la acepte o lo haga con sumo tacto y delicadeza para no desagradar al donante del objeto desechado. En este caso tiene que alegar una razón muy fundada para que no se sospeche que no está satisfecha del obsequio o que no es de su gusto, extremos que nunca deben traslucirse.

Asimismo, todo el que regala debe esforzarse por conocer las preferencias de la novia, a fin de te-

ner el delicado acierto de satisfacerlas; pero como casi siempre se desea causar una sorpresa, resulta que por lograr este propósito, se sacrifica la satisfacción de la destinataria a la propia.

Es innecesario recomendar que

pone doscientos pesos, no se debe pensar en una cosa que haya de valer el doble para que resulte aceptable.

Hay muchas personas que, regidas por un criterio demasiado práctico y utilitario, consideran lo más

dos de materialismo, nunca pueden ofrecer la espiritualidad de un presente delicado.

Los regalos de boda se envían lo menos quince días antes de la realización del matrimonio, a fin de que la novia pueda formar la exposición de los objetos recibidos. Sin embargo, no es de aconsejar esta exhibición porque ella impone sacrificios a los donantes, y además, suele despertar celos y rivalidades entre los miembros de una misma familia.

Cuando se dispone de gran casa, se destina uno de los salones a esta exposición; pero si es modesta la habitación, se realiza en el gabinete o en uno de los ángulos del salón. En este caso, se colocan sobre una mesa todos los objetos de pequeñas dimensiones, y los voluminosos, como muebles, trajes, etc., se agrupan con arte cerca de ella. La tarjeta del donador se coloca siempre sobre el regalo.

También suele exponerse casi siempre la canastilla o "trousseau", pero esto se asemeja mucho a un alarde de orgullo y vanidad. Se considera natural que la novia abra sus armarios para que sus amigas vean la ropa que sus padres le dan; pero no debe mostrar a los ojos de los extraños los misterios de las prendas de uso interior, porque sería violar los sentimientos del pudor.

Respecto a las piezas de que ha de componerse el "trousseau", no puede darse una norma fija, por cuanto, como es natural, depende de los medios de que se disponga; pero teniendo en cuenta que las modas cambian continuamente, es de recomendar, no sea muy numeroso, ya que a ninguna elegante gusta que su ropa le quede antigua.

Las telas de mucha duración y los adornos prácticos son pesados y poco artísticos; en cambio, los vaporosos y delicados duran poco; de aquí que no se pueda aconsejar nada, pues mientras unas preferirán lo útil, otras gustarán de lo bello.

Para marcar la ropa existen varios sistemas: unas veces se entrelazan las iniciales de los apellidos de los dos futuros; otras la del nombre de la joven con la del apellido del esposo, pero, para evitar confusiones, lo más general es adoptar como marca, una sola inicial que es, casi siempre, la del nombre de la esposa.

PENSAMIENTOS

El carácter grande y cruel de las pasiones consiste en que su movimiento lo imprimen toda la vida y su felicidad muy breves instantes. — MAD. DE STAEL.

Se suele decir que el amor no mira sino a la posesión, y que con ésta concluye, y no se distingue entre la pasión y el amor. La pasión es la que se mata con la posesión, pero el amor comienza con ésta y persevera. Se debiera decir, hablando de los amantes: "Se agradan"; y hablando de los cónyuges: "Se aman". — TARCHETTI.

La dicha depende más de los afectos que de los sucesos. — MADAME ROLLAND.

La duda en el amor concluye por hacer dudar de todo. — AMIEL.

El amor ciego menos que la vanidad. El amor tiene claros de buen sentido; la vanidad, no. — CLEMENTE VAUTEL.

En amar sin ser amado hay un encanto melancólico y profundo. Es bello recordar a los que nos olvidan. — TEÓFILO GAUTIER.

Cuanto hay de verdaderamente indispensable en la conducta de la vida, nos ha sido enseñado por las mujeres: las menudas reglas de la cortesía, esos gestos que nos abren la cordialidad o la deferencia del prójimo, esas palabras que hacen bienvenir, caer bien, esas actitudes variadas, toda la estrategia social. Es escuchando a las mujeres como se aprende a hablar a los hombres, a insinuarse en su voluntad, pues sólo quien sabe, agradar, puede enseñar a agradar. — REMY DE GOURMONT.

Más quiero que las vírgenes pequen de silenciosas que no de habladoras. — SAN AMBROSIO.

La casa depende en tan directa manera de la mujer, que casi se puede asegurar que la felicidad o la desdicha de la casa son obra de la mujer. — SMILES.

El marido debe sacrificar sus placeres y afectos a su mujer, en recompensa de los sacrificios que ella le hace; así como debe ser agradable a la mujer someterse a aquel que ama. — ORFEO.

deben preferirse las cosas útiles como la plata, artículos de mesa, objetos de adorno, "bibelots" de arte, etc.

El que regale necesita inspirarse en la idea de no buscar un objeto de valor superior a lo que desea gastar. Por ejemplo: si se dis-

acertado regalar dinero efectivo, enviando un cheque contra un Banco por determinada cantidad. Este procedimiento encaja perfectamente en una colecta de beneficencia, pero tratándose de una boda, resulta de evidente mal gusto, por cuanto un puñado de billetes, impregna-

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 123, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 6.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 11.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	N.º atrasado. 50 "

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo \$ 12.—	3.70
" " " chico.	" " 8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande.	" " 9.—	2.—
" " " chico.	" " 6.—	1.50

MISTERIO

No sé si la muerte de Cosme Mañío, el espiritista, o los crímenes que apasionan hoy al público, ha hecho venir a mi memoria otra época, en que el crimen de Farbos los acontecimientos que hoy contenía los ánimos perturbados como mueven todas las clases sociales; sea lo que sea, éste es un episodio verídico, que algunos de mis lectores recordarán y que pasó hace alrededor de treinta y cinco años.

Para el embellecimiento de la Capital Federal y actuando en aquel tiempo el inolvidable intendente Alvear, se resolvió la prolongación del adoquinado.

Tenía el doctor E. Rojas unas sierras de granito en Tandil y decidió, uniéndose a un socio entendido, explotarlas, ofreciéndolas al gobierno. Inmediatamente de firmado el contrato, los solitarios y silenciosos campos tandileros se plagaron de trabajadores, y entre los cantos y bullicios naturales se mezclaba el estampido de la dinamita que estallaba en el corazón de las inmensas moles pétreas.

Para completar el número de capataces, un muchacho Ríos, muy honrado y práctico, presentó a los socios a un napolitano llamado José Tanucio, el cual, aunque no había dejado un buen concepto en su patrón anterior, el doctor Rojas, que tenía un carácter conciliador y bondadoso, y sabiendo que convenía allí un hombre entendido en la materia, lo tomó, exhortándolo a llevar una conducta que lo hiciera acreedor a la consideración de patrones y compañeros.

El individuo quedó encantado y agradecido a la confianza que se le demostraba, y resuelto a cumplir como el mejor. Pero estos buenos propósitos no se realizaron, pues sea por las rivalidades de los compañeros, sea por la petulancia napolitana del individuo aquel, muchas veces se produjeron disputas, que se habrían convertidos en escenas deplorables si no hubiera intervenido el doctor Rojas, conciliando y arreglando todo a satisfacción de los contrincantes.

Así pasaron dos años, pero viendo que este hombre no era querido, sin más causa que por rivalidades, pues era honrado y no tonto, le propuso el doctor llevarlo a la capital, para ponerlo al frente de las cobranzas, con un tanto por ciento de las ganancias.

Aceptó, encantado, no sabiendo cómo agradecer las bondades de su patrón.

Cuando la familia de éste se fué al campo el doctor lo llevó a su casa de la capital, dándole pieza y un pequeño sueldo, y dejándolo como casero.

Al cerrar la parte interior de la casa, Tanucio pidió al doctor le dejara en su poder un espléndido reloj de bronce, que estaba sobre la estufa del comedor y cuya campana no sonaba hacía varios años, a pesar de haber tratado de arreglarla, inútilmente, entendidos relojeros.

Como era un excelente mecánico, a fuerza de constancia consiguió su desecho, y un día empezó a sonar con timbre suave y argentino. Todos quedaron admirados de su habilidad, y desde entonces se le llamó a esta máquina "El reloj de Tanucio".

Al poco tiempo de llegar la familia del campo empezaron a notar al italiano muy raro. De pronto desapareció por completo de la casa, y según los sirvientes parecía que alguna influencia femenina había

ablandado o quebrado aquel "bloque de granito".

Renunció a su empleo, y poco a poco se fué borrando su recuerdo en el hogar de la familia de Rojas, salvo cuando sonaba la campana del reloj.

Se prohibió a los sirvientes traer chismes de él, pues según los domésticos estaba el napolitano "fulo" contra su ex patrón y hablaba mal

turalaza, pues sólo así puede explicarse cómo se salvó de pagar dicha cuenta. Anotaba en un libro las entradas y salidas con todo detalle. Fui yo el encargado de llevar los libros al juez, pues el doctor no quiso ver a aquel hombre a quien había hecho tanto bien y le pagaba de aquel modo. ¡Debía estar loco! Nunca se explicó la infamia de este individuo

EL HUASCAR

(La estancia de mis abuelos)

Vieja estancia, tan querida, que fundaron mis abuelos
Frente al indio y al desierto como un faro frente al mar,
Con el alma saturada de nostalgias y recuerdos
He venido desde lejos a cantar ante tu umbral.

He venido desde lejos con el íntimo designio
De admirar tu arquitectura y el poema de tu paz,
Vieja estancia silenciosa, que conservas en tus muros
Invisible la reliquia de la llama familiar.

¡Oh el recuerdo que dormita en las teclas amarillas
De aquel piano de la sala que ha ya mucho nadie abrió!
De aquel piano que llenaba de doradas armonías
El silencio de los campos en la paz de la oración.

Y los árboles plantados en el monte, por la mano
de aquel viejo jardinero... "Viejo Antonio", vasco fiel
Que a cada hijo de los amos que nacía plantó un árbol:
Una esbelta casuarina, un nogal o algún ciprés...

... Ya no están más los abuelos que fundaron aquel feudo...
Y de un solo golpe de ala tras de ellos voló ya
La adorable princesita de los ojos color cielo,
De cabellos de oro viejo y blancas manos de azahar.

Ya no están... Se fueron todos a la azul morada etérea
A los astros luminosos, y ya nunca volverán...
Pero un algo indefinido queda de ellos en tus muros
Y eres templo del recuerdo de la historia familiar.

Y los nietos de los fuertes paladines que te alzaron
En las pampas infinitas como un símbolo de luz,
Al entrar en tu edificio solitario sentiremos
Que un efluvioluminoso nos eleva hasta el azul...!

... Al caer sobre los campos el crepúsculo silente
Te he dejado, vieja estancia... Y un postrer rayo de sol
Que bronceó tus techos grises de pizarra, parecía
Entre la arboleda obscura, un sentido y largo adiós...

Maria Enriqueta BETNAZA.

del hombre que tanto bien le hiciera, a pesar de todo.

Un día recibió el doctor Rojas una carta de Tanucio, reclamándole sueldos atrasados, por el cuidado de la casa, etc., etc., cuenta que subía a grandes proporciones. Ante este acto de locura, el doctor no contestó, pero a los pocos días recibió la citación de un juez de paz, por cobro de dinero.

Rojas era muy ordenado por na-

Pasó largo tiempo y su recuerdo se borró de la casa.

Una noche después de una comida de familia, cuando se retiraron todos los parientes, quedábamos en el comedor, el doctor A., enamorado de la sobrina de Rojas, ésta, los dueños de casa y yo. Con el sombrero en la mano, parado y en actitud de despedirse, A. no se resolvía a hacerlo cuando de pronto la campana del reloj dió la una; esto

no lo inmutó, pero de pronto, "tin" sonó otra vez.

— "Sí, ya te he oído que es la una; ya me voy" — dijo el enamorado, pero antes de concluir, "tin" vuelve a tocar la campana, "tin... tin". Al principio causó risa, pero el "tin, tin, tin" quejumbroso, largo y moribundo siguió sonando. ¿Dió quince, dió veinte campanadas? No lo supimos, pero mi amigo Rojas, "el tranquilo", con una nerviosidad desconocida en él, saltó sobre el reloj y lo hizo trizas. ¿Influyó algo la nerviosidad de esos días memorables de que hablé al principio?...

Si nadie había tocado el reloj, ¿qué pudo producir ese desequilibrio tan raro en su mecanismo?

Serían las nueve de la mañana del día siguiente, cuando una sirvienta, agitada y nerviosa, despertó al doctor Rojas.

— Señor: está ahí Ríos, que desea hablarlo en seguida.

Salta de la cama con una precipitación que a él mismo le sorprende y corre a su escritorio.

— ¿Qué hay, qué le pasa?

— Señor, es para comunicarle que ayer ha muerto Tanucio.

— ¡Desgraciado! ¿y de qué murió?

— Hace tiempo que parecía loco, y viera, doctor, qué agonía desesperada tuvo, pidiéndole a usted perdón por las infamias con que correspondió a sus bondades y me hizo jurarle que temprano vendría a traerle a usted su arrepentimiento y a pedirle lo perdona porque estaba loco.

— ¡Infeliz! Yo ya lo había olvidado. ¿Y cuándo dice que murió?

— Anoche, a la una de la mañana.

— ¿Qué dice, Ríos, qué dice!

— Sí, doctor, entre una y una y cuarto.

— ¡Qué misterio!... ¡Qué misterio! ¡La campana!

Tanucio se había despedido de su bienhechor...

Miss ROVEL.

¿Por qué palidecemos?

La piel del rostro posee algún color propio, pero la mayor parte del que ostenta lo debe a la sangre que circula debajo de ella, sangre que no emite luz de ningún color, sino que refleja y hace llegar a nuestra vista los rayos rojos de la luz que la ilumina.

El corazón, al latir, envía torrentes de sangre a la piel de nuestro rostro. Ahora bien: cuando una persona se asusta, los nervios que van del cerebro al corazón paralizan casi por completo los latidos de éste, de suerte que apenas manda sangre alguna a la piel de nuestro rostro, el cual adquiere entonces la palidez natural de una piel casi exangüe.

Cualquier cosa que paralice los latidos del corazón producirá el mismo efecto que produce el miedo: una atmósfera mal sana, por ejemplo, que haga que alguien se desmaye.

Cuando el rostro de una persona se ponga intensamente pálido, debemos entender que corre peligro de desmayarse, porque sino acude a su rostro bastante sangre es probable que no acuda tampoco a su cerebro.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

La campana de buzos

Cuando introducimos boca abajo una copa o vaso en el agua, vemos que el nivel del líquido en aquéllos es inferior al nivel exterior, cuyo fenómeno tan conocido, se debe a la impenetrabilidad del líquido para con el aire que queda recogido en el vaso. Esto nos permitirá realizar una entretenida demostración de cómo funciona la campana de buzos, bajo la cual el obrero puede respirar y trabajar fácilmente.

Para hacer sensible esta experiencia a todos los espectadores, dispóngase del modo siguiente: tómese un fanal de cris-

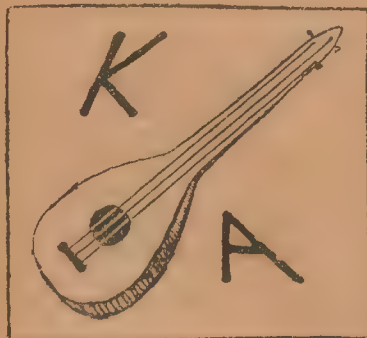


tal con mango, como el que sirve en los comedores para cubrir el queso o la fruta, y póngase boca arriba, apoyado sobre otra vasija de cristal, dentro de la cual penetrará el mango o botón esférico de aquel. Así se conseguirá que el conjunto se transparente y se vea lo que ocurre en la experiencia.

Si teniendo esta vasija grande llena de agua se mete invertida en ella una copa o un vaso se notará lo que decíamos al principio: la diferencia de nivel.

Apoyándonos, pues, en este principio, se puede verificar la siguiente experiencia: "meter un pedazo de azúcar en el fondo del agua sin que se moje". Bastará para ello colocar el azúcar en medio de un corcho plano y ancho, y cubrir el corcho y el azúcar con el vaso boca abajo; hágase descender el vaso verticalmente para evitar que el corcho oscile, y manténgase el borde del vaso, en el fondo de la vasija grande durante todo el tiempo que se quiera. Levantando en seguida el vaso, y por consiguiente el azúcar y su soporte, se sacará el azúcar completamente seco, porque el aire contenido dentro del vaso invertido impidió que el agua llegara a ponerse en contacto con aquél.

N.º 12 — Nave



N.º 13 — Charada

Un todo de gran valía

Un-dos tres Austria tenía.

N.º 14 — Lugar de comercio

E
1000 X 10

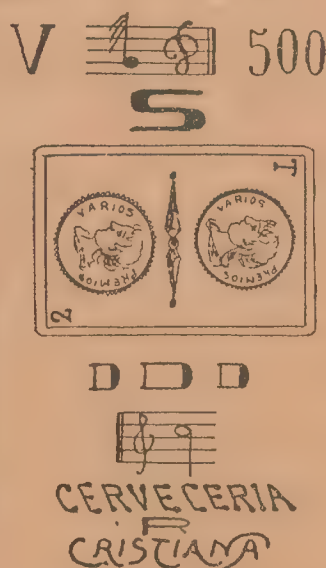
N.º 15 — Servidor de ustedes



N.º 16 — Charada

Ayer me dijo Quirós:
a Todo vi en la Carrera
con una primera-dos
tomando tercia-primera.

N.º 17 — Es muy cómodo



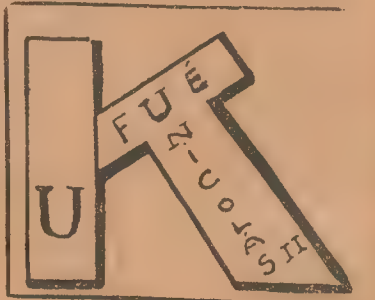
N.º 18 — Adivinanza

Si quieres la solución
de mi nombre conocer,
junto a un nombre de mujer
pon un nombre de varón.

N.º 19 — Nombre

N I E G A
N I E G A
N I E G A
R

N.º 20 — (Por J. Fernández)



N.º 21 — Mineral

La primera
la última
la primera
Hoyo

MAXIMAS

Las paradojas de la víspera son las verdades del día siguiente. — X. X.

La gloria es una cantinera a quien sólo agradan los soldados. — X. X.

Mientras más libre es un pueblo, se muestra más obediente y resignado a los sacrificios. — X. X.

¿Qué es la idea para los hábiles? Tan sólo una escarabela: la cuestión consiste en usarla con oportunidad—X. X.

En la vieja Europa se nace y se muere siendo un personaje de comedia. Toda la vida es uno militar, o comerciante, o juez, o médico, o abogado; nunca hombre. No existen, pues, más que ideas estrechas y preocupaciones de oficio. — X. X.

Nada hay que espante la audacia de un teólogo: con un texto, una definición y dos silogismos daría lecciones a San Pablo y suprimirla la fe. — LABOULAYE.

El que compra lo superfluo, pronto tiene que vender lo necesario. Antes de hacer una buena compra piénsalo bien. — X. X.

Es más fácil reprimir el primer capricho, que satisfacer todos los que después son su consecuencia. — X. X.

Soluciones del número anterior

- 1 — Sí, mio es ese bastón
2. — Letrado
3. — Es que le tocó la lotería
4. — Federico
5. — Alejo
6. — Entereza
7. — Diez de cada número
8. — A vuelta de correo
9. — Alamo
10. — Milenario
11. — Zaragoza.

Conocimientos útiles *

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Una cucharada de aceite común, tomada a diario, facilita la digestión y alivia las enfermedades del hígado.

El te muy cargado sirve para cortar las hemorragias de las cortaduras.

Al lavar la ropa blanca hay que añadir a cada cuarenta y cinco litros de agua que se destine a esta operación, un puñado de bórax pulverizado.

Con tan sencillo procedimiento cuesta menos trabajo lavar la ropa y se blanquea mucho mejor.

Los huevos sirven perfectamente para limpiar la ropa. Para utilizarlos en este sentido, se mezcla una yema de huevo bien batida, con un poco de alcohol o de agua de colonia, para que se conserve más tiempo y limpie mejor.

Sirve para limpiar los cuellos y vueltas de manga de terciopelo, al cual quita muy bien las manchas.

Una vez limpia la prenda, se aclara la parte donde se haya aplicado el huevo con una esponja empapada en agua clara.

Para calentar la cama o los pies, en lugar de los depósitos o botellas de agua caliente que suelen usarse, se pueden emplear saquitos de franela o de otro tejido de la forma y tamaño que se desee, llenos de arena caliente.

El procedimiento resulta baratísimo y el material no se desgasta, pues la arena se puede recalentar cuantas veces sea necesario.

Para ahuyentar hormigas. — Una revista alemana, "Kosmos", publica interesantes datos respecto a lo eficaz que la naftalina es para ahuyentar hormigas.

Atraídas, sin duda, por la confitura derramada de unos botes rojos, entraron gran cantidad de hormigas negras por la rendija de una puerta muy bien cerrada, e infectaron la casa. Venenos, papeles embadurnados con sustancias pegajosas y muchos otros remedios se probaron, pero sin lograr jamás exterminar aquellos himenópteros. Viendo el completo fracaso de todos los medios puestos en juego, se pensó en ahuyentarlos con alguna sustancia de olor muy fuerte; no hallando a mano otra cosa, se utilizaron algunas bolitas de naftalina, que servían para preservar de la polilla unas mantas. Habiendo molido varias de esas bolitas, se encerraron algunas de las muchas hormigas que corrían por el suelo, dentro de un círculo formado con aquellos polvos.

El resultado fué maravilloso: las hormigas así aprisionadas corrían desesperadamente, buscando cómo escapar, y así que se les abrió un boquete huyeron precipitadamente.

Cerrando la rendija de la puerta con una barrera de polvos de naftalina, las hormigas no volvieron a aparecer. Por un procedimiento semejante se limpió de hormigas el jardín.

Otro método que se utiliza con buen éxito, sobre todo para evitar que tan dañinos insectos suban a los árboles frutales, es rodear el tronco con una cinta o mecha impregnada de aceite.

Para pulir el cuero. — Disuélvase medio kilo de cera de abejas en una cantidad de trementina suficiente para que la mezcla adquiere la consistencia de una crema fina, y se obtendrá un barniz que, aplicado sobre el cuero, frotando con un trozo de franela le dará un brillo parecido al del charol.

El amoníaco tiene muchas aplicaciones domésticas. Un poco, echado en agua caliente, limpia y suaviza la piel; el dolor de cabeza suele calmarse con sólo olerlo; un trapo empapado en este producto es excelente para limpiar la plata; una cuchara grande disuelta en un cubo de agua, limpia admirablemente los cristales.

Las alfombras también se limpian, frotándolas después de barridas, con una bayeta empapada y escurrida en un cubo de agua que contenga dos cucharadas de amoníaco.

Para lavar los cortinones de en-

Para devolver a las hojas secas su perdida flexibilidad, se sumergen primeramente en una lejía débil. Cuando empiezan a abarquillarse, sin romperse, se lavan con agua, se dejan escurrir y se bañan en melaza diluida en agua y filtrada en caliente, donde se tendrán durante varias semanas. Se lavan superficialmente, se escurren y se dejan secar al abrigo de la luz.

Es cosa poco sabida que el aceite de eucalipto quita la grasa, incluso la de máquina, de cualquier tejido, por delicado que sea, sin perjudicarlo en nada. Esta receta es de gran utilidad para los sastres, porque permite quitar las manchas de la máquina en los paños.

Cola líquida para pegar la porcelana. — Háganse fundir juntos 20 gramos de cola de pescado e igual cantidad de ácido acético cristalizante. Calientese después la mezcla hasta que tome consistencia de jarabe, de modo que cuando se enfríe quede dura y transparente. Al ir a emplearla se pone la cola al fuego hasta que pase al estado líquido, y se impregnan con ella los bordes de las piezas que se quieran unir sosteniéndolas bien juntas durante algunas horas.

caje no hay nada mejor que el agua caliente, el bórax y el jabón blanco bueno.

No hay que restregar los cortinones en la espuma jabonosa, sino simplemente sacarlos y meterlos hasta que estén limpios, y en caso de necesidad lo más que puede hacerse es frotar las partes muy manchadas con un cepillo áspero.

Terminado el lavado, se escurren bien los cortinones con las manos, sin retorcerlos, y luego se colocan extendidos en el suelo hasta que se sequen.

A los cepillos de la cabeza que se ponen demasiado suaves por el uso, se les devuelve la rigidez bañándolos en una disolución fuerte de alumbre.

El agua de arroz sirve para amil donar la muselina y los encajes.

La esencia de trementina se puede emplear como un valioso medio para quitar las manchas de la ropa blanca. Se hace para ello una solución en la cual entre por partes iguales la trementina, el éter y el alcohol puro.

Para saber si un diamante es legítimo basta pasarle un lápiz de aluminio. Si la piedra es buena el lápiz no dejará ningún rastro; pero si es falsa se observarán rayas o manchas.

Los objetos de barro que tengan que ser expuestos al calor y se rompan, se arreglan con la siguiente composición, que resiste temperaturas muy elevadas:

Se mezclan a partes iguales leche y vinagre, se separa el suero y se mezcla el resto con cinco huevos.

Bien batido todo, se agrega cal viva cernida, hasta que la masa adquiere la consistencia de pasta espesa, y resulta un cemento impermeable al agua y resistente al fuego.

Las bolas rojas de billar descoloridas recobran su color primitivo con esta preparación. Pónense a hervir juntamente 200 gramos de agua, 30 de cochinilla y unas cuantas gotas de amoníaco. Después se filtra todo, compensando la evaporación, añadiendo lo que haga falta de agua fresca, y se echan las bolas en este baño, puesto al calor hasta que adquieren la coloración requerida, en cuyo momento se sacan, se lavan bien con agua clara y se dejan secar lentamente.

Para blanquear los pisos de madera échense dos cucharadas grandes de parafina al agua jabonosa caliente que se emplee para el fregado. Con este sistema no sólo se limpian las tablas, sino que, además, se destruyen los insectos que puedan contener en las grietas.

TERUTERO

¡Bien te alabo, terutero!
Si pá darl'ejemplo al hombre
de orguyo y de libertá.
¡vós mesmo te has puesto el nombre!

Y de tanto venerarlo, d'él tus cansiones hisistes;
que son estilos del campo, con campo por corasón.
¡Tantó disen! ¡Tanto tienen!
¡Que al pensar, sólo, en el campo, ya se siente tu cansión!

Naidés dentra en tus dominios sin que tú no lo descubras
y te alsás, disiendo a gritos, que anda alguno en tu reináo.
Y pá que no te lo encuentren, nunca gritás serca 'el nido;
a' él vás y salís hasiéndote chiquitito entr'el baño.

Cuando alguno se le arrima, tu cuerpo com'una piedra,
a la cara le mandás.
Y por ser güén terutero, hast'anunsiás las notisias,
o visitas por yegar.

¡Terutero!
¡Verdadero
gáucho lindo de p'ajuera!
¡Que orguyoso y altanero
gritás tu nombre ande quiera!...

Terutero, que serquita de mi rancho vás volando:
al vandiar, así de láo, ¡qué pucha disen tus alas
que igualito que dos manios hasen p'arriba y p'abajo,
como que hisieran señales de yamadas?

GUILLERMO CUADRI.

PAPEL Y TINTA

“Las tres ánforas”, por Bartolomé Galíndez.

Un nuevo libro de versos nos ofrece el estro del autor de “La Venecia dorada”, un nuevo tomo, donde la gama de su inspiración fluye de sus poemas, y la armonía y el color se mezcla a aquéllas, para dar más realce al verso suave y rítmico.

Galíndez es uno de los poetas nuestros que, desde su silencio, de ese silencio que enaltece y permite la verdadera concepción de la obra de arte, desde allí nos endilga temporariamente el fruto de su espíritu contemplativo de la belleza.

No busquemos al escritor en el cenáculo, entre los adocenados que se buscan para esgrimir luego el arma de la envidia; busquemos al poeta en la biblioteca, en la majestad de los paisajes serranos, que tanto conmueven su sér, y allí lo encontraremos siempre con sus visiones, sin importarle nada del juicio acerbo o halagador de los que gustan quemar incienso o destruir la obra que consagra.

Galíndez es un poeta sutil, perfecto en la forma que rubrica con la metáfora acertada y brillante. Su escuela es suya y su paso agigantado en las lides del verso lo superan cada vez más.

Sus libros han merecido el juicio sincero de la crítica americana. De ellos e han ocupado Vargas Vila, González Martínez, Paulino G. Báez, Rogelio Sotela y otros.

Sin entrar a analizar su último volumen, por la tiranía del espacio, transcribimos una estrofa de uno de sus más bellos versos:

“Tu cabeza,
olorosa de hierba,
se ha dormido en mis manos
soñolienta.
Por la ventana cae
la luna sobre ella.

En el jarrón dos rosas
de soledad enfermas,
se desmayan sutiles
en agua de tristeza.

Como un botón que se abre
tu cabeza despierta,
y el arco de los brazos
en tu cuello se cierra!

El trozo del poema citado, la intensa emoción que lo reanima como su originalidad, nos dan con exactitud la fuerza de expresión de este citareda, cuyo lirismo transporta a su sér más allá de lo sublime.

Quien se limite a hacer crítica sana y consciente y no de esa vulgar y soez, que en nada puede afectar a un libro de verdadera belleza, podrá afirmar mi opinión con respecto a esta obra reciente, que honra nuestra literatura.

F. B. V.

“Lápida heroica” y “En el camino”, por A. de Piedra Bueno. — Cuba.

He aquí dos libros tejidos con el alma. Su autor es un poeta de verdad, que siente en sus venas todo

el fuego del trópico, que lo invita a cosechar cosas bellas.

Su musa es suave, recóndita y sonora, y da al alma del lector una suavidad, una dulzura. El poeta Piedra Bueno, sencillo en sus lucubraciones, ha bajado al fondo de su alma, para ofrecer en vaso artístico el néctar de sus canciones, siempre felices y por ende llenas de ritmos y armonías.

Tiene en sus volúmenes versos interesantes, como “Inmortalidad”, “Glosa del camino” y “En la espera”. Su escuela es clásica. Su inspiración espontánea y la elegancia con que matiza sus poemas, dan al verso una fluidez encantadora.

Por los muchos libros que llegan al trópico, veo que la musa, en esos lugares, da a los poetas, dentro de formas consagradas, nuevos motivos. Lo extravagante no ha llegado a quitarles el buen gusto ni a destruir el arte.

Piedra Bueno es un excelente poeta que honra las letras de su país.

F. B. V.

“Joyario de Poe”, por Francisco Soto y Calvo. — Edición “El Inca”. 1927.

Todo cuanto se haga por difundir la obra de Edgar Allan Poe será poco. Ningún poeta de América ha tenido, como él, ese hábito maravilloso que hace de su poesía una suprema aspiración a lo eterno. Lírico de fisonomía puramente latina, fantástico hasta la suntuosidad, acosado por todos los atavismos y por todos los espectros del más allá indescifrable, Poe se internó solo por florestas desconocidas, con el oído atento a las voces de ultratumba que resonaban ante él. Y luego, ya de regreso, con los ojos profundos, agrandados por el misterio, se puso a decir en la música evanescente de su palabra, lo que había escuchado y lo que había visto. Y no sabemos de ningún otro que haya dado a la poesía ese escalofrío pavoroso que recorre toda su obra.

A las traducciones de sus poesías existentes en castellano corresponden ahora agregar la del señor Francisco Soto y Calvo, quien acaba de publicar casi toda la labor poética de Poe en el libro cuyo título nos sirve de epígrafe.

El señor Soto y Calvo, ventajosamente conocido en nuestros círculos intelectuales, viene desarrollando una actividad como traductor realmente excepcional, pues ha vertido a nuestra lengua lo mejor que ha producido en todos los tiempos la lírica del mundo.

En estas traducciones del “Joyario de Poe” pone el señor Soto y Calvo en evidencia su amor a esta clase de trabajos. “El cuervo”, que ya contaba con bellísimas versiones, como la de J. Pérez Bonalde, adquiere nuevos matices en esta última traducción, en la cual se han respetado hasta las rimas internas del texto original. Lo pro-

prio acontece con “Ulalume”, “Las campanas” y otros poemas, traducidos antes de ahora con mucho acierto por Carlos Arturo Torres.

En definitiva, este nuevo libro del señor Soto y Calvo viene a enriquecer la ya copiosa bibliografía de este genial poeta americano.

“La Zoncera”, por Guillermo Correa. — Editores: Juan Roldán & Cía. Buenos Aires.

Un libro, cuyo sugestivo título responde en un todo al tema tratado y a la forma amplia en que lo presenta el autor, “La Zoncera” acaba de salir a la palestra pública, firmado por el veterano hombre de letras don Guillermo Correa, prestigioso escritor nacional, que tanto en el libro como en los diarios había dado anteriormente pruebas concluyentes de su talento y de sus cualidades excepcionales para la difícil tarea de escribir lo mismo sobre cosas novelables, como sobre temas patrióticos, como sobre filosofía.

En “La Zoncera” estudia el señor Correa las diversas manifestaciones de la vida en relación con la potencialidad mental de las personas, dividiendo a éstas en varias especies y deteniéndose muy especialmente a estudiar al “zonzo” sobre bases efectivas, auxiliándose para este estudio concienzudo en lecturas y consideraciones de los libros de los grandes pensadores y pedagogos mundiales para llegar a deducciones psicológicas propias de una concepción clara y fácil para todos los lectores.

Es un estudio único el que don Guillermo Correa realiza en el libro recientemente publicado. Ni Ribot, ni Le Bon, ni Secondat, ni Ferri, ni Lombroso, ni Spencer, ni Garófalo, en sus profundos estudios de psicología habían dado el valor incommensurable al “zonzo” como ente social, que realmente tiene en la vida diaria. Presentarlo como lo hace el señor Correa es añadir a la nomenclatura de los tipos sociales un valor más, pero definido con diafanidad indiscutible.

“La Zoncera” es un estudio de sociología filosófica al alcance de todas las inteligencias, pues está escrito en un tono sencillo y amable.

“Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina”, por Bartolomé Mitre. — Editores: Juan Roldán & Cía. “La Facultad”.

En la Biblioteca Argentina, que dirige don Ricardo Rojas, acaba de publicarse la edición popular de la magna obra de Bartolomé Mitre, “Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina”, en cuatro volúmenes, y que es una reedición completa de la obra, tal como el ilustre autor la escribiera para su edición definitiva.

El doctor Rojas, en la Nota Preliminar de esta nueva edición, dice lo siguiente:

“Habíamos deseado reproducir literalmente el texto de la edición definitiva, con sus notas bibliográ-

ficas y sus apéndices documentales, pero la distribución de la materia en tres tomos de formato mayor es incompatible con el formato de esta Biblioteca, y no sería serio dividir arbitrariamente cada volumen del original en dos de esta reedición, dado el espacio que los apéndices ocupan al final de cada tomo.

“Cuando “La Nación” reeditó la obra, hace veinte años, debió encontrar los mismos inconvenientes, aunque salvó la dificultad eliminando las notas y los apéndices, y repartiendo el texto en cuatro volúmenes, solución adecuada, sin duda, a la mera divulgación popular de la obra famosa, pero incompatible también con los propósitos de fidelidad textual que la Biblioteca Argentina ha seguido hasta ahora en sus reediciones.

“Para conciliar ambos extremos, el de nuestro formato y el de la integridad de la obra, creemos haber hallado la solución más seria en esta edición de cuatro tomos, poniendo los tres primeros los capítulos originales y las correspondientes notas, como lo hizo el autor en los tres volúmenes de su edición definitiva y trasladando al cuarto volumen las piezas complementarias, que son los apéndices de cada tomo anterior, precedidos por los prólogos de las sucesivas ediciones.”

Es, pues, una reedición completa la que la Biblioteca Argentina presenta de la inmortal obra de Mitre, “Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina”, y dado el carácter popular de estas publicaciones y sus módicos precios, representa la labor del doctor Rojas y de los editores, señores Roldán y Cía., una labor altamente simpática y de puro argentinismo.

“Misterios de un jardín”, por Amelia E. Carruegue. — Editorial Tor. Buenos Aires. — 1927.

La vida es fascinación serena, donde se crispa la risa con el llanto, donde riente se avanza hacia el quebranto, donde asoma la gloria, donde ruge el dolor. La vida es un páramo que encierra en sus visiones un faro incandescente con reflejos de ensueños divinos, con nuevas aspiraciones de un eco recóndito que arranca a nuestras almas tranquilas el grito de amor.

Y es allí, en Concordia, la bella ciudad entrerriana, donde risas y llantos se mezclan al sonoro vibrar de melodiosas notas musicales, donde se desarrolla esta interesante trama que tan hábilmente ha sabido tejer Amelia E. Carruegue.

Casi a sus panorámicas márgenes, entre verdes y exuberantes tapices de flores multicolores, totalmente abstraídos al bullicio, dos seres envueltos en el diáfano manto del amor, se destacan del hermoso verjel para arrullarnos en madrigales de fe y de esperanza.

La autora no domina aún toda la técnica del arte de novelar, pero su entusiasmo suple quizás con ventaja a esta falla y los párrafos intensos y febriles de “Misterios de un jardín” nos convencerán rápidamente de que la señorita Carruegue, al mejorarse, ha de escribir, sin duda, novelas superiores.

Un caso de evolución retardada. — Renata, a los diez y ocho años se convierte en Renato.

Los periódicos italianos publican unas informaciones de Verona que están siendo muy comentadas en los círculos médicos.

Según ellas, se acaba de registrar en dicha ciudad un fenómeno extraordinariamente raro de evolución anatómica y fisiológica.

Se trata de que una joven de diez y ocho años llamada Renata Graziani, que vive en la calle José Carducci, advirtió, hará unos quince días, con la consiguiente estupefacción que había dejado de pertenecer al sexo femenino.

Dió cuenta del caso a sus padres, y éstos, aunque extrañados, como es natural, no manifestaron extraordinaria sorpresa, porque desde hacía varios años habían ido notando que su hija tenía todos los gustos y aficiones de un muchacho, y varias veces la habían impedido que se vistiera de hombre.

Renata, acompañada de sus padres, fué a visitar a un médico y éste, después de un escrupuloso reconocimiento, extendió un certificado en el que afirmaba que Renata Graziani era un hombre.

El doctor felicitó a Renata, que ahora se quiere llamar Renato.

Provista de dicho certificado, Renata, o Renato Graziani, se ha presentado vestida, o vestido, de hombre en la oficina del Registro civil de Verona y ha pedido que se modifiquen sus papeles de identidad de tal modo que pueda adquirir los derechos relativos a su nuevo estado.

Pero allí le dijeron que dicha modificación será lenta y laboriosa, a causa de la rareza del fenómeno que a cambiado de sexo.

Algunos sabios médicos han ido inmediatamente a Verona y han examinado a Renata o Renato, manifestando, después de dicho examen, que se trata de un caso extraordinario de evolución retardada, ya que la evolución que lleva a la determinación del sexo termina varios meses antes del nacimiento de la criatura, y en el caso de Renata, o Renato, sólo ha concluido a los diez y ocho años del nacimiento.

Para librarse de su perseguidor le da una cita y le echa un lazo al cuello y le dispara seis tiros.

En Girgenti ha ocurrido un terrible suceso que es tema de todas las conversaciones.

Desde hace algún tiempo una muchacha muy bonita, llamada Santa Nicastro, venía siendo perseguida por un empleado de comercio llamado Francisco Borino, de cuarenta y tres años de edad, con pretensiones amorosas de carácter poco honesto.

La joven le rechazaba siempre con gran energía; pero él no hacía caso, y continuaba asediándola.

Ultimamente, Borino la acechó a la vuelta de una esquina y le dijo bruscamente que si no accedía a sus deseos la mataría con un cuchillo. Y enseñó el arma a Santa Nicastro, la cual echó a correr horrorizada.

No sabiendo qué hacer, Santa pa-

ra librarse de su perseguidor, después de largas reflexiones, decidió matarlo. Al efecto, le escribió una carta dándole una cita nocturna en su misma habitación y previniéndole que entrase por una ventana que daba a la calle y que ella dejaría abierta.

Borino acudió provisto de una escalera de mano, que colocó sobre la pared de la casa, y a la hora indicada empezó a subir por ella. Cuando su cabeza sobresalió del alféizar de la ventana, Santa, que estaba escondida, le echó al cuello con gran rapidez un lazo corredizo y empezó a tirar con todas sus fuerzas. Y tanto tiró que arrastró a Borino dentro de la habitación, haciendo que cayera en medio de ella casi estrangulado.

Al ver que todavía respiraba sacó un revólver que tenía debajo de la almohada de su cama y le disparó seis tiros en la cabeza.

Al ruido de las detonaciones acudió la familia de Santa, que se quedó aterrada al contemplar el trágico espectáculo que ofrecía Francisco Borino, que yacía en tierra estrangulado y con la cabeza deshecha a balazos.

Santa, señalando el cadáver, exclamó:

—Lo he matado porque sino me hubiera matado él, y mi vida vale más que la suya.

Santa ha ingresado en la cárcel.

Una tradición que origina motines. — La solidez de los puentes y la sangre humana. — El terror de las madres servias.

En toda la región comprendida entre Belgrado y Pansova, por ambas orillas del Danubio, reina un espantoso pánico a causa de la construcción de un nuevo puente.

En Servia y Bosnia hay la tradición de que para que un puente sea sólido es necesario que en sus cimientos sea vertida sangre humana, y así, cuando la construcción de un puente terminaba sin que durante ella hubiera habido ningún accidente del trabajo, las gentes creían que se derrumbaría con estrépito al cabo de algún tiempo de uso.

Personas cuyo nombre y paradero se desconocen han explotado esta tradición, propalando el rumor entre las poblaciones campesinas de que los constructores del nuevo puente habían manifestado a las autoridades, que para que éste fuera sólido necesitaban la sangre de 175 niños.

A los pocos días de empezar a propalarse el rumor desaparecieron tres muchachitos del pueblo de Kovin, y sus madres comenzaron a recorrer los campos, gritando que las criaturas habían sido asesinadas de orden de los contratistas.

Sobre todo en torno de Pansova, las gentes viven en un perpetuo terror.

El corresponsal de un periódico, que ha ido a Pansova, escribe la siguiente:

“Esta superstición extraña, revisite formas increíbles. Ya no se permite a los niños salir a la calle, y si por casualidad alguno lo hace y tarda en volver a su casa, la madre empieza a llorar y a desesperarse y a pedir justicia, pues no duda que su hijo ha sido degollado sobre las piedras del puente en construcción”.

Han surgido diversos motines, y días pasados, una gran multitud quiso destruir la parte construida del puente, viéndose la Policía en la necesidad de dar numerosas cargas, que causaron algunas víctimas.

Por el amor de una mujer. — Se juegan la vida a cara o cruz. — Y el que pierde se suicida.

En Bucarest ha causado gran sensación un extraño suicidio registrado en dicha ciudad, y que por las circunstancias que en él concurren es el tema de todas las conversaciones.

Un teniente de Infantería salió de uno de los cuarteles donde se aloja la guarnición y se encaminó a su domicilio. Encerróse en una habitación y a poco se oyó un disparo de revólver. Fué echada la puerta abajo y encontró al citado oficial tendido sobre su lecho y moribundo. Se había disparado un tiro en la sien derecha. Cuando un médico se disponía a prestarle los premos auxilios expiró.

Sobre una mesa fué encontrada una carta dirigida a su padre, en la cual eran explicadas las causas que le habían obligado a tomar tan espantosa determinación. Dichas causas son como sigue:

Desde hace algún tiempo el teniente en cuestión estaba enamorado como un loco de una joven muy bella, perteneciente a distinguida familia.

La muchacha parecía verle con buenos ojos, pero no acababa de decidirse a corresponder a su amor. Al cabo de algún tiempo, el teniente supo que si la joven no aceptaba sus amorosos requerimientos era porque se veía solicitada también por otro oficial del mismo regimiento, que se le antojaba mejor partido.

El teniente tuvo con su camarada una larga conversación que comenzó violentamente y que concluyó con un extraño acuerdo.

Los dos oficiales decidieron jugar a cara o cruz su vida y el amor de la joven que tenía sus preferencias.

Y el que perdiera debía no sólo renunciar a seguir galanteando a la muchacha, sino además, suicidarse para no ser jamás un obstáculo para el triunfo de la pasión del otro.

Uno de ellos sacó una moneda y se preparó a lanzarla al aire, pero el otro dijo que también el lanzamiento de la moneda debía ser echado a suertes.

Y sacando una baraja propuso al otro una partida.

El ganancioso obtuvo así el derecho de lanzar la moneda al aire, después de haber escogido la cara o la cruz.

Si salía cara, el que arrojaba la moneda quedaría victorioso, y si salía cruz se suicidaría.

El camarada del teniente, que fué el que ganó la partida de naipes, lanzó al aire, después de gritar: ¡Cara! La moneda cayó de cara y el ganancioso dijo fríamente:

—Has perdido, y tendrás que matarte mañana.

—Mañana me mataré — repuso el otro.

Efectivamente, al otro día el pobre teniente se mataba, para no faltar a su palabra; pero la joven que amaba, al enterarse de la tragedia, ha decidido no casarse con el otro oficial.

La herencia del falso amigo. — Diez millones a cambio de una gran pena. — La emigración, la mujer guapa y el presidio.

Un humilde carpintero de Pirnau, llamado Enrique Sten, acaba de heredar una fortuna, equivalente a diez millones, en circunstancias verdaderamente extraordinarias.

Hijo de padres ricos, Sten había vivido en el lujo, y apenas quedó huérfano, se gastó toda su herencia en hacer una vida de diversiones continuas.

Cuando quedó arruinado marchó a Australia, en unión de un amigo suyo, y allí se casó con una joven inglesa, muy bella, de la que se había enamorado con verdadera pasión.

Como no le rieron bien las diversas empresas a que se dedicó, y su mujer quisiera vivir opulentamente, Sten cometió una estafa, y las autoridades australianas le condenaron a cinco años de presidio.

Así que salió de la prisión supo que su esposa, a la que seguía queriendo con toda su alma, había muerto, y que sus dos hijos fueron recogidos por los padres de ella, los cuales habían embarcado con rumbo a Europa.

Sten entonces regresó a Bohemia, su patria, y se dedicó en la población de Pirnau al oficio de carpintero. Era un hombre melancólico, que se consideraba fracasado en la vida, y que procuraba consolarse de su desgracia bebiendo toda la cerveza que podía.

Días pasados recibió una carta del amigo con quien emigró a Australia, y del cual no había vuelto a tener noticias. Dicha carta estaba redactada en los siguientes términos:

“Ya no te acordarás de mí; pero voy a refrescarte la memoria. Yo soy Miguel, aquel compañero tuyo de fiestas y viajes que emigró contigo a Australia cuando te quedaste arruinado.

Tú te casaste con una muchacha inglesa que me gustaba a mí mucho. Yo me resigné; pero cuando tú ingresaste en presidio me puse en relaciones íntimas con ella, que no cesaron hasta que la pobrecita murió, no de pena como tú crees, sino de enfermedad vulgar.

Hubiera querido escribirte al presidio; pero no quise amargarte más todavía los tristes días que estabas pasando.

Cuando murió mi amante, la que había sido tu esposa, me dirigí al interior y me dediqué a la cría de carneros. En ella he hecho una fortuna de diez millones.

Atormentado por los remordimientos he decidido, al ir a morir, dejarte todos mis bienes, al mismo tiempo que te hago esta confesión.

Es la sola manera que encuentro de indemnizarte del daño que te he causado.”

Sten ha manifestado que no quiere ese dinero, el cual entregará a diversas obras de beneficencia. Se muestra desesperado, pues siempre creyó que su esposa le había sido fiel y que había muerto de pesadumbre.

Sus amigos tienen que vigilarle, pues constantemente piensa en el suicidio.

TEATROS

"PELUQUERO DE SEÑORAS"

Los vodevilistas franceses Mirande y Menezzy-Mon son maestros en el género y en esta pieza, que en el original se titula "Au premier de ces messieurs", dan fe una vez más de su ingenio y habilidad para desahorrar piezas de este jaez, escritas sin otro propósito que el de provocar la hilaridad.

En la versión castellana realizada por don Julio F. Escobar, recientemente puesta en escena por la compañía nacional del Ateneo, los autores no se propusieron sin duda buscar un tema nuevo, apelando, por el contrario, a la fábula muy conocida del muerto que resucita porque no estaba muerto en realidad, y al volver a su hogar encuentra que su esposa se ha casado con su mejor amigo, quien aparte de disfrutar del amor de su "viuda", usufructúa un invento del reaparecido, y no está en nada dispuesto a renunciar a su situación. Esto como eje del argumento, pues puede imaginarse el lector la suma de complicaciones que se suscitan con la presencia del primer marido en la casa donde de él no quedaba más que el retrato y el recuerdo afectuoso de su compañera y de los amigos.

"Peluquero de señoras" está realizado escénicamente con mucha habilidad, y en su desarrollo abundan las situaciones cómicas y las escenas graciosas entre los personajes que juegan un papel importante, que son varios.

El público rió de buena gana en numerosos pasajes del vodevil, cuidadosamente vertido al español, y celebró la actuación de las actrices Matilde Rivera, Carlota Rossi y los actores Enrique De Rosas, Carlos Bellucci, César Fiaschi y D. Martínez, que se desempeñaron con justeza, desenvolviendo una labor eficaz en todo momento.

"EL ILUSTRE SEÑOR AMENEIRO"

Viejo y muy explotado en nuestro teatro es el tema del inmigrante enriquecido que se entronca con la familia linajuda venida a menos en su situación financiera, produciendo un contraste, por cierto muy teatral, las maneras bastas del zafio extranjero y la prosopopeya social y el atildamiento mundano de los criollos descendientes de personajes históricos.

En "El ilustre señor Ameneiro" los señores Federico Mertens y Carlos R. de Paoli han reeditado esa fábula sin darle nuevos matices. Es así que el gallego protagonista de esta pieza resulta pariente cercano de más de un italiano, francés o alemán que pasaron por el tablado porteño, animados por el mismo actor que encaminó este nuevo conquistador de riquezas materiales, venido de la península e ingresado de sirviente en la misma casa donde con el correr del tiempo llega a ser patrón.

Don Manuel Ameneiro, apenas su esposa le brinda el primer vástago, ve colmada su felicidad, no sólo por ser padre, sino porque vuelve la armonía en el seno de su familia y termina la plácida comedia, entonando la abuela el arrorró.

A pesar de tratarse de una obra vulgar, cabe reconocer que su construcción es correcta y eficaz, y que los efectos cómicos se consiguen con procedimientos aceptables, pudiendo igualmente anotarse tal cual

escena sentimental bien lograda.

Casaux sacó todo el partido posible de su tipo y en su torno se movieron eficazmente las señoras Palomero, Vargas, Dealessi y los actores Zárate y Escarcella.

"LA CARABA EN EL MAYO"

Una vez más el ingenio de dos Pedros, el motor de Muñoz Seca y el acoplado de Pérez Fernández, han dado a la escena una sabrosa pieza bien provista de ingenio, y en la cual sólo por excepción son motivos hilarantes la frase retorcida y el nombre propio explotado como retruécano. La gracia de esta obra radica en el asunto, que hubiese podido dar motivo para una producción de hondo sentido filosófico en plumas que no tuviesen ya consagrada su fertilidad cómica y su comunicativa y chispeante alegría.

Esto no quiere decir que "La caraba" no mantenga en todas sus partes la plenitud de comicidad que registran los mejores éxitos de estos autores. Por el contrario, el ingenio afortunado no abandona en ningún momento a los personajes de la farsa, que lo es y muy disparatada a lo largo de los tres actos de que consta.

Sería difícil desarrollar narrativamente su argumento y de todos modos no valdría la pena, porque no se podría dar una impresión aproximada, porque entendemos que no cabe relatar en serio un asunto festivo. Baste decir que "La caraba" sostiene el prestigio de sus autores y cuenta entre las buenas obras del repertorio de Muñoz Seca.

La compañía del Mayo dió a esta pieza una interpretación inobjetable. Teresa Costa, muy en su papel, le dió singular efecto reidero, y en torno de ella trabajaron con su acostumbrado acierto Rogelio Juárez, Julio Sanjuán, Antonio Zaráuz y todos los demás intervinientes.

"SARDINA QUE LLEVA EL GATO"

Una pieza ingenua, tanto como arbitraria en su intriga y desarrollo, es ésta del epigrafe, que describen los hermanos Botta y fué estrenada por la compañía de Arata, ante la indiferencia del público. Unas cuantas escenas sin consistencia ni interés, forjadas siguiendo un argumento ilógico e infantil, no dieron ningún motivo a los elementos de la compañía del Cómic, para destacarse. Es un error la obra y otro error el estreno.

FALLECIMIENTO

Ha sido muy lamentado el fallecimiento del maestro Manuel Jovés, autor de numerosas partituras musicales para revistas y de algunos tangos que se popularizaron, como "Patotero sentimental" y "Clavelitos rojos".

BENEFICIOSE JOSE FRANCO

En la Comedia, después del estreno de "Galleguita", pieza amable del señor Segundo Bresciano, autor uruguayo, que no tiene nada de particular, realizó su función de beneficio el primer actor y director del conjunto, José Franco, estrenando dos piezas: "La noche nup-

cial", de Lenzi y Curotto, y "Yo estoy en casa", de Cordone y Goicoechea, las cuales fueron bien recibidas por el público, que hizo expresivas demostraciones de simpatía al beneficiado.

AVISOS FUNEBRES

Han fallecido en la última obra estrenada en el Nuevo, "Fuego en las entrañas", de Jorge Dowton, una cantidad tan grande de personas que no podemos incluir aquí la nomina. Es una pieza realista, pero parece una pieza mortuoria. Afortunadamente, los cadáveres son retirados paulatinamente de la escena, pues de lo contrario faltaría espacio para que el autor saliera al final a recibir los entusiastas aplausos con que el público premia la obra. Casamayor y sus compañeros, de un alto efecto trágico y funerario.

VACAREZZA EN EL NACIONAL

El afortunado autor de "Juancito de la ribera" ha estrenado en el Nacional un sainete titulado "El cabo Quijote". Aun no hemos visto esta pieza, pero prometemos ocuparnos detenidamente de ella en el número próximo.

LOS RATTI

Afirmado en su éxito "Santo de pacouma", bien acompañado en el cartel por "A las nueve en el convento" y "Qué pena me da el finao", preparabase el estreno de otra novedad, titulada "Sonaste, Benavidez", de Octavio Sargenti, que si a estas fechas no ha subido a escena debe de andar ya por la esquina de Corrientes y Uruguay.

16 BANDONEONES

El simple hecho, que más bien resulta complicado, de reunir en una sola orquesta, bajo una experta dirección, como la de Marcucci, 16 bandoneones, resulta un esfuerzo notable, de esos que el público agradece en la mejor forma, que es asistiendo al espectáculo. Este es uno de los atractivos de "La fiesta del tango", última de las revistas estrenadas en el Maipo.

Por su parte, "La revista estilizada" está compuesta de diez y nueve cuadros de danza, canto y parlamentos, que resultan también agradables y entretenidos.

"EL PAYO ROQUE"

Es casi seguro que en estos días vea la luz de las candilejas, en el Argentino, esta comedia de Novión, que venía ensayando Parra con esmero.

CASAUZ EN 1928

Ha quedado resuelto que en la temporada de 1928 el popular actor Roberto Casaux cultivará el teatro por horas en el Nuevo. Alippi dirigirá la compañía.

HINDU PALACE

Este cine, recientemente inaugurado, que viene llamando la atención por sus bellísimas decoraciones y ornamentos de estilo hindú, parece destinado a convertirse en uno de los favoritos del público.

Tanto por la novedad de la sala, con su exotismo artístico y su confort, como por las buenas películas que proyecta con su Krupp-Ernestmann, la más perfeccionada de las máquinas cinematográficas, el Hindú Palace se incorpora al número de los mejores salones de la metrópoli.

LA ZARZUELA ESPAÑOLA

La compañía del Avenida debió estrenar el sábado último la zarzuela en dos actos, titulada "Guardia real". De esta obra y de su interpretación nos ocuparemos en el número próximo.

LOS ESPECTACULOS TERRORIFICOS

Parecía que con "La puerta se abre" y "La horrible profanación" la compañía del Smart había batido el record de lo catastrófico y espeluznante. Los espectadores, aterrorizados, gozaban las terribles emociones del dolor y del crimen, con escalofríos de comatoso y alucinaciones mortíferas. Pero todo es superable en este mundo, y los aficionados a impresiones archifuertes tienen en "El supremo espanto" nuevas voluptuosidades para crispar sus nervios en forma definitiva. Esta pieza nos presenta cuadros de mucho efecto y luchan las pasiones de sus personajes con el encarnizamiento de una batalla campal.

Este nuevo género, que si en realidad no es nuevo del todo, marca una orientación distinta en las actividades de Blanca Podestá, ha caído bien entre el público, y puede decirse sin error que se trata de espectáculos artísticos garantizados en su interpretación escénica por los méritos de la gran actriz que es Blanca Podestá.

GRAND SPLENDID

Un gran éxito obtuvo "La cruzada negra", curioso film que documenta la expedición al Africa de la misión Haardt-Audouin Dubrel, una aventura extraordinaria por tierras casi inverosímiles, llena de peligros y de extraños habitantes. El público celebró esta película entusiastamente y siguió con agrado su desarrollo.

Otras cintas notables serán exhibidas pronto en esta grandiosa y aristocrática sala, de tan sólido prestigio.

CAPITOL

La hermosa sala de la calle Santa Fe desenvuelve con fortuna su temporada, llenando su cartel con películas de gran atracción, que atraen público en buen número.

Anuncia la empresa para en breve producciones del mismo valor de "Beau geste", que ha tenido un éxito como pocas.

CINE PARC

La sala más acreditada de Palermo ofrecerá en estos días admirables películas de marcas prestigiosas, pudiendo descontarse que las funciones acusarán llenos como de costumbre.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



TRAJES SASTRE. — 1. Abrigo ejecutado en "kashatulla" verde claro con dibujos bordados en tono verde esmeralda y riscaldado con castor. Dicho abrigo está forrado con crespón de China verde. — 2. "Trotteur" compuesto de una chaqueta recta, de raso de seda color beige y falda de "poult" de seda marrón plisada y orlada con seda beige en el tono de la chaqueta. Cinturón de cuero color marrón y larga echarpe de zibelina. — 3. Abrigo corto en forma de raglán, confeccionado en lana gruesa chinada, color gris. Falda de raso color negro.

De la fábrica de la Naturaleza



HABLANDO en forma figurada podría decirse que Bágley sólo embotella la Hesperidina, pues ella comienza su preparación en la misma fábrica de la Naturaleza.

En efecto, decenas de millares de naranjos están en este momento madurando el delicioso fruto, con cuya cáscara rica en sales naturales estimulantes y digestivas, se elabora la Hesperidina.

A la cáscara de naranja debe, pues, esta famosa bebida sus inimitables virtudes saludables y su rico sabor.

*Una copa de Hesperidina
és una copa de Salud.*



Hesperidina

BUEN APERITIVO - RICO LICOR